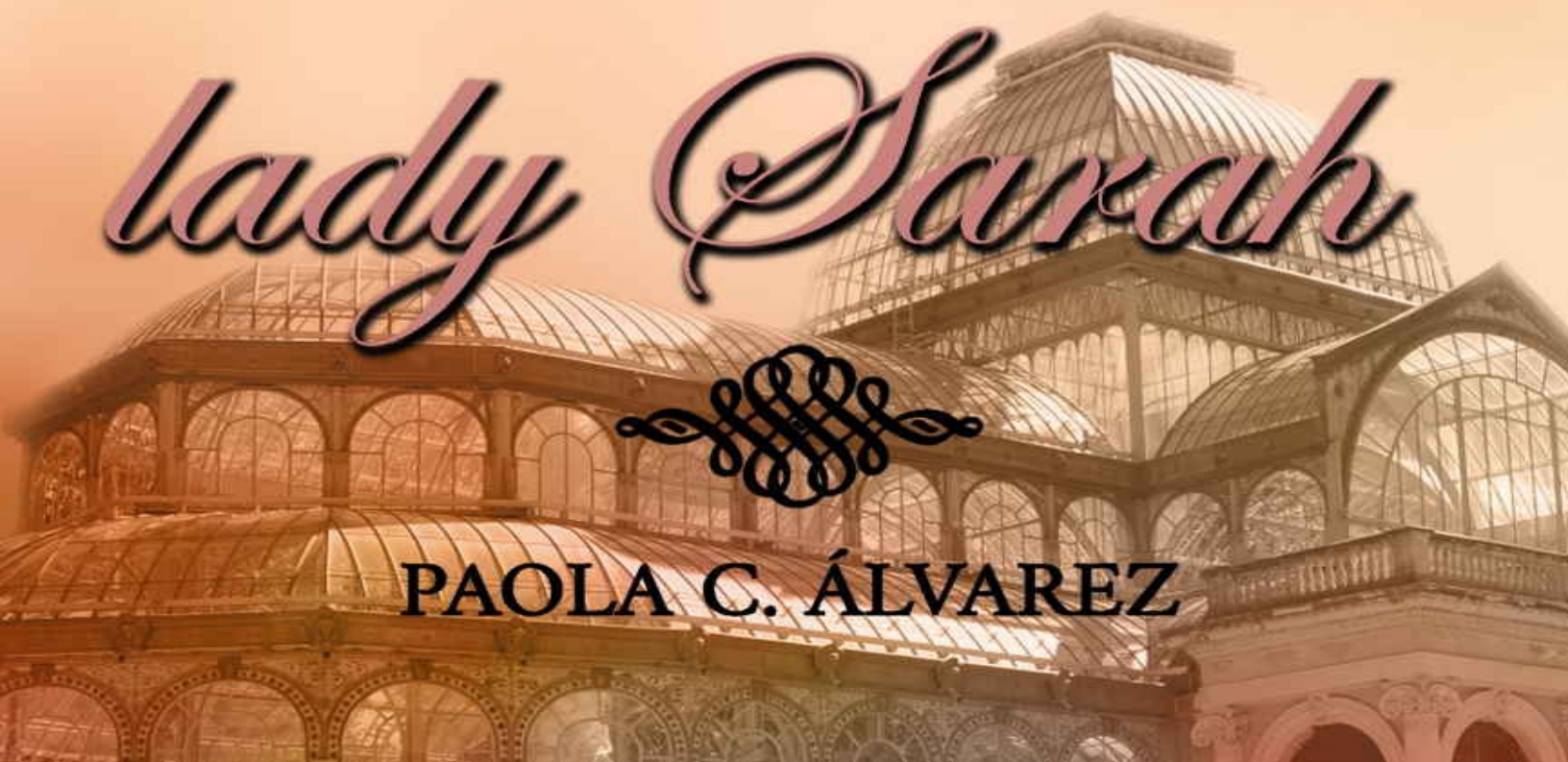




*El secreto de
lady Sarah*



PAOLA C. ÁLVAREZ



Índice

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros títulos](#)

*El secreto
de lady Sarah*



PAOLA C. ÁLVAREZ

© *El secreto de lady Sarah*

© 2017 Paola C. Álvarez

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones son pura coincidencia.

ISBN-13: 978-1548640842

ISBN-10: 1548640840

Más información en:

www.paolacalvarez.com

Para Ángel y Alejandro, los motores de mi vida

Prólogo



Flandes, 1796

Estaba muerto de miedo mientras corría por las solitarias calles adoquinadas y escuchaba el eco de las pisadas de sus perseguidores a su espalda. Se estaba comportando como un cobarde, pero su sentido de la supervivencia había sido más fuerte que su orgullo. No le quedaba nada, se había gastado las últimas monedas en aquel antro con la esperanza de recuperar lo perdido y volver a casa para reclamar por fin lo que le pertenecía por derecho.

Hacía menos de un mes que había recibido aquel mensaje anunciándole la desaparición de sus progenitores en el mar y había sentido una especie de dolor sordo en el centro del pecho, no tanto por la pérdida como porque su padre ya no podría seguir enviándole dinero. Hacía meses que había gastado la asignación que el marqués le había dado para realizar aquel viaje por Europa, pero lo había considerado necesario para mantener el ritmo de vida que debía tener alguien de su posición. Malgastar aquella pequeña fortuna había supuesto una muesca más en la larga lista de agravios que su padre tenía contra él. Su intención había sido la de volver a Inglaterra convertido en un hombre con las vivencias necesarias para ocupar su lugar en el marquesado, demostrarle a su padre su valía, pero ya nada de eso importaba, estaba muerto y él por fin era el nuevo marqués de Wedgwood.

—¡Allí está!

Warren se separó del muro donde se había detenido para recuperar el aliento y murmurando una maldición comenzó de nuevo su escapada. Esos hombres estaban dispuestos a matarle. Había intentado razonar con ellos,

explicarles quién era; les había prometido devolver hasta el último penique una vez llegara a casa, pero no le habían creído. Parecía una broma del destino que le mataran antes de poder ostentar el ansiado título.

Se estrelló contra un hombre que apareció de repente tras doblar una esquina y musitó una disculpa dispuesto a seguir con su huida, sin embargo, el hombre le detuvo sujetándolo de un brazo. Fastidiado, intentó deshacerse del agarre, pero el hombre, a pesar de su escasa estatura, era fuerte como un roble.

—*Monsieur* Wegdwood, debería tener más cuidado —dijo el hombre con un pronunciado acento francés y una sonrisa desagradable en su rostro encallecido.

—¿Cómo sabe...? —Sorprendido, Warren intentó de nuevo soltarse mirando hacia atrás cada vez más nervioso. Sus cobradores no tardarían en darle alcance.

Durante un segundo observó al hombrecillo con verdadero pavor, creyéndole parte del grupo que le perseguía.

—Por favor, les pagaré, lo prometo, solo tengo que volver a Inglaterra. En cuanto esté en posesión de mi herencia, será lo primero que haga como marqués de Wedgwood —le dijo con voz suplicante.

—No es dinero lo que mi señor quiere —habló de nuevo el francés mirándolo con una mueca burlona.

—No entiendo...

El hombre dejó de prestarle atención y lo puso a su espalda con un hábil movimiento, protegiéndole del grupo de hombres que acaba de hacer su aparición.

—Señores, creo que esto será suficiente para saldar la deuda de este joven —les dijo sin inmutarse mientras sacaba un pequeño saco tintineante del bolsillo de su abrigo.

Uno de ellos se adelantó con cautela y sopesó la bolsa con una mano. Sonrió con una sonrisa desdentada y, antes de dar media vuelta sobre sí mismo, le echó una ojeada al marqués escupiéndole a su lado sin apartar la mirada de sus ojos.

Warren apretó los puños a ambos lados del cuerpo y se adelantó un paso con el orgullo herido, pero el francés volvió a detenerle con un gruñido impaciente.

—¿No ha tenido suficiente? —le regañó dándole un pequeño empujón para hacer que se pusiera en movimiento—. Con esto podrá volver a

Inglaterra —continuó diciéndole sin poder evitar una mueca desdeñosa al pronunciar el nombre de tan odiado país mientras le ofrecía un saquito similar al que había mostrado minutos antes.

—¿Por qué hace esto? ¿Quién es usted? —le preguntó Warren tomando el dinero entre sus manos con asombro.

—Ahora está en deuda con uno de los hombres más poderosos de Francia, le sugiero que, llegado el momento, no se oponga a sus deseos. Volveremos a vernos, *monsieur* Wedgwood —le dijo sin responder a sus preguntas alejándose rápidamente calle abajo.

Warren observó perplejo como el hombre desaparecía de su vista haciéndose un millón de preguntas. Le había asegurado que no era dinero lo que quería y, teniendo en cuenta la situación entre Inglaterra y Francia, por un momento tembló al pensar sobre qué le pediría ese misterioso francés a una de las casas más nobles de Inglaterra. Movi6 la cabeza de un lado a otro para desentumecer las vértebras del cuello y lanzó el saco de dinero a varios centímetros de la palma para volver a agarrarlo con cierta alegría. Sus dudas se disiparon casi de inmediato, iba a volver a casa.



La humedad y el color plomizo del cielo londinense le recibieron al salir de su camarote y Warren esbozó una enorme sonrisa llena de soberbia al paladear su nuevo título. Lo primero que haría como marqués de Wedgwood sería organizar un baile para celebrarlo, después reclamaría su sillón en la Cámara de los Lores y concertaría un matrimonio provechoso para su hermana menor. Su vida justo acababa de empezar.

Se estiró la chaqueta y le dio tres chelines a uno de los jóvenes grumetes para que llevara el equipaje hasta su casa de la ciudad. Quizá debería ir con él para asearse y cambiarse de ropa antes de presentarse en las oficinas del señor Brannagh, el abogado y hombre de confianza de su padre desde que Warren tenía memoria, pero estaba demasiado impaciente y en cuanto salió del bullicioso puerto buscó un carruaje que lo llevara hasta él sin demora.

Poco tiempo después se apeó del vehículo y subió con premura las escaleras que llevaban al primer piso de un viejo edificio cerca del centro de la ciudad. El secretario del abogado enarcó ambas cejas y se levantó a medias de su asiento al verlo aparecer.

—Buenas tardes, señor Kenneth.

—Prefiero que se dirija a mí como lord Wedgwood. Supongo que Brannagh está en su despacho —dijo con altivez pasando al lado del hombre sin molestarse en llamar a la puerta que acababa de abrir.

Dos cabezas sorprendidas se giraron para mirarlo, sin embargo, solo fue el abogado el que le mantuvo la mirada el tiempo suficiente para conseguir que se sintiera incómodo.

—Señor Kenneth, estoy reunido, gustoso le atenderé en cuanto acabe —le comunicó con frialdad.

El rostro de Warren se contrajo con violencia, pero antes de que pudiera decir algún impropio el otro cliente se levantó alzando una mano.

—No se preocupen, yo ya me marchó.

El abogado se levantó a su vez y lo acompañó hasta la puerta murmurando una disculpa. Después volvió hacia su mesa y buscó en uno de los armarios situados a su espalda un grueso sobre lacrado con el sello roto. Lo depositó sobre la mesa y unió ambas manos sobre la superficie de madera esperando a que el joven tomara asiento.

Lo observó sin disimular el desagrado que le provocaba la presencia de ese hombre en su despacho. Le había enviado decenas de mensajes urgentes reclamando su presencia en Londres tras la repentina desaparición de sus padres, pero el muchacho había hecho caso omiso de sus responsabilidades y había decidido seguir con su viaje a pesar de lo ocurrido.

Respiró profundamente preparándose para lo que se avecinaba, ya que le conocía bastante bien y sabía que las noticias no iban a agradarle en absoluto.

—Le esperaba hace semanas, Warren. Comprenderá que las propiedades de su familia necesitan una gestión continuada y que su hermana está completamente sola en Wedgwood Corner —comenzó a decir.

Warren solo se limitó a sonreír burlón y tomó asiento frente a él cruzando las piernas con parsimonia.

—Sarah tiene dieciséis años, no es ninguna niña desvalida —replicó.

—Aun así, la pérdida de sus padres ha sido un duro golpe, esperaba más de usted, señor Kenneth, y su padre también.

—Le recuerdo que he dejado de ser el señor Kenneth, ahora el título de

mi padre me corresponde —dijo apretando la mandíbula harto de que obviarán su título al dirigirse a él. No había ido hasta allí para permitir que le faltaran el respeto.

—Me temo que eso no es del todo así —le dijo moviendo con la punta de los dedos el enorme sobre acercándolo a su lado de la mesa.

—¿Cómo?

Los dedos le temblaron al coger el sobre y sacar su contenido. Apenas tardó unos minutos en leer las últimas voluntades de su padre y, con un grito de rabia, se levantó de la silla haciendo que esta cayera hacia atrás con un fuerte estruendo.

—¿Qué significa esto? —exigió saber arrugando el testamento entre sus dedos.

—Lord Wedgwood estaba en plena capacidad de sus facultades cuando tomó esa decisión. He de decir que intenté que no lo hiciera, pero su padre era un hombre de fuertes convicciones y creyó que esta era la única manera de conseguir que madurara. El título y todas sus tierras, así como su fortuna, pasarán a manos de Sarah en cuanto cumpla la mayoría de edad. Siendo tan joven e inexperta en estas lides, era deseo de su padre que usted ejerciera como su tutor hasta entonces dándole la posibilidad de demostrar que se equivocaba —le explicó con lentitud.

—Esto... Esto debe ser un error, no puede ser... ¿Sarah va a quedarse con todo? —balbuceó sin poder creerlo—. Pero... ¡es una mujer!

—Por supuesto, usted tendrá una asignación y una dote para su futura esposa. Su padre se aseguró de ello.

—Pero...

El abogado vio con auténtico regocijo como el joven palidecía asimilando todo lo que acababa de decirle. Se levantó de su silla y de manera paternal le puso una mano en el hombro para acompañarlo hasta la puerta.

—Puede seguir contando con mi dedicación y mi amistad. Estaré encantado de ayudarle cada vez que lo necesite —dijo a modo de despedida.

—¡Esto es una aberración! —gritó girándose hacia él para casi restregarle los documentos por la cara, fuera de sí—. ¡Haré que se invalide de inmediato! ¡Yo soy el heredero de los Wedgwood, no pueden tratarme así!

—Le invito a intentarlo —terminó de decir cerrando la puerta del despacho.

Hecho una furia salió del edificio sin ver por dónde iba, arrollando a quien se le pusiera por delante como si estuviera borracho.

Sarah. Esa niña tímida y estúpida le había arrebatado el cariño de su padre desde el primer momento en el que vino a este mundo, lo había apartado de su lado y le había hecho malvado a sus ojos. Ella era tan pura e inocente que a su lado todo parecía sucio e indigno, incluso él. Y ahora tenía que hacerse cargo de ella y no solo eso, sino también de sus posesiones para poder entregárselas con un lazo cuando cumpliera la mayoría de edad.

Se apoyó en una pared y comenzó a reírse desquiciado, llamando la atención de los transeúntes que pasaban por allí.

Por encima de su cadáver iba a permitirlo, prefería mil veces caer en la deshonra.

Capítulo 1



Londres, 1804

James Sutton, duque de Rutherford, se paseaba impaciente frente a la puerta de lord Cromwell estrujando el sombrero entre las manos. No estaba acostumbrado a que le hicieran esperar y estaba empezando a irritarse. Había acudido inmediatamente tras recibir el mensaje de su viejo amigo y antiguo camarada de correrías, alarmado por la urgencia del mismo, pero llevaba más de quince minutos esperando y no le agradaba lo más mínimo.

Gruñó mientras golpeaba el ajado sombrero contra su muslo derecho, hasta que le vio aparecer casi corriendo seguido de su secretario. El movimiento errático de su brazo se detuvo por completo al notar la expresión preocupada en la dura mirada de su amigo.

—Rutherford, lamento que hayas tenido que esperar. Mi reunión con el almirante Jervis se alargó más de lo previsto.

—¿El almirante Jervis ha regresado a Londres? —preguntó sorprendido por la noticia.

—Te lo contaré todo —prometió Cromwell abriendo la puerta del despacho que ocupaba en el edificio del ministerio de defensa británico y señalándole que le precediera.

James entró sin dilación y tomó asiento esperando a que Cromwell se explicara, rechazó con un gesto el whisky que le ofreció y elevó las cejas al ver cómo su amigo lo apuraba de un solo trago.

—Las noticias deben ser peores de lo que imaginaba —comentó con sarcasmo.

—Así es, amigo mío —le confirmó sentándose junto a él mientras

encendía un cigarro—. Napoleón planea una nueva invasión de Inglaterra y según las noticias de lord Jervis ya ha reunido a más de 180.000 soldados en Boulogne.

—¿Cómo es posible? —James se levantó, incapaz de permanecer sentado más tiempo—. Creía que Francia estaba al borde de la bancarrota después de su derrota en Egipto.

—Eso creíamos, pero, y ahí es donde reside toda la preocupación del rey Jorge, hemos descubierto que un grupo de caballeros ingleses descontentos con la corona están financiando las campañas de Napoleón.

—¿¡Qué!?! —exclamó furioso.

Cromwell se levantó también y fue hasta su escritorio, sacó una pequeña llave atada al bolsillo de su chaleco y abrió un cajón oculto bajo el tablero de la mesa para sacar unos documentos arrugados.

—Los descubrí hace varios meses mientras investigaba ciertas vinculaciones de los franceses con ataques a nuestra flota de las Indias Occidentales. Se hacen llamar «La Hermandad». No sabemos cuánto tiempo llevan operando ni quiénes son sus miembros. La única conexión que he podido confirmar es con el conde Seindfield. Parece ser uno de sus líderes aquí, en Inglaterra, aunque ignoro si su red se expande más allá de nuestras fronteras. Mis espías en Escocia y Gales apenas han podido averiguar nada que me ayude. Y los irlandeses... bueno, no puedo decir que se hayan mostrado muy colaboradores. He estado vigilando a Seindfield estas semanas, pero aparte de jugar a las cartas y vivir de prostíbulo en prostíbulo, no he podido encontrar algo significativo que indique que es un traidor.

—¿Estás seguro de que tu información es veraz? Ese viejo bastardo al que le gusta golpear a las prostitutas no parece tener la inteligencia suficiente para liderar una rebelión contra el rey —dijo con desdén.

—Lo sé, por eso te necesito —le dijo mirándolo fijamente a los ojos.

James detuvo su paseo nervioso por la habitación y le devolvió la mirada apretando los dientes.

—No —contestó categórico.

Cerró los ojos y lanzó el sombrero con fuerza contra el suelo, furioso consigo mismo. Debería haber intuido algo parecido cuando recibió el mensaje, pero la urgencia con la que su amigo reclamaba su presencia había bastado para que cogiera su mejor caballo y galopara como el demonio para llegar a Londres cuanto antes. Ahora se arrepentía de haber abandonado Meadow Manor de manera tan repentina, dejando a la pequeña Arianna al

cuidado de sirvientes.

—Dejé el ejército hace más de dos años, no puedes pedirme que arriesgue mi vida de nuevo y que deje sola a Ari —le explicó con más calma.

—Por favor, James, eres el mejor para este cometido, si no tenemos éxito y Napoleón consigue la victoria, no habrá futuro para Arianna ni para Inglaterra —le dijo sin desviar la mirada un ápice, apelando a sus convicciones y a su honor.

James guardó silencio unos minutos, sopesando todas las posibles consecuencias, y finalmente se dejó caer en una silla con un suspiro de resignación.

—Maldito seas, John... ¿Qué quieres que haga?



Subió los cinco escalones que separaban la acera de adoquines de la entrada del prestigioso club y apenas tuvo que esperar a que el ujier le permitiera el paso. Ignoró la mirada de desaprobación del hombre y le tendió su abrigo de paño negro y el sombrero de copa y se aventuró al interior del edificio con paso seguro. Eran exigentes con la etiqueta y sus rigurosas normas hasta un punto ridículo, aunque James estaba seguro de que su aspecto era impecable con su chaqueta de tonos burdeos y botones dorados. Supuso que lo que le molestaba al viejo hombrecillo era su pelo oscuro que se le rizaba en la nuca, demasiado largo para lo que se estilaba.

Se dirigió al gran comedor atravesando el vestíbulo de baldosas blancas y negras y se sirvió un desayuno completo a base de huevos, salchichas y bacon del bufet antes de sentarse en el enorme comedor. Abrió el periódico y fingió que leía mientras observaba a su alrededor a los pocos integrantes de White's que estaban allí a esa hora de la mañana. Era temprano, pero no tanto como para poder ver a algunos de los amigos de Seinfeld jugando o apostando.

Vio pasar por delante de la puerta del comedor a dos de ellos dirigiéndose a la sala común y los siguió dejando casi toda la comida intacta en su plato. Dobló el periódico y se lo colocó bajo el brazo mientras caminaba tras ellos con parsimonia.

—¿Crees que aparecerá esta noche en el baile de los Bradbury? — preguntó uno con sarcasmo.

—Supongo que sí, ¡si es que es capaz de dejar el burdel durante unas horas!

Ambos se sentaron frente a la chimenea entre risas después de coger sendos puros habanos de la caja de madera situada sobre una ostentosa mesita de mármol.

—Seinfeld es incapaz de permanecer alejado de una mujer, yo no contaría con ello, amigo mío.

James sonrió pasando de largo. En White's no existían los secretos.



Esperó a que el lacayo anunciara su presencia en el gran salón de los condes de Bradbury, donde se celebraba una de tantas fiestas de la temporada londinense, y sonrió lacónicamente cuando todas las miradas se posaron sobre él al hacer su entrada. Odiaba esas fiestas con toda su alma, donde lo más selecto de la alta sociedad se criticaba entre cuchicheos, las supuestas damas presentadas en sociedad iban a la caza de un marido rico y los traidores pasaban desapercibidos.

Su mirada vagó por el salón ignorando a las muchachas que le lanzaban risitas a través de sus abanicos hasta que localizó a su presa. La asistencia de Seinfeld a aquella fiesta era la única razón de su presencia allí, ocultó su odio bajo una máscara de aburrimiento y se apoyó en una columna con una buena vista del salón, fingiendo estudiar a las doncellas que bailaban en la pista de baile, incluso tendría que invitar a alguna a bailar. Su obligación era mantener intacta su fachada de mujeriego y seductor haciéndole creer a aquellos petimetres y alcahuetas que seguía siendo un sinvergüenza como en sus alocados años de juventud, sin ningún otro interés aparte de las mujeres y los caballos.

Debía reconocer que se había divertido en esos años de vida disoluta, pero ya tenía casi treinta años, debía hacer honor al título de su padre y cuidar a su pequeña Arianna de tan solo doce años. La dureza del tiempo pasado en el continente, ejerciendo de espía para la corona, le había enseñado disciplina

y a no obviar sus obligaciones y, muy a su pesar, había terminado hastiado de las perversiones, los juegos y de Londres en general. Prefería mil veces estar en su propiedad de Derbyshire, en Meadow Manor, cuidando a sus caballos.

Observó a las muchachas apartado de los demás, sabiendo que nadie osaría dirigirse a él a no ser que él mismo comenzara una conversación; su nombre era demasiado importante para que alguien osara ofenderlo. Se enderezó cuando una pareja llegó hasta él llevada por el baile. La joven era sin duda la más hermosa de la fiesta con su cabello rubio casi platino recogido en un intrincado moño de diseño floral y su vestido blanco puro de corte imperio que realzaba su bien dotado busto. Tenía los ojos verdes coronados por largas pestañas entrecerrados mientras sonreía con afectación a su acompañante. James se preguntó si todas las mujeres ensayaban esas sonrisas frente al espejo mientras avanzaba hacia ellos con decisión y se la arrebató al muchacho que bailaba con ella con un rápido movimiento y sin mediar palabra.

El joven se quedó balbuceando en mitad de la pista abriendo y cerrando los puños con furia, algo que hizo gracia a James. El joven, o bien no sabía quién era él o era tonto.

—¿Qué haces, hombre? Vámonos, es el duque de Rutherford —le explicó uno de sus amigos mientras lo arrastraba fuera de la pista.

James sonrió a medias, divertido. Sabía que no solo era su nombre lo que intimidaba a los demás sino su aspecto amenazador. Era más alto y corpulento que la media de sus congéneres y su cabello negro azabache y el color tostado de su piel le hacía parecer oscuro y tenebroso. Su mirada del color del humo podía ser fría como el hielo e inmovilizar en su sitio al mejor de los soldados, eso sin tener en cuenta su lengua mordaz.

—Es un gran honor que baile conmigo, excelencia —comentó la joven mirándolo con los ojos abiertos como platos.

James gruñó por toda respuesta sin mirarla, atento a los movimientos de Seindfield. Cuando vio que se dirigía a las mesas de juego en el salón contiguo, sonrió y soltó a la muchacha tan abruptamente como la había cogido. Sin tan siquiera despedirse, sorteó a las demás parejas que bailaban a su alrededor y se encaminó hacia el mismo lugar como un depredador hacia su presa.



Seindfield volvió a echar un vistazo a sus cartas antes de mirar al duque de Rutherford por el rabillo del ojo. Era la quinta mano que el bastardo le ganaba y no podía permitirse seguir perdiendo. Tamborileó los dedos con impaciencia y finalmente levantó la cabeza asintiendo; enseguida le dieron otra carta haciendo que respirara tranquilo por primera vez en toda la noche. Por fin tenía una buena jugada. Colocó el resto del dinero en el centro de la mesa y esperó a ver qué hacían los demás jugadores.

Lord Alberts bufó enfadado y tiró sus cartas sobre el tapete, a continuación, el hijo del vizconde Ebory se echó a reír negando con la cabeza.

—Es demasiado para mí, mi padre me matará si sigo perdiendo su fortuna.

—¿Bennet? —preguntó Seindfield al hombre situado a su izquierda.

—Yo tampoco voy; queda usted, Rutherford.

Todas las cabezas se volvieron hacia él, quien se limitó a sonreír con ironía antes de darle una calada al puro que tenía entre los labios.

—Creo que podríamos hacer esta mano más interesante —dijo mirando fijamente a su contrincante.

Seindfield le sostuvo la mirada y asintió después de un breve momento de reflexión, instándole a continuar.

—Tengo entendido que acaba de adquirir una espléndida yegua que va a ser toda una sensación en el circuito —comentó James.

—Es un pura sangre de diecisiete manos de alzada, con un pelaje negro azabache, espalda fuerte y pecho amplio, ¡va a hacerme rico! —explicó con orgullo dándose un golpe en el muslo con entusiasmo.

—Quiero ese caballo —anunció James sin apartar la mirada.

—¿Qué dice? No pienso vendérsela —exclamó entre risas.

—Subiré la apuesta al doble. Estoy seguro de que es mucho más de lo que usted pagó por ella.

—No voy a apostar mi caballo —refunfuñó Seindfield con mucha menos convicción.

Esa cantidad cuadruplicaba lo que había pagado y serviría para saldar sus deudas antes de volver a casa.

—¿Tiene miedo, Seinfeld? —se burló James sonriendo.

El conde se levantó de un salto y sacó un pagaré del bolsillo interior de la chaqueta, lo relleno rápidamente con los utensilios de escritura dispuestos en cada mesa para las apuestas, y lo tiró sobre el montón de billetes sin más ceremonia antes de volver a sentarse.

James disimuló su satisfacción e hizo lo mismo.

—Caballeros, enseñen sus cartas —pidió lord Bennet igual de expectante que el resto de los presentes.

Seinfeld levantó las cartas con cuidado ignorando la gota de sudor que le resbalaba por la nuca y sin apartar la mirada de la mano del duque. Este las puso sobre la mesa boca arriba y una exclamación general se extendió por la mesa.

—¡Maldito hijo de perra! —exclamó Seinfeld lleno de ira alargando la mano para coger su pagaré, pero James fue más rápido y lo agarró en un fuerte apretón.

—Ya no le pertenece —le recordó con voz dura.

—¡Es usted un bastardo arrogante y tramposo! —exclamó George fuera de sí.

—¿Me está acusando de hacer trampas, Seinfeld? —le preguntó James con una suavidad escalofriante.

—George, detente. Discúlpelo, excelencia, ha bebido más de lo conveniente —intervino lord Bennet sujetando al conde para que no siguiera cometiendo imprudencias.

James recogió los pagarés, los dobló y los guardó como si tuviera todo el tiempo del mundo antes de levantarse y mirar al conde con arrogancia.

—De aquí a una semana iré personalmente a recogerla. Buenas noches, caballeros, disfruten del resto de la velada.

Seinfeld se zafó del agarre de Bennet y volvió a sentarse con la mirada cargada de odio fija en la espalda del duque mientras se alejaba.

—Maldito bastardo.

—La semana próxima estaba prevista la reunión... —empezó a decir Alberts, preocupado

—Habrá que posponerla —gruñó Seinfeld de mal humor—. Haz llegar la noticia por los canales habituales, no podemos arriesgarnos con Rutherford merodeando por la zona.

—De acuerdo —asintió Bennet antes de alejarse.

—Maldito bastardo —repitió dando un golpe sobre la mesa tan fuerte, que hizo saltar las cartas por el aire.



Entró en la mansión que poseía en Kensington con paso cansado y bostezando sin ningún pudor mientras Percival, el mayordomo que atendía la casa de la ciudad desde hacía varios años, esperaba solícito cualquier orden que el duque le diera. James se deshizo de la capa, el sombrero y el bastón y se los dio al hombre para quitarse los guantes de un tirón impaciente.

—¿Desea que envíe a Gilles, milord?

—No, no es necesario. Y vete a descansar, es tarde.

—Buenas noches, excelencia.

—Buenas noches.

James cogió un portavelas y subió el resto de escalones apoyando la mano libre sobre la balaustrada de madera. No se molestó en desvestirse, tan solo se quitó las botas con un quejido al agacharse y se tumbó sobre la colcha con un suspiro de felicidad. Gilles pondría el grito en el cielo cuando viera el estado de su ropa al día siguiente, pero no sería la primera vez. Había salido de la fiesta de los Bradbury tan asqueado que había sentido la necesidad de pasear bajo el cielo londinense y notar el frío del Támesis calándole los huesos.

Hacía mucho tiempo que no tenía esa sensación de euforia y de miedo a la vez ante una nueva misión, pero esa adrenalina que en su juventud le había impulsado había desaparecido. Había luchado por la corona y el rey como soldado y como espía, llevado por su afán de no decepcionar la confianza de su padre y de mostrarse a sí mismo que valía para algo más, pero lo que había llegado a ver en la guerra y en la corte había provocado que perdiera esa fe tan vehemente con la que había creído en la justicia y en el honor. Por eso abandonó la vida militar y renunció a seguir con aquello. Había comprendido que lo verdaderamente importante estaba en casa, al lado de los seres que amaba y que el mundo solo era un lugar ruin y cruel, lleno de maldad y egoísmo.

John había sido muy astuto utilizando el amor que sentía por Arianna para convencerlo de hacer aquello que le disgustaba sobremanera, pero también sabía que era muy bueno en su trabajo, quizás el mejor, y que si Seinfeld tenía algo que ver con la Hermandad, él lo descubriría.

Capítulo 2



Sarah cogió un esqueje y lo plantó con cuidado dentro del agujero que había cavado minutos antes. Lo cubrió de tierra y la aplastó alrededor del minúsculo tallo antes de echarle agua con la regadera de latón que tenía junto a ella. Se sentó sobre los talones y se quitó el amplio sombrero de paja para secarse el sudor de la frente con un pañuelo. Levantó el rostro hacia el cielo con los ojos cerrados sintiendo el calor de los rayos del sol, le encantaba trabajar en el jardín rodeada del aroma de las flores y el trino de los pájaros. Allí solo había paz, nadie la juzgaba ni la menospreciaba, aquello era lo más parecido al paraíso que debía existir.

Frunció el ceño al escuchar el sonido de un carruaje acercándose y no pudo evitar palidecer al reconocer la librea de su marido. Se levantó de un salto emitiendo un quejido involuntario de dolor.

—Señora...

Sarah miró a la vieja ama de llaves sin ocultar su temor.

—Holly, ¿qué hace aquí? Aún quedan tres semanas —dijo con la voz temblorosa.

—No lo sé, señora, pero será mejor que entre y se asee, ya sabe que a milord no le gusta encontrarla así —contestó la criada instándola a darse prisa.

—Sí, sí, ¡tienes razón!

La puerta de servicio estaba a pocos metros de su posición y decidió entrar por ella para evitar encontrarse con el conde en la puerta principal. Él odiaba que trabajara en el jardín, aunque ella sospechaba que él detestaría cualquier actividad que a ella le entretuviera. Apenas la dejaba entrar en la biblioteca o hacer cualquier otra cosa que no fuera estar pendiente de

complacerlo. Los únicos momentos de verdadera libertad eran cuando él se marchaba unas semanas a Londres, abandonándola allí, y era entonces cuando la vida dejaba de ser una tortura.

Ignoró las miradas compasivas del personal que se cruzó en su camino y entró en su habitación deshaciéndose de la ropa mientras tanto. Fue hasta la palangana y se lavó la cara y los brazos mientras Holly sacaba del vestidor un vestido de mañana de tonos celestes. Se cepilló el cabello y lo ató con una cinta azul alrededor de su cabeza antes de ponerse el vestido.

La sirvienta le terminó de abrochar los botones de la espalda y sonrió al mirarla.

—Nadie diría que ha pasado la mañana trabajando en el jardín — bromeó, pero Sarah no respondió a la broma, ni siquiera sonrió.

Esas seis semanas al año eran el único respiro que tenía desde hacía ocho años. Religiosamente, su esposo abandonaba la finca para pasar ese tiempo en la capital durante la temporada y, para ella, esas pocas semanas a solas eran como tocar el cielo, no había gritos, peleas, ni abusos, pero en esta ocasión su tiempo se había acabado demasiado pronto.

—Puede que haya vuelto para arreglar algún asunto y vuelva a marcharse —comentó Holly intentando animarla.

—Será mejor que baje o se enfurecerá —se limitó a decir.

Y ella conocía mejor que nadie lo que eso significaba.

Tembló ligeramente antes de girar la manilla de la puerta y comenzó a bajar las escaleras al tiempo que Seinfeld irrumpía en el hall. Se detuvo en el rellano, paralizada, al distinguir a un hombre detrás de su marido todo vestido de negro que la miraba sin ningún disimulo. Bajó la mirada inmediatamente cuando sus ojos se encontraron y tragó saliva al terminar de bajar las escaleras adoptando una actitud sumisa. Acababa de cometer un gran error pero ya no había marcha atrás.

Le estaba prohibido deambular por la casa cuando había visitas, debía ocultarse de la mirada de los extraños, lo cual era completamente absurdo, nadie que la viera podría reconocerla como la heredera de los Wedgwood. Las personas que normalmente se acercaban a aquel lugar remoto eran sus propias amistades, hombres que al igual que él no conocían el honor ni la decencia y, en cualquier caso, ella jamás revelaría su identidad después de haber caído en las manos de aquel monstruo, evitaría la deshonra de su familia aunque tuviera que ocultarse el resto de su vida.

Sin embargo, el hombre que le acompañaba en ese momento era un

extraño, alguien a quien ella no había visto jamás y estaba segura de que el conde le haría pagar su osadía.

—¡Sarah! —bramó Seindfield acercándose a ella en dos zancadas para agarrarla de un brazo y retorcérselo hacia atrás.

Los ojos de Sarah se llenaron de lágrimas pero no salió ningún sonido de sus labios, mantuvo la cabeza agachada, sabiendo que si se resistía sería mucho peor.

—¿Cómo te atreves a presentarte ante mí sin que te llame?

—Lo siento, milord, no sabía que venía acompañado —intentó calmarle.

—¡No me repliques! —gritó apretándole aún más el brazo.

—Seindfield, ya es suficiente, la está lastimando —dijo el desconocido con firmeza inundando todo el hall con aquel sonido.

George reaccionó como si le hubiera gritado aunque el hombre apenas había levantado la voz, dio un respingo y lo miró con el rostro enrojecido.

—No me diga cómo tratar a mi esposa, Rutherford.

«¿Su esposa?», pensó James sin salir de su asombro. La mujer no tendría más de veinte años y por lo que él sabía, Seindfield permanecía viudo desde que su esposa murió hacía más de diez años.

La observó detenidamente, aún sorprendido por la inusual belleza de la joven. El pelo rubio claro estaba recogido en un moño en la nuca en un peinado práctico que no pretendía aumentar su encanto pero que aun así lo hacía. Tenía la nariz ligeramente tostada por el sol, al igual que los pómulos, lo que le confería a su piel un tono dorado alejado de la blancura extrema que solían lucir las damas de la alta sociedad. Creía haber vislumbrado unos ojos azules, grandes y asustados, antes de que bajara la cabeza, pero no podía estar seguro desde su posición, ya que ella permanecía tercamente cabizbaja, tal vez para no provocar aún más la ira de su marido.

Sin querer, apretó los puños a ambos lados del cuerpo deseando darle una paliza al conde y liberarla de su agarre.

—Seindfield —le advirtió James dando un paso decidido hacia él.

George la soltó bruscamente haciendo que tropezara. Sarah permaneció impasible, sin tocarse el brazo dañado sabiendo que en un par de horas estaría amoratado e hinchado.

—Desaparece de mi vista —gruñó mirándola a los ojos con tal odio que ella tembló de miedo al leer la promesa en su mirada.

Se recogió la falda y echó a correr en dirección a las cocinas, sabiendo que ningún lugar en el mundo la protegería de su furia.

—¡Elliot! —gritó de nuevo.

—¿Sí, milord? —se apresuró a decir el mayordomo haciendo una reverencia, pálido por la escena que acababa de presenciar.

—Que prepararen a Black Sue para el duque cuanto antes. Quiero que se marche de mis tierras —refunfuñó mirando a James con una rabia infinita.

—¿No va a hospedarme hasta mañana? —le preguntó este sonriendo con una media sonrisa que le sacaba de sus casillas.

—¿Y que me robe también a mi mujer? Ni lo sueñe, Rutherford.

James enarcó las cejas fingiendo sorpresa.

—¿Por eso la tiene aquí escondida? Es sin duda de una belleza incomparable. No imagino la razón de su matrimonio con usted pudiendo aspirar a algo infinitamente mejor —le insultó sin ningún disimulo.

—Coja el maldito caballo y desaparezca de mi vista. Ya conoce el camino —le espetó Seinfeld casi al borde de la explosión antes de encerrarse en la biblioteca dando un sonoro portazo.

James sonrió antes de salir de la vieja mansión de piedra. Si el conde pensaba que iba a librarse de él tan fácilmente estaba equivocado, sobre todo, después de haber apreciado la belleza de lady Sarah por sí mismo.



La puerta estaba cerrada con llave, pero Sarah sabía que eso no le detendría durante mucho tiempo. Lo había escuchado vociferar, completamente ebrio, desde hacía un rato mientras subía las escaleras hasta el primer piso y, esperando lo inevitable, Sarah se abrazó a sí misma rodeándose las rodillas con los brazos en un rincón de la cama.

Holly le había dicho que el conde había perdido a Black Sue en una partida de cartas contra el duque de Rutherford, de ahí su presencia en la mansión esa mañana, situación que le había enfurecido muchísimo y que le había empujado a beber el resto del día. Ahora, una vez agotado el licor, descargaría su ira sobre ella.

Sarah tembló cuando escuchó la primera maldición tras la puerta y se encogió un poco más cerrando los ojos con fuerza. La última vez el malhumor de su marido le costó un esguince en la muñeca y dos costillas

rotas. Empezó a balancearse sobre sí misma preparándose para soportar el dolor y la humillación.

El conde irrumpió en la habitación entre maldiciones con el rostro hinchado y rojo, los ojos inyectados en sangre y el aliento apestando a alcohol.

—Pequeña zorra, no puedes esconderte de mí —le dijo acercándose a ella con sus enormes manos abiertas.

—Por favor, milord —le suplicó en un susurro inútil.

—¡No hables! —gritó dándole una bofetada tan fuerte que la lanzó fuera de la cama.

Sarah lloriqueó y se arrastró por el suelo para esconderse bajo la enorme cama con dosel, pero él la agarró de un tobillo y tiró de ella de nuevo. Le dio una fuerte patada en el vientre y en las costillas y le tiró del pelo hacia arriba cuando quiso escabullirse de nuevo.

—No puedes huir de mí... Me perteneces...

Seinfeld se sentó sobre ella sujetándole las muñecas con una de sus manos mientras que con la otra se desabrochaba los pantalones. Sarah cerró los ojos con fuerza intentando evadirse como tantas otras veces a lo largo de los años, pero esa noche él estaba más violento que de costumbre y no pudo evitar retorcerse de dolor cuando la penetró con una fuerte embestida y gritar cuando volvió a abofetearla una y otra vez mientras se movía sobre ella con ferocidad, obnubilado por conseguir ese placer perverso que tanto codiciaba y que cada vez le costaba más alcanzar.

Cuando los últimos espasmos del orgasmo acabaron, se apartó de ella y miró con asco la sangre que se mezclaba con sus propios fluidos.

—Ya no me satisfaces —le dijo Seinfeld estudiándola con atención mientras se acomodaba de nuevo la ropa y ella lloraba en silencio.

Tenía el camisón rasgado y con salpicaduras de sangre, el labio roto le sangraba profusamente, al igual que la nariz y ya empezaban a formarse moratones en sus pómulos. Seinfeld hizo un sonido de repugnancia y la arrastró del pelo hacia las escaleras con la clara intención de empujarla por ellas.

Sarah intentó liberarse sin éxito clavándole las uñas en los antebrazos, se sentía desgarrada y el dolor que le había infligido al poseerla con aquella brutalidad hacía que le fallaran las fuerzas. Le dolía todo el cuerpo y él era demasiado grande.

—Milord, por favor, ¿por qué no va a descansar un poco? —dijo el

mayordomo intentando aplacar, mirando horrorizado el estado de su señora.

—Nadie ha pedido tu opinión, desaparece de mi vista si no quieres sufrir las consecuencias —le amenazó arrastrando las palabras mientras bajaba las escaleras sin soltar un ápice su agarre sobre Sarah.

El mayordomo apretó la mandíbula sintiéndose impotente. Los malos tratos que sufría su señora rara vez llegaban a ese extremo, hasta ahora jamás le había tocado el rostro para no dejar huellas visibles de su violencia, pero en esta ocasión parecía que el conde había perdido completamente la razón.

—¿Elliot? —le llamó el ama de llaves desde un rincón envuelta en un grueso chal con los ojos anegados de lágrimas.

—¡Holly, por Dios, vuelve a la cama! —le ordenó con azoramiento.

—Elliot, no podemos permitirlo. Va a matarla —le dijo con la voz llena de pánico.

—Lo sé —coincidió intentando pensar en una solución.

Ningún vecino les ayudaría puesto que un hombre podía ejercer su derecho de matrimonio sobre su esposa como quisiera y un empleado jamás podía tocar a su señor si no quería acabar encerrado en la cárcel de Newgate.

—El duque —señaló Holly tocándolo en un brazo—. Escuché que iba a hospedarse en la taberna de Andrew. Él la defendió esta mañana. Hazlo llamar, Elliot, por favor —le suplicó al escuchar otro grito escalofriante proveniente del despacho del conde.

Elliot asintió y corrió a despertar a uno de los mozos de cuadra. Sin duda alguna, si había alguien que pudiera enfrentarse al conde ese era el duque de Rutherford.



James empuñó su daga bajo la almohada y escuchó el crujido de los escalones con todos sus sentidos en alerta. Gracias a su formación militar rara vez dormía profundamente y esa cualidad le había salvado la vida en incontables ocasiones. Se levantó con sigilo y esperó tras la puerta de la habitación a que el crujido pasara de largo, sin embargo, se detuvo tras ella. Antes de que el desconocido pudiera hacer algún movimiento, James abrió repentinamente y agarró de la pechera al chico antes de inmovilizarlo contra

la pared colocando la punta de la daga sobre su garganta.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —le interrogó mostrando una mirada feroz.

—Lo... lo siento, milord... yo...yo... yo...

—Está bien, chico, no voy a hacerte daño, ¿de acuerdo? —le dijo soltándolo despacio al notar lo asustado que estaba y que no era más que un niño.

Guardó la daga en su espalda, sujetándola con el cinturón, y encendió una vela antes de sentarse para mirar al muchacho con curiosidad.

—Me... me envía Elliot, señor, el... el conde... ¡el conde va a matar a mi señora! Por favor, milord, ¡ayúdela! —explicó atropelladamente al borde de las lágrimas.

—¿Te refieres a lord Seindfield? —le preguntó para asegurarse de que le había entendido bien antes de levantarse.

El mozo asintió con la cabeza y James se levantó como impulsado por un resorte, se puso las botas lo más rápido que pudo y bajó los escalones de dos en dos, rezando para no llegar demasiado tarde. Entró en el pequeño establo de la taberna y se acercó a Black Sue para acariciarla con suavidad.

—Bien, preciosa, vamos a comprobar cómo galopas —murmuró cogiéndola de la brida y tirando de ella con firmeza.

Montó a pelo, espoleando al animal con fuerza encantado con la velocidad que podía alcanzar. Con el rostro surcado de arrugas de preocupación observó la luz de las velas oscilar a través de los grandes ventanales, desmontó de un salto y alcanzó la escalinata principal en un minuto. Llamó con insistencia dando fuertes golpes en la puerta principal y apenas reparó en la expresión de profundo alivio que mostraba el ama de llaves cuando al fin le abrió.

—Gracias a Dios, excelencia.

—¿Dónde está? —preguntó entrando y buscando al conde con la mirada a su alrededor.

Un grito aterrorizado seguido de un disparo atronador resonaron en el silencio de la noche poniéndole los pelos de punta. El ama de llaves ahogó un grito asustado y James corrió hacia el despacho del conde como alma que lleva el diablo. Se detuvo en la entrada con la respiración agitada mirando el cuerpo sin vida de lord Seindfield. Había caído hacia atrás, con los miembros desgarbados, los ojos abiertos por la sorpresa y un agujero de bala en el centro de la frente.

La pistola había caído al suelo entre Sarah y Elliot, pero apenas le prestó atención, ya que no podía apartar la vista de ella.

Tenía el pelo enmarañado, la cara amoratada y sangrante y prácticamente estaba desnuda. James comprobó que tenía los ojos vidriosos y que no se apartaban del cuerpo inerte del conde. James se interpuso en su línea de visión y se quedó paralizado cuando ella le miró a los ojos. No eran azules como había pensado en un principio, eran de color violeta, hermosos, sinceros y con una expresión espantada reflejada en ellos.

—Sarah...

Hizo ademán de cogerla, pero ella gritó como un ratón asustado refugiándose en los brazos del mayordomo.

—Holly, dame tu chal —le pidió Elliot con la voz temblorosa.

El ama de llaves se lo dio sin rechistar ignorando el cuerpo del conde al pasar junto a él pero sin poder evitar los violentos temblores de su barbilla.

—Por favor, cuida de ella mientras su excelencia y yo nos ocupamos de... esto —le dijo envolviendo a Sarah con el viejo chal para ocultar su cuerpo apenas cubierto por los restos de su camisón.

—Vamos, mi niña —murmuró Holly abrazándola y alejándola de allí.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó James obligándose a relajarse y a mantener a raya su furia.

—No podía dejar que el conde asesinara a lady Sarah, así que cogí la pistola y disparé —explicó mirándole fijamente y con el mentón alzado, desafiándole a contradecirle.

James le devolvió la mirada y supo enseguida que estaba mintiendo. La colocación del cuerpo indicaba que le habían disparado de frente, desde el otro lado del escritorio, donde lady Sarah estaba arrodillada cuando él entró en la habitación. Era materialmente imposible que el mayordomo hubiera podido disparar en ese ángulo desde su posición junto a la ventana.

—¡No!

James se volvió para sujetar a Sarah antes de que volviera a entrar en el despacho. El chal se había resbalado de sus hombros y miraba alrededor con los ojos desquiciados.

—Tranquila, ya no puede hacerte daño —le susurró intentando calmarla.

Sarah se tambaleó hacia él y perdió el conocimiento en sus brazos. James la alzó sin dificultad, sorprendido porque no pesara más que un pluma y sintiendo como su ira se renovaba de nuevo al ver sus heridas.

—Haga llamar al médico y avíseme cuando llegue el magistrado de la

región —le dijo a Elliot mirándolo a los ojos—. Necesitará un testigo.

El mayordomo asintió aliviado al comprobar que el duque estaba dispuesto a confirmar su versión. Era lo único que podía hacer para proteger a lady Sarah y lo haría aunque le costara la horca.

Sus ojos se cruzaron con los de Holly y esbozó una ligera sonrisa al ver su congoja.

—Por favor, querida, muéstrale a su excelencia dónde están las habitaciones de milady —le pidió empujándola con suavidad hacia las escaleras.

—Elliot...

—Ve.

Holly le miró con los ojos llenos de lágrimas apretándole con fuerza las manos, sabiendo que probablemente sería la última vez que lo viera.

—Sígame, milord —murmuró girándose antes de comenzar a subir las escaleras.

James se detuvo en el quicio de la puerta, asombrado por el enorme destrozo que había en el interior de la habitación. Varias criadas se afanaban en recoger los cristales rotos y las flores aplastadas de la alfombra. Las sábanas arrugadas y llenas de sangre se encontraban tiradas en el suelo mientras colocaban unas nuevas frescas y limpias; también habían abierto las ventanas para airear la habitación y hacer desaparecer el hedor a sangre y alcohol que lo inundaba todo.

—Disculpe, milord —dijo una sirvienta acarreando un nuevo juego de aseo de porcelana para sustituir al que yacía roto en el suelo.

James se asombró por la rapidez con la que trabajaban y sospechó que no era la primera vez que tenían que actuar de aquella manera.

Sarah se quejó en sus brazos y entró con paso decidido para depositarla en la cama recién hecha.

Holly dio un par de palmadas y todas las criadas abandonaron la habitación llevándose todo lo inservible con eficacia militar.

—Daisy, trae flores nuevas, por favor —le pidió Holly a la última de las muchachas.

Fue hasta la palangana y vertió agua caliente en ella antes de acercarla a la cama, hizo ademán de sumergir un pañuelo para limpiar los restos de sangre seca del rostro de su señora y anonadada vio como el duque lo hacía en su lugar con una ternura que la sobrecogió. Su señora jamás había conocido el toque amable de un hombre y con los ojos llenos de lágrimas fue

a coger un camisón limpio del vestidor.

A los pocos minutos dos criadas llegaron acarreado más agua caliente, vendas y un enorme jarrón con distintas flores del jardín.

—Discúlpeme, excelencia, pero creo que debería dejarnos a nosotras — le pidió Holly sosteniendo el camisón en sus manos.

Comprendiendo que su presencia impedía que las mujeres pudieran asear y vestir a la condesa, se puso en pie y salió del dormitorio, no sin antes volver la mirada atrás para verla una última vez.

Cerró la puerta con lentitud mientras la rabia se reflejaba en su semblante. Ese animal merecía una tortura lenta y dolorosa y, si él hubiese insistido en pasar la noche allí, probablemente esa muchacha no habría tenido que luchar por su vida. La muerte de ese bastardo había arruinado todos sus planes. Toda la estrategia que había ideado para conseguir infiltrarse en la organización ya no era factible. En un instante todas sus opciones se habían visto reducidas y la única posibilidad que le quedaba era ella. No podía permitir que el magistrado la interrogara, así que no tenía más remedio que ayudar a que un hombre inocente asumiera el asesinato del conde. Asqueado, se apartó de la puerta y comenzó a bajar las escaleras.



Abrió los ojos sobresaltada y se incorporó con rapidez al desconocer dónde estaba, pero un dolor agudo le atravesó el vientre y se dejó caer de nuevo sobre la almohada con un quejido.

Respiró agitadamente mientras sus ojos volaban por toda la habitación en penumbra. No tardó en asimilar que estaba en su dormitorio, en su propia cama. No recordaba cómo había llegado allí ni cuando, pero al empezar a notar los primeros dolores por todo su cuerpo al moverse supuso que su esposo había vuelto a pegarle.

Deslizó las piernas hasta el borde de la cama y consiguió sentarse con apenas un leve mareo. Respiró hondo y se levantó agarrándose a uno de los barrotes de madera torneada que formaban el dosel de su cama. Cuando las primeras náuseas remitieron se aventuró hacia la ventana, donde las gigantescas cortinas aterciopeladas impedían el paso del sol al interior del

dormitorio. Los brillantes rayos le dieron en la cara con tanta fuerza que tuvo que cerrar los ojos para que la luz no la cegara. Debía ser al menos mediodía. Intentó quitar el pasador que mantenía ambas hojas cerradas para permitir que la brisa entrara, pero tenía los dedos entumecidos y fue entonces cuando se vio las manos por primera vez. Estaban llenas de arañazos y moratones, la piel de los nudillos estaba agrietada y algunas uñas, rotas.

Empezó a recordar vagamente breves fragmentos de lo ocurrido. Sabía que había intentado defenderse con todas sus fuerzas cuando comprendió que George pretendía matarla. Él le había golpeado la cabeza con el borde del escritorio y ella había caído hacia atrás, justo debajo de la armería.

Sarah comenzó a temblar cuando la magnitud de lo sucedido la sacudió. Había disparado a su esposo.

—¡Milady! ¿Qué hace levantada?

La voz autoritaria del ama de llaves retumbó por toda la habitación haciendo que Sarah casi saltara aterrorizada. Se volvió hacia ella con los ojos llenos de pánico.

—¿Está muerto? —preguntó con un hilo de voz.

—Señora... —Holly se adelantó para sujetarla y hacer que volviera a la cama, pero su mirada quedó atrapada bajo la de Sarah y apenas se movió.

—Está muerto, ¿verdad? Yo... yo le maté.

—Lord Seinfeld ya no puede hacerle daño, es lo único que importa. Ahora vuelva a la cama, por favor. El médico ordenó reposo al menos una semana —se limitó a decir Holly tirando de ella con decisión hacia la cama.

Sarah se dejó arrastrar, aún conmocionada. El monstruo estaba muerto y ella por fin era libre.

—Bébase esto, le sentará bien —dijo la mujer ofreciéndole un vaso de coñac con láudano.

Sarah obedeció sin rechistar apurando hasta la última gota, reclinándose sobre la almohada cuando terminó de beber. Cerró los ojos, somnolienta, pero los volvió a abrir con rapidez al escuchar como el ama de llaves corría las cortinas de nuevo para dejar la habitación a oscuras.

—No, por favor, deja que entre la luz —susurró.

Holly hizo lo que le pidió e incluso abrió las ventanas para que entrara algo de fresco. Cuando se giró hacia Sarah, esta ya se había quedado profundamente dormida y, tomándose toda la libertad del mundo, se acercó a ella y la besó en la frente con cariño.

—Descansa, mi niña —murmuró antes de salir y volver a sus

quehaceres.

Capítulo 3



La capa apenas impedía que el viento helado que soplaba esa noche en el puerto le hiciera tiritar de frío. Aún estaba anocheciendo, pero el cielo nublado, amenazante de tormenta, hacía que todo estuviese bastante oscuro; las prostitutas empezaban a asomar por los callejones desiertos y grupos de marineros que desembarcaban de sus navíos comenzaban su jornada de diversión en tierra después de larguísimas temporadas en alta mar.

Warren arrugó la nariz al pasar junto a un mendigo y sujetó más firmemente el bastón que ocultaba una larga hoja metálica afilada en su interior. No era tan necio como para pasear a esas horas por esa zona de Calais sin compañía y sin ir armado. Su contacto había insistido en reunirse en una de las tabernas que abundaban por el lugar en vez de hacerlo en el elegante club que regentaba su última amante, había dicho que era de suma importancia que se vieran puesto que tenía información vital para él y Warren no había podido negarse. En las últimas semanas notaba bastante tensión en la Hermandad y se había planteado muy seriamente abandonar Francia.

Siguió caminando con paso firme sin dejar de estar alerta a cualquier asaltador hasta que llegó a su destino. Empujó la puerta de madera y el calor sofocante y el olor a tabaco le rodearon de inmediato al entrar. Paseó la mirada por la concurrencia, localizando a su cita sentado junto al hogar con una pinta de cerveza en la mano y una vieja pipa en la otra, levantó la mirada y le saludó con un cabeceo burlón mientras Warren se acercaba.

Con un suspiro de resignación se sentó junto a él pensando en que nunca se desharía de aquel maldito francés que había sido como su sombra desde hacía casi diez años, desde aquella primera noche en Flandes.

—Bourgeois —saludó—. Espero que lo que tenga que decirme sea tan

importante como para hacerme venir hasta aquí.

—El conde ha muerto —anunció el francés con un grave tono de preocupación.

No era necesario que especificase de quién estaba hablando. Warren observó a su interlocutor unos segundos sin terminar de creerse la noticia, aunque en el fondo no le sorprendía. Ese canalla se había granjeado la enemistad de muchos y desde hacía algún tiempo la cúpula que actuaba a la sombra de Napoleón había empezado a plantearse la posibilidad de sustituirle a la cabeza de la Hermandad en Inglaterra.

—¿Cuándo? —preguntó sin sentir la más mínima compasión.

—Hace menos de quince días. La cúpula está muy disgustada; apenas consiguió reunir la cantidad acordada y han decidido que usted lo sustituya.

—¿Yo? —exclamó sin salir de su asombro mostrando por primera vez algo de nerviosismo. Se suponía que su trabajo era ejercer de enlace entre la cúpula y la Hermandad, en la sombra junto a Bourgeois, no a la cabeza—. No puedo volver a Inglaterra. Creo que nuestro trato fue bastante claro al respecto cuando accedí a trabajar para el Primer Cónsul. Se supone que estoy muerto —susurró.

—*Monsieur Wedgwood*, lo sabemos. Seguro que podrá encontrar en su imaginación alguna excusa para sus largos años de ausencia —comentó Bourgeois sin ocultar el regocijo que le proporcionaba su nueva situación—. Además, es de suma importancia que se ocupe de su hermana.

Warren dio un pequeño respingo en su silla y miró fijamente a Bourgeois sin apenas pestañear. Hacía años que no pensaba en ella, la había borrado de su mente para siempre, desde aquella aciaga noche en la que la entregó a Seinfeld con tan solo dieciséis años y que, aún hoy, le asaltaba en sus pesadillas.

Era una fría pero soleada mañana de invierno y ella estaba en el jardín, como era su costumbre, perdiendo el tiempo entre las flores. Warren la observaba desde su despacho con la espalda tensa y las manos apretadas en sendos puños, mirándola sin ocultar su odio, un sentimiento que había arraigado con fuerza en su corazón tras comprobar que el maldito abogado tenía razón. El testamento de su padre no podía anularse y él vivía cada día fingiendo que sentía algún tipo de aprecio hacia aquella criatura que le había arrebatado todo.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones y con un

gruñido observó al viejo mayordomo bajo el dintel.

—¿Qué ocurre? —preguntó de mal humor.

—Disculpe, milord, lord Seindfield insiste en hablar con usted.

—Wedgwood, ¿así es como recibes a los amigos? —exclamó el conde pasando junto al criado.

Warren lo miró sin salir de su asombro. Se suponía que debía hacer el pago de su ingreso en la Hermandad la semana próxima y que no debían verse fuera de ella.

—Déjanos —le dijo al mayordomo con un ademán mientras palpaba su sillón con una mano y se sentaba en él—. ¿Qué está haciendo aquí, lord Seindfield? Creí que las reglas eran...

—Lo sé, lo sé. Verás, ese maldito francés no deja de atosigarme con la entrega. No podemos esperar a la semana que viene, necesito el dinero ya.

Warren lo miró un momento y con resignación se levantó para ir hasta la caja fuerte que escondía tras un armario. Escuchó como Seindfield se levantaba a su vez y por el rabillo del ojo observó cómo se acercaba a la ventana y contenía la respiración. Sonrió a medias. Sarah era una joven muy hermosa a pesar de su juventud, no era tan necio como para no verlo, de hecho pensaba aprovecharse de ello para casarla cuanto antes.

—¿Quién es esa muchacha? —La voz de Seindfield le llegó amortiguada a través de la madera.

—Mi hermana, un incordio del que espero deshacerme más pronto que tarde —contestó sin remordimiento alguno mientras depositaba el dinero sobre la superficie del escritorio—. La cantidad acordada.

—La quiero a ella —dijo con la respiración entrecortada mientras se pasaba la lengua por los labios resecaos.

Warren frunció el ceño acercándose con lentitud hacia el conde.

—Apenas es una niña —señaló con algo de desasosiego desviando los ojos de uno a otro.

—Es perfecta. La quiero, te pagaré por ella, pondré tu parte de mi bolsillo —se apresuró a decir antes de que pudiera volver a negarse.

—Pero...

—¿A qué vienen tantos escrúpulos, Wedgwood? Eres un traidor y aseguras que esa mujer es la culpable de todas tus desgracias, entrégamela y tu venganza será doble. Prometo que la cuidaré muy bien.

Warren volvió a mirar a su hermana. Podía arrebatarse a su padre mucho más que el honor, podía arrebatarse aquello que más quería, y con

una nueva determinación, asintió.

Esa misma noche la sacó de su casa, a hurtadillas. La había despertado un par de horas antes ordenándole que se vistiera y ella se había apresurado a obedecer sin preguntar. Era obvio que estaba aterrada, ya que mantenía la cabeza baja, oculta por la capa oscura de lana que la cubría por completo, intentando controlar el temblor de la barbilla sin éxito. Se agarraba con fuerza al borde del asiento para no ser lanzada al asiento de enfrente, donde él la miraba fingiendo hacerlo por la ventanilla.

No le había dicho a dónde se dirigían y ella tampoco había preguntado nada al respecto. El carruaje llevaba una velocidad endiablada a través del agreste camino, por eso ambos resoplaron cuando se detuvo de manera abrupta y sus cuerpos se impulsaron hacia delante. Vio como Sarah levantaba la cabeza para escudriñar el exterior con curiosidad y una mueca desdibujó su boca al verla reprimir un escalofrío. No le extrañaba, la edificación de piedra gris que se elevaba frente a ellos era espantosa. Era noche cerrada, sin luna, pero a pesar de la falta de visibilidad de podían distinguir los altos torreones y las murallas que rodeaban la casa, grandes ventanales ocupaban la planta inferior pero estos estaban cerrados por fuera dando la impresión de estar abandonada, la parte superior estaba salpicada de balcones enrejados por los cuales las matas de hiedra salvaje crecían sin impedimento zigzagueando por toda la fachada principal. El jardín, que había visto tiempo mejores, estaba lleno de hierbajos secos, lo que no favorecía el retrato del conjunto.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella con voz trémula atreviéndose a hablar por primera vez desde que habían salido de Wedgwood Corner.

Warren la miró con un pequeño tic en el labio y una expresión ausente que la asustó más que cualquier otra cosa.

—¿Warren? —volvió a llamar su atención al no obtener respuesta.

—Vamos.

Se bajó del carruaje de un salto agarrándola de un brazo mientras andaba con pasos rápidos que la hacían trastabillar. Warren sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente con un ademán nervioso. Cogió el llamador de la puerta golpeándolo con fuerza sin soltar un ápice a su hermana.

Al cabo de unos minutos, un hombre de mediana edad vestido con una llamativa librea amarilla y verde les abrió la puerta con expresión adusta y portando un candelabro con cuatro velas encendidas.

—¿Puedo ayudarles?

—Dígale a Seindfield que Wedgwood está aquí —anunció Warren entrando en la mansión sin dar más explicaciones.

El mayordomo miró fijamente a Sarah durante unos segundos sin poder disimular una expresión de profunda lástima antes de realizar su tarea.

Mientras esperaban, Warren le quitó la capa dejándola caer al suelo sin ninguna ceremonia. Ella dio un respingo involuntario y lo miró con sus enormes ojos violeta llenos de pánico; por un momento, su hermano se planteó sacarla de allí cuanto antes, pero no podía, ya era demasiado tarde.

—Perdóname, Sarah —murmuró acariciando su mejilla en un arrebato que a él mismo le sorprendió.

—Warren... ¿qué has hecho?

—Vaya, vaya, pero ¿qué tenemos aquí? —exclamó una voz ronca y desagradable acercándose hacia ellos.

Inconscientemente, Sarah se acercó a su hermano al ver al desconocido aparecer en lo alto de la enorme escalinata que nacía del vestíbulo en el que se encontraban. El hombre no aparentaba una edad en concreto, tenía el pelo grisáceo y escaso hasta el punto de que comenzaba a entreverse una incipiente calva en la coronilla; parecía tan alto como su hermano, que no era un hombre que pasase desapercibido en una multitud, y por lo que podía intuir, tenía un cuerpo grande y fuerte bajo el batín dorado que vestía.

—Llevo todo el día esperando este momento. —Arrastró las palabras mientras alargaba una mano hacia su sombrero.

Sarah ahogó una exclamación e intentó apartarse pero el hombre la sujetó con firmeza y acercó su rostro al de ella con la clara intención de besarla.

La muchacha gritó tirando del brazo para desasirse, pero solo consiguió que el hombre se echara a reír.

—Una fierecilla, bien, me gusta. Disfrutaré muchísimo domándola —comentó mientras se pasaba la lengua por los labios.

Warren apretó los puños a ambos lados del cuerpo refrenando las ganas de matar a ese bastardo a golpes.

—Recuerda que es mi hermana, la hija de los marqueses de Wedgwood. Prometiste que la tratarías bien —dijo con los dientes apretados.

—¡Por supuesto! Te dije que será mi condesa y así será. La hija de un par del reino no merece menos.

—¡¿Qué?! —exclamó Sarah a borde del pánico—. Warren, ¿de qué está

hablando?

Él la ignoró y asintió en dirección a Seinfeld antes de dar media vuelta y dirigirse con grandes zancadas hacia la salida.

—¡Warren! —gritó Sarah intentando ir hacia él—. ¡Warren! ¡No me dejes aquí!

—Tranquila, preciosa, lo vamos a pasar muy muy bien... —le susurró George en el oído mientras la sujetaba.

—¡¡Warren!!

Él no detuvo su paso hasta atravesar la maciza puerta de doble hoja de roble, entonces cerró los ojos y se apoyó sobre el frío muro. Aún podía escuchar los gritos y sollozos desgarradores de su hermana y una oleada de náuseas le invadió sin poder contenerlas. Sabía lo que ese desgraciado iba a hacerle a Sarah, pero no había tenido elección. Había vendido su alma al diablo y ya no había vuelta atrás.

—¿Wedgwood?

La voz del francés le sacó de su trance y Warren pestañeó antes de fruncir el ceño y devolverle la mirada.

—Creo que no le entiendo. ¿Qué es lo que quiere exactamente la cúpula de mí? —quiso saber ignorando la gota de sudor que comenzaba a formarse en el borde de su sien.

—Que retome las actividades que el conde dejó inconclusas y que averigüe por todos los medios si la condesa viuda supone un peligro para su realización. En caso afirmativo, deberá eliminar cualquier amenaza, ¿lo ha comprendido?

—Por supuesto —contestó sin dudar.

Bourgeois lo miró unos segundos más y finalmente se levantó esbozando una media sonrisa tan desagradable, que a Warren le habría gustado borrarla de un puñetazo.

—La cúpula confía en su lealtad, *monsieur* Wedgwood, espero que no nos defraude.

—Mi lealtad es inquebrantable, la cúpula tendrá lo que quiere —replicó dejando entrever una pizca de la ira que sentía.

—Un traidor siempre será un traidor. Estaré cerca, no lo olvide.

Warren apretó los puños debajo de la mesa y no se inmutó mientras el espía francés abandonaba la taberna. Llamó por señas a la camarera y le pidió un whisky doble que apuró de un solo trago.

El desaparecido marqués de Wedgwood volvía a casa para cuidar de su pequeña hermana viuda. Se echó a reír sin poder contenerse atrayendo las miradas de algunos clientes del local, pero él los ignoró. Sí, era un traidor, no tenía alma, ni corazón ni honor, y si Dios tenía algo de bondad y compasión le ahorraría la infamia de tener que matar a Sarah.

Capítulo 4



Lord Cromwell entró en su despacho con los hombros caídos y arrastrando los pies.

La noticia de la violenta muerte de Seindfield a manos de uno de sus criados había corrido como la pólvora entre los círculos aristocráticos. No se hablaba de otra cosa en las reuniones sociales ni en los distintos clubs de caballeros de los que era asiduo.

La única pista que tenía para dismantelar la organización de criminales que amenazaba la paz en Inglaterra se había evaporado, y las informaciones que seguían llegando del continente seguían siendo alarmantes.

Se sirvió un trago de vino y fue hacia su sillón. Necesitaba pensar qué pasos dar a continuación y qué medidas tomar en caso de que todo se fuera al traste. Si no obtenía resultados, su cabeza rodaría.

—Buenas noches.

Sobresaltado, dejó caer el vaso y se enfrentó a su viejo amigo con una expresión tan cómica que James no pudo evitar echarse a reír.

—¡Maldita sea, Rutherford! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Veo que estás oxidado. En otros tiempos me habrías descubierto mucho antes —se burló levantándose.

John no contestó, agarró el asiento y se sentó en él acercándose a la mesa para apoyar los codos sobre ella.

—Espero que tengas una explicación. ¿Por qué le has matado? Era nuestro único camino para llegar a la Hermandad —exigió saber sin ocultar su enfado.

James se sentó frente a él cruzando las piernas con esa expresión hastiada que había llegado a fingir tan bien y mediante la cual sus verdaderos

sentimientos no se traslucían.

—Yo no lo maté, pero de buena gana lo habría hecho. Ese bastardo miserable no merecía una muerte tan benevolente —dijo con tal calma que Cromwell elevó una ceja al notar que su amigo estaba más furioso de lo que transmitía a simple vista.

—Supongo que si estás aquí es porque tienes un plan.

—Tal vez haya alguien que pueda darme lo que necesito —dijo fijando la vista en algún punto de la pared detrás de John, ensimismándose al pensar en ella.

—¿Y? —le preguntó su amigo exasperado al ver que no continuaba hablando.

—Una joven vivía con él. Seinfeld aseguró que era su esposa, pero no he encontrado registro alguno de ese matrimonio.

Lo cual le resultó bastante extraño ya que si esa mujer no le importaba lo más mínimo dado el trato que le dispensaba, ¿por qué afirmar algo así si no era cierto? El juez apenas había puesto en duda la versión del mayordomo después de que él la apoyara con su testimonio, pero con la excusa de serle de utilidad por si surgía alguna duda, decidió permanecer en la zona y así visitar al párroco de la región, el cual se sorprendió mucho al saber que el conde había vuelto a contraer nupcias tras el fallecimiento de su esposa. No conocía a lady Sarah e ignoraba si Seinfeld convivía con alguien más. Después de hablar con el amable tabernero y con algunos de sus clientes, concluyó que la presencia de la joven en aquella casa era un completo secreto.

—Tal vez sea su amante —intervino John encogiéndose de hombros—. No creo que te resulte difícil seducirla, tu éxito con las mujeres es hartamente conocido y si es una vulgar prostituta estoy seguro de que quedará más que complacida con el cambio.

James se tensó al pensar en Sarah en aquellos términos. Recordó sus ojos asustados y su cuerpo tembloroso y sangrante y apretó los puños con indignación. Miró a John de tal manera que este parpadeó sorprendido y medio se levantó con el entrecejo arrugado.

—Esa mujer te importa. Espero que no seas tan estúpido como para involucrarte personalmente con ella —le aconsejó.

—No seas absurdo, nunca me he visto comprometido de manera personal en ninguna misión. Tus dudas son infundadas, solo pensaba que ella no es ese tipo de mujer. No creo que la estrategia que propones sea la adecuada —gruñó incómodo.

—Haz lo que sea necesario, lo que hay en juego es mucho más importante que una simple muchacha.

—No dejas de recordármelo, ¿cómo iba a olvidarlo? —se burló antes de levantarse y dirigirse hacia la ventana por la que había entrado minutos antes—. Tendrás noticias mías.

John observó el hueco vacío por el que el duque había desaparecido y suspiró pasándose una mano por la frente. Era la única baza que tenía, si James fracasaba el mundo tal y como lo conocían desaparecería para siempre.



Las rosas volvían a florecer llenando el jardín con su aroma y frescura. Había trabajado muy duro para convertir ese espacio tétrico y descuidado en el jardín tan bello que era ahora. No dejaba de ser irónico que la entrada al infierno estuviese flanqueada por todas aquellas espléndidas flores. Trabajar la tierra había sido su remanso de paz, el único lugar en toda aquella extensión donde se sentía segura y libre y ahora volvían a arrebatarse su libertad, esa libertad por la que Elliot había pagado tan alto precio.

Sarah volvió a tocar la carta que llevaba consigo desde primera hora de la mañana, ahora arrugada de llevarla en uno de los bolsillos de su delantal de trabajo. No había querido dejarla descuidada por ahí, a la vista de cualquiera, ya que deseaba comunicárselo ella misma a Holly. Estaba segura de que al ama de llaves se le partiría el corazón pero era imposible que Sarah permaneciese allí, sobre todo después de que el abogado de su difunto esposo le comunicara en esa carta que todas las propiedades de George, incluido su título nobiliario, formaban parte de la herencia que le dejaba a su hijo, nacido de su primer matrimonio, George Faithful, quien deseaba que las abandonara en un periodo no mayor a quince días para poder trasladarse a vivir en ellas. Ese hijo desconocido al que hacía más de una década que el conde no veía, quien no se había dignado a acudir al entierro de su padre, le daba quince días para abandonar el que había sido su hogar durante los últimos ocho años, el lugar donde había derramado su sangre, sus lágrimas, donde le habían arrancado la inocencia y el honor.

Estiró una mano para acariciar una rosa roja con la yema de los dedos y

la observó con atención desde varios ángulos antes de cortarla. La colocó en la cesta que llevaba bajo el brazo con suavidad procurando que no se aplastaran los delicados pétalos de las otras flores que ya había recogido. Quería hacer un centro floral para aligerar la austeridad de la biblioteca, la cual había dejado de tener secretos para ella. Levantó la cabeza hacia el sol cerrando los ojos para sentir la brisa primaveral acariciarle el rostro. Había conseguido sobrevivir y volvería a hacerlo.

—¿Lady Seinfeld?

Sarah abrió los ojos sobresaltada y miró fijamente al hombre que se acercaba con paso lento pero firme hacia ella. Un ligero jadeo salió de sus labios al reconocerlo y apretó el puño alrededor de las tijeras sintiendo como el cortante filo le atravesaba la piel. Su mirada gris se posó en ella y solo pudo quedarse quieta, sin moverse, aterrorizada.

James notó de inmediato que la condesa le temía, se detuvo a varios pasos de ella, esbozando una sonrisa amable y se quitó el sombrero antes de inclinarse a modo de saludo.

—Disculpe que la moleste, su ama de llaves me dijo que podía encontrarla aquí.

Guardó silencio esperando una respuesta, pero ella solo le miraba fijamente sin soltar un ápice su agarre sobre la cesta. Armándose de paciencia, dio un paso hacia ella y lo intentó de nuevo.

—Creo que no nos han presentado debidamente. Soy James Sutton, duque de Rutherford. Nos conocimos hace unas semanas... la víspera de la muerte de su esposo —comentó con toda la intención de provocar en ella alguna reacción.

Era muy poco probable que olvidara aquella noche alguna vez. James observó cómo los ojos de ella se dilataban de espanto y un ligero jadeo se escapaba de entre sus labios.

—Era usted —susurró dando un paso hacia atrás involuntario.

Solo recordaba fragmentos de lo ocurrido tras disparar a George, pero a veces veía imágenes de un hombre susurrando en su oído palabras de consuelo mientras limpiaba su rostro, un desconocido que había sido testigo de su humillación y la atrocidad que había hecho. Observó su sonrisa con hoyuelos y la forma cuadrada de su barbilla así como sus cejas rectas y no demasiado gruesas arqueadas mostrando su curiosidad, la nariz larga, tal vez demasiado prominente, los labios finos... desconfió al instante de su actitud amable y de su apostura.

James se percató de cómo Sarah cambiaba sutilmente la forma de sujetar las tijeras de manera que las había convertido en un arma para defenderse y cómo su semblante se endurecía mientras buscaba a su alrededor alguna vía de escape. James se habría echado a reír si aquello no fuese tan serio, sospechaba que ella lo hacía sin darse cuenta, como una forma de autoprotección, pero no podía evitar sentirse algo molesto por esa reacción. Por regla general era él quien tenía que huir de las mujeres, no al contrario, y si de algo podía jactarse era de tratarlas a todas como damas, cualquiera que fuese su condición.

—¿Qué es lo que quiere? —le preguntó Sarah con voz temblorosa.

—Comprobar que se encuentra bien. En cierta medida me siento responsable de lo que sucedió aquel día y siempre lamentaré no haber llegado a tiempo para evitarlo —contestó con la mayor sinceridad que fue capaz.

Ella vaciló un segundo sin dejar de mirarlo a los ojos con fijeza soltando ligeramente las tijeras provocando que la sangre comenzase a fluir por su palma.

—Está sangrando —murmuró James acercándose con celeridad hasta ella mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo—. Permítame.

Antes de que Sarah pudiera reaccionar, él le arrebató las tijeras y comenzó a envolverle la mano herida.

—No, por favor —susurró intentando apartar la mano.

James la sujetó con firmeza y terminó de vendar la mano herida sin hablar. Cuando terminó, la miró a los ojos y la soltó con suavidad.

—No hay nada que debas temer de mí, Sarah —le aseguró empleando el mismo tono de voz que usaba para tranquilizar a los caballos salvajes.

Estaba a punto de acariciarle la mejilla cuando escuchó el ruido de pasos apresurados en la grava que rodeaba el camino y se apartó lo suficiente para ver cómo el ama de llaves se acercaba hacia ellos sujetando una bandeja entre las manos.

—¡Por fin les encuentro! —exclamó con jovialidad—. Me he tomado la libertad de prepararles un refrigerio, ¿les apetece?

James observó a la condesa sin disimulo y ocultó una sonrisa divertida al ver la expresión de su cara. Al parecer no le agradaba lo más mínimo las atenciones que le dispensaba la sirvienta.

—Gracias, Holly.

La anciana esbozó una enorme sonrisa satisfecha y miró de soslayo al duque.

—¿Cenará su excelencia con nosotros? —preguntó con inocencia mirando a su señora parpadeando sin parar.

Ella la fulminó con la mirada y ni siquiera miró a James antes de contestar.

—Seguro que lord Rutherford es un hombre muy ocupado, no quisiera que se entretuviera más de lo necesario.

—En absoluto, no concibo idea más atractiva que cenar con usted —se apresuró a decir él inclinando levemente la cabeza en su dirección.

Viéndose atrapada entre ambos solo puso asentir sin ser descortés. Holly mostró su conformidad con excesiva alegría y se marchó dejándolos solos de nuevo. Ignorando en la medida de lo posible a lord Rutherford, recogió las tijeras que habían quedado olvidadas en el suelo y siguió su recorrido por el jardín.

James enarcó las cejas sin hacer ningún comentario, se agarró ambas manos detrás de la espalda y caminó tras ella disfrutando de la vista.

Durante las últimas semanas había estudiado a fondo el pasado de la condesa, pero extrañamente no había podido averiguar nada sobre ella. No sabía quién era ni dónde la había encontrado Seinfeld. Había tenido que replantear toda su estrategia tras la inoportuna muerte del conde, si bien el nuevo plan le parecía mucho más atrayente. Averiguar los secretos de la condesa viuda y saber si escondía algo más tras su aparente fragilidad y candidez iba a ser divertido, a pesar de que inevitablemente sentía un instinto protector hacia ella nada conveniente. Quería que Sarah confiara en él y esperaba conseguir vencer sus más que probables reticencias tras su terrible experiencia en manos de su esposo. Esperaba poder demostrarle que no todos los hombres eran como él.

—Un jardín extraordinario —comentó admirando las delicadas flores que crecían en los frondosos parterres.

—Gracias —contestó Sarah esbozando por primera vez una tímida sonrisa.

—Supongo que no me equivoco si afirmo que en gran medida es trabajo suyo.

—Muchos consideraría que no es un trabajo digno de una dama —replicó mientras recogía otra rosa, aunque esta vez de color blanco.

—Me alegra poder decir que lo que la sociedad considera apropiado difiere bastante de mi opinión personal. Además, mi padre también era un gran amante de la botánica. Puedo decir con gran orgullo que incluso escribí

varios artículos al respecto.

—Sí, lo sé. Los he leído. Eran estudios muy interesantes, me habría gustado poder consultarle mis dudas, temo que las publicaciones de la Royal Society de Londres están bastantes obsoletas en algunas cuestiones.

James la miró sorprendido echándose a reír y provocando que ella lo mirara extrañada.

—Milady, habla usted exactamente igual que él. Dígame, ¿pudo asistir a alguna de sus conferencias en la sociedad botánica?

—No. Nunca he salido de aquí —contestó en voz baja.

—¿Entonces siempre ha vivido en Northampton?

—No.

—Discúlpeme, creí entender que su familia vive en la región.

—No tengo familia.

James puso los ojos en blanco; estaba demasiado oxidado. Él, que había sido un maestro del espionaje, un auténtico conocedor de la naturaleza humana, ahora era incapaz de obtener una respuesta coherente de esa joven.

—Lamenté la muerte de lord Rutherford —dijo ella de repente—. Fue algo... inesperado —comentó Sarah dulcificando la voz.

—En realidad estaba bastante enfermo, aunque testarudo como era no quiso decírselo a nadie hasta el final —explicó James encogiendo un hombro. Habían pasado casi tres años desde entonces y había tenido tiempo de aceptarlo y convivir con ello—. Siempre lo recordaré vestido con aquellos pantalones de fieltro horribles y ese olor perenne a tierra mojada.

Sarah sonrió de nuevo, pero esta vez con autenticidad y durante una décima de segundo James sintió como si el mundo a su alrededor hubiera dejado de existir. No duró más de un momento, pero durante ese segundo eterno creyó estar frente a un ángel descendido del cielo para traer a la tierra la luz del sol. Aquella sonrisa llena de empatía y compasión que acababa de calentar su corazón desapareció tan pronto como había aparecido dejándolo confundido y con un extraño vacío en su interior.

—Si me disculpa, iré a cambiarme para la cena —dijo Sarah retomando de nuevo ese distanciamiento formal.

—Hay algo que deseo pedirle —dijo James recuperando la compostura y evitando así que ella se alejara—. Temo que no he sido del todo sincero, hay otra razón que me ha traído hasta aquí. No sé si recuerda que mi presencia la primera vez se debió a Black Sue.

—Creo que no le entiendo.

—Su esposo intentó timarme. Gané ese caballo en una apuesta limpia, sin embargo, faltan documentos importantes sin los cuales el animal no tiene valor alguno. Le agradecería enormemente que me los entregara, si no es mucha molestia para usted.

Ella lo observó un momento, sin decidirse. No le extrañaba que George hubiera intentado engañar al duque, ya que era su manera habitual de actuar, pero con total seguridad esos documentos estarían en el interior del despacho y ella, por nada del mundo, volvería a entrar ahí. Finalmente tomó una decisión, y puesto que era poco probable que lord Rutherford dejara en su empeño, asintió con un cabeceo.

—Es usted libre de buscar los documentos de Black Sue, milord, solo le ruego que no desordene nada. A lord Seinfeld no le gusta que toquen sus pertenencias. Si me acompaña, le mostraré el lugar.

Él la miró con curiosidad y se acercó hasta ella con cautela.

—Se lo agradezco —se limitó a decir sin hacerle notar que Seinfeld estaba muerto y ya nada de eso importaba.

La observó alejarse molesto consigo mismo antes de caminar tras ella en dirección a la casa. No le agradaba mentirle, pero había sido la única excusa que se le había ocurrido para registrar la propiedad sin levantar sospechas. Esperaba poder encontrar las pistas necesarias para averiguar la identidad de los integrantes de la Hermandad y con un poco de suerte colgarlos a todos por traidores.

Ella se despidió frente a la entrada del despacho dejándolo solo. La última vez que estuvo en aquella estancia fue la noche en la que el conde murió. Abrió la puerta y por inercia, su cabeza se movió hacia el lugar donde había yacido el cuerpo. Vio que habían retirado la alfombra pero por lo demás, todo parecía estar tal cómo se encontraba en aquel momento. El caos y el desorden reinaban en la habitación, repleta de documentos, botellas vacías y ceniceros llenos de tabaco, como si nadie excepto él hubiera tenido permiso para entrar. Cerró la puerta, se sentó en el enorme sillón de piel que ocupaba gran parte del espacio y empezó a levantar documentos, buscando con minuciosidad lo que le interesaba. No supo cuánto tiempo estuvo en aquella habitación mirando en cada rincón, detrás de cada cuadro, pensando qué lugar podría haber servido de escondite hasta que unos golpes en la puerta le sacaron de sus cavilaciones. Abrió, molesto por la interrupción y se encontró con un joven lacayo con la cara salpicada de pecas.

—Di... disculpe, excelencia, lady Sarah ya le espera en el comedor,

milord —tartamudeó haciendo una torpe reverencia.

Con una mueca, James se sacudió el polvo acumulado en su casaca y se maldijo por su falta de caballerosidad. Era imperdonable hacer esperar a la condesa y se apresuró a ir a su encuentro sin más demora.

La encontró sentada a la mesa, con las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada fija en su plato vacío. Se había cambiado de ropa y ahora lucía un vestido anodino en tonos marrones de algodón en absoluto favorecedor. Por un momento, James se preguntó si todo el vestuario de la condesa era como el de una campesina.

Carraspeó haciendo que ella volviera la cabeza durante un segundo.

—Lamento mi retraso, espero que pueda disculparme —dijo haciendo una reverencia en su dirección.

Sarah inclinó la cabeza sin decir nada, sumamente incómoda por tener que compartir su espacio y su tiempo con aquel hombre. Miró a Holly y esta se puso en movimiento para hacer que los sirvientes comenzaran a llevar la cena. James ignoró el servicio que habían colocado en el otro extremo de la mesa y tomó asiento junto a ella con una sonrisa complacida. No iba a dejar pasar la oportunidad de saber más cosas de ella sentándose a varios metros imposibilitando cualquier atisbo de conversación.

—¿Hacía mucho tiempo que estaba casada con lord Seinfeld? —preguntó mientras colocaban frente a él los cubiertos que había ignorado.

—Varios años —contestó ella sin dar más explicaciones.

—Es extraño, pero desconocía que hubiera vuelto a casarse tras su viudez. ¿No han tenido hijos?

Ella negó con la cabeza mientras cogía el tenedor y pinchaba una patata asada que no le apetecía comer. No quería hablar de ella ni de su matrimonio con el conde, y no iba a permitir otro interrogatorio como el del jardín. Fijó sus enormes ojos en él e intentó sonreír sin mostrar su malestar.

—Mi esposo nunca me había hablado de usted.

—No pertenecíamos al mismo círculo de amistades. Alguna vez habíamos coincidido en Londres, en el White's o en el club pugilístico pero nunca habíamos cruzado más que un par de saludos. Nuestra relación se basaba en las apuestas, temo que perder a Black Sue fue más de lo que pudo soportar.

Una expresión de profundo dolor cruzó su rostro al escuchar ese comentario y dejó el tenedor sobre el plato. Recordaba muy bien toda esa ira descargada sobre ella aquella horrible noche que jamás podría borrar de su

memoria.

Se levantó con brusquedad dejando caer la servilleta al suelo y apenas le miró a los ojos antes de hablar.

—Lo siento, excelencia, no me encuentro bien. Si me disculpa, creo que me retiraré temprano.

James se levantó a su vez y la miró con preocupación.

—Por supuesto, lamento si la he ofendido.

—En absoluto. Por favor, termine la cena. Buenas noches.

—¿Milady? Quisiera pedirle que me permitiera volver mañana para continuar con mis pesquisas, si no es inconveniente.

Ella guardó silencio demasiado tiempo, aunque finalmente asintió con un leve movimiento de la cabeza.

James reprimió una blasfemia por la oportunidad perdida. Era obvio que la muchacha estaba asustada y su actuación demasiado directa no había ayudado a lo contrario. Se instó a proceder en lo sucesivo con más tacto y cautela mientras volvía a sentarse y terminaba de cenar sin prisa. Era un hombre paciente y tarde o temprano conseguiría su objetivo.

Sarah se apresuró a cerrar la puerta de su habitación y se apoyó en ella con el corazón desbocado. Observó con atención el pañuelo que aún llevaba enrollado en la palma de la mano sin entender los sentimientos encontrados que tenía con respecto a lord Rutherford. Ella por supuesto no había podido negarse a su petición de volver al día siguiente, a pesar de lo que realmente deseaba era que se marchara de su hogar para siempre. No confiaba en él, en realidad en ningún hombre, lo único que quería era disfrutar de su soledad y pensar en su futuro inmediato.

Se quitó el pañuelo de un tirón y lo dejó caer al suelo con descuido, esperando que al día siguiente el duque encontrara lo que buscaba y desapareciera al fin de su vida.



—¡Trabajar! Lady Sarah, ¿ha perdido usted la cabeza? —exclamó Holly dando vueltas de un lado a otro por el gran salón, con las manos fuertemente unidas por delante del cuerpo—. Es una dama de alcurnia, alguien de su

posición no puede rebajarse de esa manera.

Sarah la miró con la cabeza ladeada sin entender muy bien por qué Holly armaba tanto escándalo por la noticia. Lo había pensado detenidamente y no le quedaba otra opción. O trabajaba o se moriría de hambre.

—¿Rebajarme? No creo que tú seas inferior por el hecho de trabajar, ¿por qué habría de serlo yo?

—¡Oh!

Holly la miró con los ojos llorosos sintiendo cómo el amor que sentía por aquella desdichada criatura crecía aún más.

—Señora, sigue siendo increíblemente gentil y buena a pesar de todo —comentó secándose el rabillo del ojo con el borde de un pañuelo—. No se trata de lo que yo piense, sino de los de su clase. La eliminarán de sus vidas, será una paria, ¿no lo comprende?

—Esas personas jamás se han interesado por mí, me abandonaron a merced de mi hermano cuando mis padres murieron, ¿por qué habría de importarme lo que puedan opinar? —replicó dejando entrever parte de su furia.

—Pero...

—Está decidido, Holly, no tengo alternativa. Sé que no tengo ninguna preparación, pero tal vez puedas enseñarme a limpiar o...

—¡Dios santísimo! —exclamó Holly completamente escandalizada con la idea.

La respuesta de Sarah se perdió tras el fuerte carraspeo de un hombre que ocupaba todo el vano de la puerta y las miraba con una ceja levantada y una media sonrisa divertida.

—Lamento interrumpir.

Ambas mujeres lo miraron estupefactas, aunque la expresión de la condesa cambió rápidamente por una de resignación.

—Excelencia, espero que usted pueda quitarle esas ridículas ideas de la cabeza. ¡Limpiar! Qué barbaridad...

La sirvienta pasó por su lado sin dejar de refunfuñar, cerrando tras ella al salir dejándolos solos.

James observó a Sarah sin decir nada mientras ella se levantaba del sillón y se acercaba a la ventana con gesto serio.

—No sé si debo preguntar —comenzó a decir tomando asiento frente a donde había estado sentada ella segundos antes.

Llevaba frecuentando la mansión varios días con la excusa de buscar los

documentos perdidos y había empezado a conocer a la condesa bastante bien. Sabía que no se encontraba cómoda si se acercaba a menos de un metro y que detestaba que la molestaran cuando estaba trabajando.

Toleraba su presencia aunque no había terminado de discernir si era por cortesía o porque temía ofenderlo; no solía mostrar sus emociones, era bastante reservada y contenida, lo que le hacía pensar que era de buena cuna, ya que esas actitudes solían ser aprendidas, y por eso le sorprendía verla tan asustada. Intentaba ocultarlo pero el gesto de sus manos retorciéndose dentro de los bolsillos de su vestido mañanero y el movimiento de sus ojos que esquivaban su mirada eran reveladores.

—Lady Sarah... —insistió al ver que ella no decía nada.

—Supongo que tarde o temprano terminará enterándose —respondió con brusquedad volviéndose hacia él—. Debo abandonar estas tierras lo antes posible, según los deseos del nuevo conde Seindfield.

—¿Cómo dice? —preguntó con preocupación poniéndose en pie.

—El hijo de mi difunto esposo no me quiere aquí —aclaró con rabia contenida—. Sin los recursos de este lugar no tengo nada, por eso Holly estaba tan... indignada. Considera que una condesa no debe trabajar.

—Estoy de acuerdo —afirmó James con rotundidad mientras la cabeza le daba vueltas.

«¿Trabajar?», pensó confuso. Solo sabía de un trabajo para una viuda sin recursos y por encima de su cadáver iba a permitir que Sarah lo ejerciera.

—No es decisión suya, milord. Además, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Completamente agotada, se dejó caer en un diván. No había dejado de darle vueltas a lo mismo desde que recibió la maldita carta. No le importaría convertirse en dama de compañía de alguna anciana aristócrata que necesitase ayuda, pero no era tan estúpida como para pensar que sería sencillo encontrar un empleo así sin referencias. No sabía coser, ni cocinar ni cuidar animales. Ningún noble la contrataría como institutriz o niñera sin tener preparación para ello. Solo podía convertirse en sirvienta y le daba pánico estar a merced de gente como su marido o su grupo de amistades.

Sin querer se echó a temblar, terminaría en la calle y no había estado luchando por su vida durante ocho años para terminar así.

—Lady Sarah, hay otra solución para su problema —le indicó James arrodillándose frente a ella y cogiéndole las manos.

Ella levantó la mirada, sorprendida de tenerlo tan cerca. No le había oído moverse y miró las manos unidas de ambos sintiendo calor allí donde él la

estaba tocando.

—¿Ha considerado la idea de volver a casarse? —le preguntó con suavidad.

—¡Jamás! —gritó Sarah levantándose como impulsada por un resorte haciendo que James cayera sobre su trasero y la mirase parpadeando como un búho, boquiabierto por su repentina transformación.

Tenía las mejillas arrojadas, los puños apretados a ambos lados del cuerpo y los ojos brillantes de furia mientras su pecho subía y bajaba a una velocidad asombrosa.

—Hay buenas personas que estarían encantadas de darle la protección de su nombre, Sarah. Yo podría ayudarla a encontrar el candidato perfecto —insistió.

—Óigame bien, lord Rutherford, nunca más volveré a someterme a la voluntad de un hombre —gruñó intentando controlar el temblor de su voz.

—No todos los hombres son como Seinfeld —apuntó con comprensión mientras se ponía en pie.

Sarah apretó la mandíbula y le dio la espalda abrazándose a sí misma.

—No lo entiende, George me lo arrebató todo. Yo... no soporto la idea de que ningún hombre vuelva a tocarme —explicó con un tono de voz tan suave que James tuvo que esforzarse por oírlo.

Él no hizo ningún comentario, observando su espalda completamente recta con sentimientos encontrados. Sentía una ira irracional hacia el bastardo que la había herido hasta ese punto y por otro quería aliviar su dolor de todas las maneras posibles.

—Podrían mantener vidas separadas. Por favor, Sarah, escúcheme —insistió al ver que ella se giraba para abandonar la habitación—. Un matrimonio de conveniencia podría darle la libertad y protección que ansía —dijo con rapidez sabiendo qué solo tenía unos segundos antes de que ella decidiese no seguir escuchando—. Es usted una mujer fuerte, íntegra, inteligente y de una belleza tal que cualquier hombre estaría dispuesto a casarse con usted por el solo placer de su compañía.

—¿Se burla de mí? —preguntó Sarah desconcertada sujetando la manivela de la puerta.

—Estoy hablando muy en serio, incluso yo mismo podría...

James se interrumpió de repente asombrado por sus palabras. Sin embargo, no tuvo tiempo de analizar lo que le había llevado a pronunciarlas, el rostro de Sarah se había vuelto inexpresivo, aunque durante un breve

segundo sus ojos reflejaron todo el odio que sentía.

—Márchese... márchese y no vuelva —ordenó antes de abandonar el salón y cerrar la puerta tras ella.

James observó la puerta cerrada reprimiendo una maldición por su estupidez. Había registrado la mansión de cabo a rabo y no había conseguido encontrar nada relativo a la Hermandad o a sus miembros; ninguna carta, ningún registro de reuniones, nada. Solo le quedaba una opción y era Sarah. Sabía que era una mujer inteligente, estudiosa, y con total seguridad las actividades secretas del conde no le habrían pasado desapercibidas. Aun así, no podía plantearle esas cuestiones sin más, ya que, aunque creía firmemente en que ella era inocente, no sería la primera vez que cometía un error.

La idea del matrimonio había surgido en su cabeza de repente, llevado por su instinto protector y abrumado por sus circunstancias, pero quizá no fuera tan mala idea; después de todo necesitaba una esposa.

Sonriendo, decidió que por ahora cumpliría los deseos de la condesa y se alejaría de allí, pero pensaba volver y, con un poco de suerte, convencerla de que un matrimonio de conveniencia era una solución idónea para ambos.

Capítulo 5



El hedor fue lo primero que le golpeó al atravesar la puerta de hierro que comunicaba el largo corredor con el área de los presos pobres. La entrevista con el alcaide se había desarrollado como esperaba, ya que en general la gente temía demasiado su nombre para negarse a cumplir sus deseos. No había puesto impedimentos a su petición a pesar de que los cargos de acusación contra el reo eran de asesinato. Las condenas por este tipo de delitos eran rápidas y ejemplarizantes, por eso le había sorprendido que el mayordomo aún siguiese con vida. Avanzó por los estrechos pasillos acompañado por un vigilante joven que no podía disimular del todo la repugnancia que sentía al ver los presos hacinados en celdas repletas, sin ventilación, sin luz.

El muchacho se detuvo al fin frente a un calabozo ocupado por un solo hombre, descalzo, sucio y sin afeitar, que se encontraba sentado en un rincón sobre un puñado de heno mohoso, con las piernas dobladas de manera que podía descansar la cabeza sobre las rodillas.

—¡Eh, tú! ¡Escoria! Levántate —ordenó el vigilante acercándose para darle una patada en las piernas.

James se adelantó controlando la ira que provocaba en él personajes como aquel que disfrutaban con el sufrimiento ajeno.

—Es suficiente. Déjenos —ordenó sin levantar la voz.

El hombre lo miró con desdén y encogió un hombro antes de pasar por su lado y salir de la celda.

Elliot levantó la cabeza y parpadeó varias veces para enfocar la vista. Acostumbrado a la oscuridad extrema de aquel lugar, el farol encendido que el vigilante había colgado en el muro era como un haz de luz cegador. Tardó

un momento en reconocer a la persona que tenía delante pero, en cuanto lo hizo, jadeó asombrado y se apresuró a levantarse para hacer una reverencia.

—Excelencia —tartamudeó con la voz ronca y seca.

—Lamento mucho haber tardado tanto en venir a sacarle de aquí. Espero que en el futuro pueda compensárselo como merece —dijo James con solemnidad.

—Mi... milord, creo que no le entiendo. Van a colgarme...

—En absoluto. Se ha concluido que el fallecimiento de lord Seindfield fue un trágico accidente. No tiene familiares ni amistades tan profundas que insistan en una investigación más exhaustiva, así que... es usted libre.

Elliot apenas podía apartar la mirada conmocionada de los ojos del duque, quien esperaba paciente a que reaccionara. Era libre, podría olvidar esas semanas en las que había vivido una pesadilla entre oscuridad, ratas y muerte y volvería a ver la luz del sol y a su queridísima Holly. Sus ojos se nublaron de lágrimas y con un sollozo se agachó para tocar con la frente los zapatos de James.

—Gracias, gracias, gracias —repitió sin cesar.

—Por Dios, hombre, levántese —le dijo el duque asombrado mientras lo agarraba de las axilas para izarlo.

—Juro que le honraré cada día de mi vida, hasta mi último aliento... —le prometió con la voz entrecortada.

—Ya ha hecho usted bastante, Elliot. Jamás podré pagarle suficiente por el sacrificio tan enorme que hizo por mi prometida. Lady Sarah y yo se lo agradeceremos eternamente.

Elliot abrió los ojos como platos, creyendo que la noticia de su liberación le había trastornado hasta el punto de sufrir alucinaciones.

—¿Milord?

—En realidad aún no ha aceptado a ser mi esposa, pero espero hacerla cambiar de idea en breve. Mientras tanto, necesito un nuevo guardabosques, ¿estaría usted interesado? —le preguntó esbozando una amplia sonrisa.



Sarah rompió la tercera carta que había escrito arrugándola con

frustración, dejó la pluma a un lado y, apoyando los codos sobre el escritorio, se sujetó la cabeza con ambas manos. Esa mañana había ordenado a Holly que empezaran a empaquetar en baúles su escaso vestuario y las pocas pertenencias que había logrado reunir en los últimos ocho años, aunque no tuviera ningún sitio al que ir. Esa carta que no lograba escribir era un último intento desesperado para no quedarse en la calle. Había pensado en enviar un mensaje a Wedgwood Corner para pedir asilo mientras buscaba un nuevo hogar, pero ni siquiera sabía qué había ocurrido con todas las propiedades de su familia, si los viejos sirvientes seguirían allí y además le avergonzaba tanto su situación que no quería que nadie la compadeciese. Solo le quedaba suplicarle al nuevo conde algo más de tiempo.

—¡Señora! —exclamó una de las criadas entrando en tromba en la habitación—. ¡Debe bajar de inmediato!

—¿Qué ocurre? —preguntó dirigiéndose hacia la salida con rapidez.

—El nuevo conde está aquí —susurró la joven deteniéndose tras ella cuando Sarah se paró en seco en lo alto de la escalera al escucharla.

La miró controlando el pánico que sentía. Cerró los ojos y respiró profundamente. Era libre y nadie nunca más podría obligarla a hacer algo que no deseara. Se recogió la falda y comenzó a bajar los escalones intentando mantenerse fría y cortés. Sin embargo, toda su confianza se evaporó en cuanto vio a su hijastro paseándose por el hall quedando paralizada al notar el extremo parecido que tenía con su padre.

Durante un interminable minuto, el miedo le subió a la garganta al pensar que George había vuelto de la tumba para seguir castigándola. Un gemido involuntario escapó de sus labios llamando la atención del joven conde, que inmediatamente se giró hacia ella esbozando la misma sonrisa perversa de su padre.

—Milady, que inmenso placer conocerla al fin —dijo acercándose a ella ofreciéndole una mano para ayudarla a terminar de bajar las escaleras.

—No le esperábamos hasta dentro de cuatro días —replicó ella sin moverse.

George hizo una mueca y bajó la mano sintiéndose ofendido.

—Siendo esta ahora mi casa, no creo que deba darle explicaciones de mis idas y venidas, señora. Estaba dispuesto a negociar su permanencia en mi casa, pero veo que no está interesada en escuchar mis propuestas.

—Lamento haberlo ofendido, milord.

Sarah bajó la cabeza en actitud obediente al escuchar ese tono de voz tan

peculiar que la avisaba antes de un estallido, tal y como ocurría con Seindfield.

—Supongo que estará cansado del viaje, si lo desea puede refrescarse...

—No es necesario. Si no me equivoco, la biblioteca de mi padre está por aquí.

—Sí, milord.

—Sígame —ordenó entrando en la habitación sin molestarse en sujetar la puerta para ella.

Sarah siguió agarrándose con firmeza al pasamanos de la escalera sin atreverse a seguirle hasta que miró a su alrededor y vio a Holly mirándola con auténtico pesar. Se soltó, enderezó la espalda y se encaminó hacia la biblioteca con paso regio.

George cerró la puerta tras ella sobresaltándola y la observó sonriendo mientras caminaba a su alrededor. Ella se encogió ante su escrutinio sin dejar de mirar la puerta cerrada deseando escapar por ella.

—Eres más bella de lo que me habían descrito. No entiendo cómo el miserable de mi padre tuvo tanta suerte.

—Creía que deseaba hablar, milord —comentó Sarah permaneciendo de pie sin atreverse a mirarlo.

—Así es, espero que no te incomode mi presencia, al fin y al cabo, somos familia —dijo pasando el dorso de la mano por su antebrazo haciendo que ella diera un respingo involuntario.

George se echó a reír colocándose tras ella de manera que el aire que exhalaba al respirar le rozaba la nuca.

Por un momento la mente de Sarah se bloqueó de auténtico terror al asaltarle de repente todos los espantosos recuerdos que había intentado enterrar. Era incapaz de moverse, ni gritar, solo podía permanecer de pie, temblando. Levantó los ojos para mirar fijamente a George, quien ahora se había posicionado frente a ella y la observaba con una mueca desdeñosa.

—Eres una criatura exquisita, sería una verdadera lástima dejar que alguien como tú termine en la calle, hogar de putas y ladrones, ¿no crees? —susurró subiendo las manos hasta la base de su cuello—. Pero podemos llegar a un acuerdo provechoso para ambos.

Los ojos de Sarah se llenaron de lágrimas cuando el nuevo conde Seindfield bajó las manos hasta sus pechos dejando bastante claro lo que quería. Un sollozo ahogado salió de lo más profundo de su garganta a modo de protesta pero no tenía fuerzas para luchar; sabía por propia experiencia que

si no se resistía sería mucho más rápido e indoloro.

Cerró los ojos intentando evadirse y pensar en otra cosa mientras George la manoseaba sin ninguna delicadeza. Recordó sus años de infancia cuando sus padres aún vivían y todo era alegría y felicidad, el maravilloso aroma del mar que llegaba hasta sus habitaciones proveniente de los acantilados que bordeaban la propiedad, el sabroso pastel de manzana que la vieja cocinera le preparaba cada día para que tomara acompañando al té de la tarde... Abrió los ojos cuando escuchó un estruendo en la habitación y giró la cabeza para ver la puerta de la biblioteca hecha añicos en el suelo y a un furibundo duque de Rutherford ocupando todo el vano.

—Quítele las manos de encima si no quiere que le mate aquí y ahora —amenazó a George con un tono de voz que prometía hacerlo si no le obedecía de inmediato.

Él se apartó de Sarah sorprendido, arreglándose el cuello de la casaca con brusquedad, molesto por la interrupción.

—¿Quién demonios se cree que es para entrar aquí de esta forma? —le espetó mirándolo de arriba abajo.

—Lady Sarah está bajo mi protección, así que le sugiero que se marche mientras le doy la oportunidad de hacerlo —contestó James entrando en la biblioteca sin atreverse a mirarla porque sabía que si lo hacía, mataría a ese mequetrefe con sus propias manos.

—Bajo su protección, ¿eh? —comentó el conde esbozando una mueca sardónica—. Debería atender mejor a su puta para que no salte a los brazos del primero que...

El puño de James se estrelló contra su cara impidiéndole seguir con sus insultos y provocando que la nariz del conde comenzara a sangrar profusamente.

—Escoja a sus padrinos —le dijo apuntándole con el índice de su mano derecha y manteniendo la voz fría como el hielo.

George le miró con los ojos desorbitados de espanto mientras intentaba infructuosamente detener el torrente de sangre de su nariz.

—¿Un duelo? ¿Está loco, hombre? —exclamó chillando.

—Discúlpese ante mi prometida. Ahora —ordenó James agarrándolo de la chaqueta para obligarlo a arrodillarse ante Sarah.

—¿Su... su prometida? —tartamudeó palideciendo—. Yo... lamento profundamente si he dicho o hecho algo que pueda ofenderla, lady Sarah, no ha sido mi intención. Espero que pueda perdonarme y que no me guarde

rencor alguno en el futuro.

Se levantó con torpeza e hizo una reverencia frente a ambos antes de salir como una exhalación de la habitación y de la casa.

James observó la salida del conde con los dientes apretados lamentando no haberle dado la paliza que deseaba, pero no quería provocar más angustia en Sarah, que aún no había dicho nada, ni siquiera se había movido.

Se acercó a ella con lentitud para no asustarla más de lo que estaba, pero se detuvo cuando ella por fin lo miró a los ojos con los suyos anegados de lágrimas.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó sintiéndose como un tonto.

Era obvio que estaba afectada, pero no encontraba las palabras apropiadas y no quería decir algo inoportuno viendo que la condesa estaba a punto de quebrarse.

—¿Por qué ha vuelto? —le preguntó ella con la voz entrecortada.

—Para proponerle matrimonio —contestó con suavidad.

Sarah se llevó una mano a los labios mientras una carcajada subía por su garganta hasta que, incapaz de contenerla, comenzó a reír y las lágrimas se derramaban sin control por sus mejillas.

Viendo que estaba al borde de la histeria, James buscó con la mirada algún licor en la habitación; chasqueando la lengua, agarró la media botella de oporto que había sobre una mesita auxiliar y sirvió una copa bien llena antes de ofrecérsela a la condesa.

—Señora Gallagher —llamó sin volverse.

—¿Sí, milord? —se apresuró a contestar ella desde el quicio de la puerta.

—¿Hay más alcohol en la bodega?

—Creo que queda algo de brandy y de whisky escocés.

—Eso servirá. Y, señora Gallagher, que el servicio vuelva a sus quehaceres. El espectáculo ya ha terminado —ordenó con dureza.

—Sí, milord —respondió el ama de llaves haciendo que todo el mundo se marchara de hall, donde la mayoría del personal se había congregado para ver lo que sucedía en el interior de la biblioteca.

Con un leve suspiro, James sacó un pañuelo del interior de su chaleco y se lo ofreció a Sarah, quien lloraba en silencio entre accesos incontrolables de risa.

—Bébase el vino, la tranquilizará —insistió al ver que ella no había probado el líquido.

Obedeció haciendo una mueca cuando el oporto bajó hasta su estómago vacío provocándole náuseas. Dejó la copa con cuidado sobre la mesa y se limpió el rostro con el pañuelo del duque. Durante un momento miró absorta las iniciales bordadas en la tela y desvió los ojos hasta él con la congoja todavía presente en ellos.

—Gracias —susurró.

—No tiene que darlas —contestó esbozando una tenue sonrisa—. ¿Se encuentra mejor?

Ella asintió con la cabeza observando la puerta aún tirada en el suelo.

—¿Ha estado alguna vez en el condado de Derbyshire? —preguntó James de repente mientras se acomodaba en el sillón.

Sarah frunció el ceño negando con la cabeza.

—Es un paraje extraordinario, ideal para la crianza de caballos, lleno de colinas y verdes praderas. Durante la floración de primavera todo se cubre de miles de colores y el bosque se llena de vida. Es un privilegio gozar de tal remanso de paz. Los inviernos son algo crudos, sobre todo durante la temporada de nieves, Ari dice que es la época del año que más le gusta, supongo que porque aún disfruta de la inocencia y pureza de la nieve recién caída; tiene doce años... A veces creo que se siente demasiado sola en Meadow Manor. Cuando nuestros padres murieron intenté hacer todo lo posible para cuidar de ella, pero mis obligaciones me llevan a menudo lejos de casa y tengo que dejarla sola más veces de lo que me gustaría. Por eso la idea del matrimonio ya no me resulta tan inaceptable. Arianna necesita la compañía y los consejos de una mujer, me temo que bajo mis cuidados se está volviendo un poco rebelde y salvaje, prefiere cabalgar y perder el tiempo en los páramos que atender sus quehaceres —comentó sonriendo—. Además, Meadow Manor necesita con urgencia un toque femenino, tal y como mi tía no cesa de repetir siempre que tiene ocasión; otro motivo por el cual renegaría gustoso de mi soltería. Las exigencias de mi tía en cuanto a que busque esposa se están volviendo insoportables incluso para el más paciente de los hombres. Como ve, yo la necesito más que usted a mí. Piénselo, Sarah, quiero tanto una esposa como usted un marido, pero un matrimonio de conveniencia entre ambos es la solución perfecta. Hasta que no me case, mi tía no cejará en su empeño y lo último que deseo en mi vida es a una de esas jóvenes inexpertas con una imagen idealizada del matrimonio, que haga de mi vida un infierno cuando descubra que mis intereses están lejanos de falsos sueños de amor. Y usted necesita la protección de un hombre, por mucho que

se niegue a aceptarlo. —James se enderezó acercándose al borde del asiento y llamando la atención de Sarah, que hasta entonces había permanecido observando el suelo con obstinación sin dirigirle la mirada ni una sola vez durante su monólogo—. Sarah, te prometo que estarás a salvo en Meadow Manor, tendrás toda la libertad que desees, podrás hacer aquello que más te plazca siempre y cuando mi apellido no sea mancillado, lo único que pido a cambio es compañía para mi hermana y un poco de orden en mi casa.

Ella guardó unos minutos de silencio mientras asimilaba todo lo que James le proponía sin apartar la mirada de sus ojos. Era curioso, pero hasta ese momento no se había fijado en ellos, aunque en ese instante eran del color de la bruma parecía que la misma tormenta se escondía tras ellos. Era un hombre impredecible y aún no confiaba en él a pesar de que no le había dado motivos para temerle, más bien al contrario, siempre había sido caballeroso y cortés, pero ella había visto cómo la mirada de los hombres cambiaba al mirarla y estaba segura de que él no sería diferente.

—¿También estaría a salvo de usted? —preguntó sin apartar la mirada de él con un hilo de voz.

Si James se sorprendió ante su pregunta no lo demostró, por un momento sus ojos refulgieron, pero su voz fue serena al contestar.

—Le doy mi palabra —contestó con solemnidad.

Sarah se levantó parpadeando para alejar las lágrimas. A pesar de sus dudas, le creía, y la idea de ser libre empezó a calentar su corazón. James también se puso en pie, y, aunque no hizo ademán de acercarse, de repente la habitación se empequeñeció y Sarah dio un involuntario paso atrás.

—Jamás podría darle un heredero —le espetó ella sin previo aviso.

—No tengo intención de probar el sabor de la paternidad, al menos, en un futuro cercano. Llegado el momento y, si aún mantiene su rechazo al lecho conyugal, hay infinidad de posibilidades —explicó con las cejas enarcadas—. ¿Pensará en mi propuesta, Sarah?

El sonido de un breve pero fuerte golpe en el marco de la puerta interrumpió su respuesta y ambos se volvieron para mirar a Holly, que sostenía una bandeja con varias botellas sobre ella.

—Disculpen, les traigo el licor.

—Gracias, Holly —dijo la condesa recuperando el control de sus emociones—. Por favor, déjalo sobre la mesa. Milord, sería un honor que pasara la noche bajo nuestro techo.

James se apresuró a inclinar la cabeza como señal de aceptación, disimulando

su sorpresa ante la inesperada sugerencia.

—Será un placer.

—Holly, haz que preparen una habitación para su excelencia. Si me disculpa, milord, creo que las emociones de este día me han cansado más de lo que imaginaba... Yo... —Sarah le miró nuevamente durante un breve segundo antes de bajar los ojos con timidez—. Le daré una respuesta por la mañana.

—Esperaré con impaciencia —respondió haciendo una nueva inclinación.

Salió apresuradamente de la biblioteca ante el asombro de Holly, que pasó junto al duque para depositar el whisky sobre el aparador. Hizo una reverencia antes de marcharse pero James la detuvo con un gesto.

—Señora Gallagher, alguien muypreciado me dio esto para usted. Espero que sea de su agrado —dijo entregándole una carta que acababa de sacar de su chaqueta.

Holly recibió el sobre lacrado abriendo los ojos como platos y emitiendo un sollozo cuando reconoció la letra de la misiva.

—¡Oh, milord! ¿Sigue con vida? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas y aplastando la carta contra su pecho.

—Creo que él mismo responderá a sus preguntas —contestó sonriente señalando la carta—. Y si mis esperanzas no se truncan, estoy seguro de que pronto volverán a reencontrarse.

—¡Oh, milord!

—Daré un paseo por los alrededores, y si no es molestia, quisiera que me subieran la cena cuando mi habitación esté lista.

—Por supuesto, excelencia.

El ama de llaves salió casi corriendo de la habitación olvidando hacer su reverencia, pero a James no le importó. Con una sonrisa se dirigió hacia los jardines con la seguridad de que lady Sarah aceptaría su propuesta, y entonces averiguaría todos sus secretos y la Hermandad quedaría destruida para siempre.



Sarah respiró hondo antes de empujar la puerta del comedor y entrar

para enfrentarse con el duque de Rutherford. No había pegado ojo en toda la noche, reflexionando sobre si su decisión era la correcta o no, pero ahora, al verlo de pie mirándola con ternura, tan apuesto con aquella extraña chaqueta cortada recta por delante y grandes solapas de color marrón oscuro y los calzones beige enfundados en unas botas altas de color negro, sus dudas se disiparon. Parecía un hombre de honor, y bien sabía Dios que ella no había conocido a muchos.

—Buenos días —murmuró él sin moverse de su sitio, con los hombros tensos y la mandíbula apretada, esperando su respuesta.

—He decidido aceptar su proposición, milord —anunció ella sin demora.

—Te prometo que no tendrás motivos para arrepentirte de esta decisión, Sarah —le aseguró tomándole las manos antes de que ella pudiera impedirselo y llevándoselas a los labios para besárselas con una delicadeza infinita.

—Iré a comunicárselo a Holly. Quisiera que me acompañara durante el viaje y...

—Por supuesto. Puedes llevarte a quien quieras y todo lo que quieras. Iré a organizar a la partida.

Ella le observó marcharse con un nudo en la garganta, dejándose caer en una de las sillas del comedor y preguntándose por enésima vez si no estaría cometiendo un error. Fijó la mirada en un punto inexacto de la mantelería mientras dejaba que su mente divagara y apenas se percató de cómo le servían el desayuno según sus preferencias, ni de las miradas de soslayo que le dedicaban las criadas cada vez que alguna le preguntaba si necesitaba algo más.

Holly atravesó el comedor varios minutos después conteniendo las ganas de ponerse a correr y así llegar antes hasta ella. Su respiración, por regla general, pausada y tranquila, esa mañana parecía estar controlada por una tormenta de emociones, concretamente desde que lord Rutherford le había ordenado que preparara el equipaje de lady Sarah y el suyo propio para la inminente partida hacia Meadow Manor.

Conociendo a su señora, aquella decisión no habría sido nada fácil de tomar, pero eso solo acrecentaba la enorme admiración que ya sentía por la joven.

—Señora... ¿es cierto? ¿Ha aceptado la mano de lord Rutherford?

—Sé que no es lo habitual estando tan cercana la... la muerte de... —

tartamudeó levantando la vista hacia el ama de llaves.

—¡Milady! —Dejándose llevar por el entusiasmo, la mujer cogió las manos de Sarah y las sacudió con energía incapaz de retener su felicidad—. Ese monstruo no merece ni uno solo de sus pensamientos, y mucho menos que le guarde luto. Nadie la juzgará en esta casa por buscar su felicidad y yo me siento enormemente agradecida de que decida llevarme con usted.

—Holly... ¿de veras? ¿Me acompañarás? —preguntó mostrando por primera vez un atisbo de sonrisa, aliviada de que su máximo apoyo aprobara su decisión.

—Jamás permitiría que me abandonara aquí —aseguró con firmeza antes de echarse a reír.



Esperaba de pie mirando hacia la edificación con una mezcla de pena y esperanza. A plena luz del día, con el sol brillando sobre la piedra gris, no se apreciaba la tenebrosidad del lugar, pero ella la conocía muy bien, desde aquella espantosa noche en la que Warren la vendió. Con el paso de los años había llegado a considerar aquel terreno como su hogar e incluso llegó a amarlo; había puesto todo su empeño y su esfuerzo en crear aquellos jardines que ahora refulgían con las gotas de rocío aún presentes en el follaje. Y ahora lo abandonaba sin saber muy bien si estaba más asustada ahora o entonces.

Lord Rutherford había dado orden de partir de inmediato cuando ella le comunicó que aceptaba su proposición, ya que su intención era celebrar la boda cuanto antes en Meadow Manor. Desde entonces, Holly estaba desquiciada, dando órdenes a diestro y siniestro mientras organizaba la partida y lo dejaba todo en manos de la gobernanta, puesto que ella también acompañaría a Sarah en su nueva vida. El equipaje apenas ocupaba tres baúles y no suponía gran problema puesto que llevaba embalado tres días, en cuanto a lo demás, Sarah esperaba que el personal que tanto la había cuidado durante aquellos años no sufriera penurias bajo el gobierno del nuevo señor.

—¿Estás lista? —le preguntó James tirando de las riendas de Black Sue.

—Sí, milord —contestó dándole la espalda al edificio dispuesta a no volver a mirar atrás.

James enarcó una ceja al escucharla y con una media sonrisa se colocó frente a ella impidiéndole subir al carruaje, donde Holly ya la esperaba impaciente.

—Mi nombre es James, creo que esta es la quinta vez que te lo recuerdo hoy —dijo sin ninguna animosidad.

Sarah enrojeció antes de asentir. Era cierto que no era capaz de llamarlo por su nombre, pero eso significaría establecer una intimidad para la que todavía no estaba preparada.

—Yo no soy Seindfield, no tienes que cuidar tus palabras ni actuar como si temieras ofenderme en cualquier momento, ¿lo entiendes?

—Sí, milord, lo intentaré.

James puso los ojos en blanco y soltó las riendas del caballo para tomar la barbilla de ella y hacer que lo mirara. Ella dio un ligero respingo pero no se apartó.

—Supongo que la primera vez es más difícil. Repite después de mí, ¿de acuerdo? J-a-m-e-s —deletreó.

Sarah comenzó a levantar el labio superior en un atisbo de sonrisa que a él no le pasó desapercibido y esbozó media sonrisa antes de soltarla.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, James.

—¡Ah! Música para mis oídos, ¿te importaría repetirlo, por favor?

—James —pronunció con suavidad con la sonrisa aún bailando en sus labios.

Él también sonrió y por un momento se sintió transfigurado preguntándose por primera vez si no estaría cometiendo un error.

—Bien, será mejor que nos pongamos en marcha. Hay un largo camino hasta llegar a casa —dijo carraspeando mientras le ofrecía un brazo para ayudarla a subir al carruaje antes de montar en su propio caballo.

—¿Milady?

Sarah se giró para ver a su interlocutor, uno de los aprendices de las cuadras, quien sujetaba un gran ramo de flores a varios centímetros de su cuerpo, como si temiera que se estropearan. Conmovida por el gesto, se apeó del coche para coger el ramo con delicadeza y se agachó hasta la altura del niño para besarle en la mejilla.

—Muchas gracias. Son preciosas.

El niño, con la cara roja como un tomate, salió corriendo hacia la escalinata de la entrada de la casa donde, para su inmensa sorpresa, se había

congregado todo el servicio para despedirla.

Apretando las flores contra su pecho, volvió a subirse al carruaje, donde Holly la esperaba con una gran sonrisa de felicidad.

—Todos le desean la mayor de las suertes —le aseguró.

Sarah asintió con un suspiro y se acomodó en el asiento, contenta por primera vez con aquel viaje.

Capítulo 6



Habían pasado tres días agotadores cabalgando hacia el norte, deseaba tanto llegar a casa que quizá se había extralimitado con la velocidad que había otorgado a aquel viaje, pero Sarah no se había quejado ni una sola vez, todo le parecía bien, le gustase o no; si él no le preguntaba si necesitaba detenerse para estirar las piernas, ella no decía nada; comía cuando él se lo indicaba y apenas entablaba conversación en las pocas ocasiones en las que viajó a su lado. Si no hubiera vislumbrado el fuego en su interior comenzaría a pensar que era una mujer demasiado apocada e insulsa a pesar de su belleza sobrenatural. De todas formas, estaban a punto de llegar a Meadow Manor y tal vez con un poco de cariño y tranquilidad se recuperaría de todo aquel sufrimiento que había podido ver a través de su mirada.

Sonrió expectante cuando reconoció el camino que estaban atravesando en aquel momento. Conocía aquellos senderos como la palma de su mano y sabía que tras la próxima curva se encontrarían de bruces con los frondosos bosques que bordeaban la propiedad y, tras ellos, la casa solariega de los Sutton que había visto nacer a decenas de generaciones. Espoleó a Black Sue, impaciente por ver los altos muros y los grandes ventanales de la edificación central, el enorme lago detrás del invernadero y las extensas praderas donde los potrillos daban sus primeros pasos. Respiró profundamente el limpio aroma de finales de primavera y con una carcajada galopó hasta el carruaje, ansioso por enseñarle toda aquella plenitud a Sarah.

—¡Detén el coche! —le gritó al cochero mientras saltaba ágilmente del caballo y abría con demasiado ímpetu la puerta de los pasajeros—. Ven.

Sarah obedeció agarrando la mano que James le ofrecía sin hacer preguntas, malinterpretando toda aquella excitación y nerviosismo que no

podía ocultar. Temerosa, se dejó llevar hasta el linde del camino y entonces lo vio. Con la respiración agitada, se separó de James y se llevó una mano al corazón mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos invadida por una emoción que no era capaz de entender ni explicar, simplemente sentía que llegaba a casa.

—¿Te gusta? —le preguntó James echándose a reír de nuevo, víctima de su propio nerviosismo.

Se colocó tras ella y estiró el brazo señalando cada edificio y, aunque no la tocaba, su presencia la envolvía de tal manera, que se sentía abrazada con todo su cuerpo.

—Las caballerizas se encuentran en aquella colina y creo que no es presunción si afirmo que son las mejores de Inglaterra —afirmó con orgullo—. La mansión tiene dos alas, pero solo se usa la derecha, que es donde reside la familia, hay dos salas para las visitas, dos comedores, dos salones, mi despacho y la biblioteca. Dispondrás de tu propio despacho en la primera planta, pero si quieres ubicarlo en otra zona, solo tienes que pedirlo. Mi padre solía usar el suyo en el invernadero.

—¿Invernadero?

La inquietud de Sarah por la cercanía de su prometido se evaporó en cuanto esa palabra salió de sus labios y oteó el horizonte, buscando el lugar con la mirada.

James se echó a reír y le señaló la localización de la hermosa estructura de hierro negro y cristal situada detrás de la casa. Desde donde estaban solo se podía vislumbrar la cúpula de la nave central, pero a Sarah le pareció maravilloso poder contar con un lugar así para trabajar.

Abrumada, se dejó guiar al carruaje, donde Holly ya estaba asomada a la ventana y no dejaba de exclamar y comentar todo lo que veía a su paso. Los pocos kilómetros que quedaban para llegar se le hicieron eternos e inevitablemente fue consciente por primera vez del peso que suponía convertirse en la duquesa de Rutherford, aunque fuese solo de nombre.

La casa era enorme y ella no tenía la experiencia suficiente para dirigir a todo el personal que con total seguridad haría falta para mantener el orden, tampoco sabía si celebrarían fiestas en algún momento y ella jamás había sido anfitriona de nada, tenía vagos recuerdos de su madre en Wedgwood Corner, pero que de nada le servirían. En cuanto a Arianna, ¿cómo demonios había podido pensar que podría cuidar de una niña si ni siquiera había podido cuidar de sí misma?

—No puedo hacerlo —susurró mirándose las manos fijamente. Tenía las uñas estropeadas y las palmas ásperas a causa de su trabajo.

Era una don nadie, ni siquiera era digna de ser una Wedgwood.

Sentía que le faltaba la respiración y con manos temblorosas empezó a deshacer el nudo de su sombrero mientras intentaba a la vez despojarse del ligero abrigo que llevaba puesto.

—Señora, ¿se encuentra bien? —le preguntó la criada al percatarse de los movimientos nerviosos de su señora y de la palidez que mostraba—. ¿Milady?

—No puedo... no puedo hacerlo... ¡Mírame! Solo sé trabajar la tierra, ¡no soy nada! ¡No soy nadie! No tengo derecho...

—¿No tiene derecho a ser feliz? —le espetó Holly agarrándole ambas manos y mirándola con fiereza.

—¡No! —gritó desesperada intentando desasirse.

—Milady, no conozco a nadie en la faz de la tierra que lo merezca más que usted —le dijo con ternura.

—Los sirvientes no me respetarán cuando... cuando sepan lo que soy —dijo entre lágrimas incapaz de contenerse.

—Será la duquesa de Rutherford y la respetarán porque verán que es una mujer noble y buena y terminarán amándola tanto como yo.

—¡Oh, Holly!

—Anímesese. Estamos a punto de llegar y debe mostrar su mejor sonrisa, ¿de acuerdo?

El carruaje se detuvo abruptamente sobresaltándolas a ambas. Sin perder la compostura, Holly bloqueó la puerta del carruaje y con un pañuelo limpió los restos de lágrimas del rostro de su señora, le pellizcó las mejillas y le arregló el peinado.

—¿Cuántas veces has hecho esto a lo largo de los años? —le preguntó mucho más serena.

—Yo siempre estaré con usted —le aseguró antes de abrir dejando pasar la luz al interior del coche—. Sonría.

Sarah esbozó una sonrisa educada y miró a James antes de aceptar su mano.

—¿Va todo bien? —le preguntó extrañado.

—Sí. Adelante.

Sin hacer ningún comentario más, se apeó del carruaje y miró hacia delante con la cabeza alta, fingiendo una seguridad que no tenía. El

mayordomo, el ama de llaves, los ayudantes de cámara, las doncellas e incluso el personal de cocina, todos ellos esperaban alineados frente a la gran entrada a que lord Rutherford les presentara a su prometida. Sarah no sabía en qué momento les habría avisado de su llegada, pero era obvio que los estaban esperando.

—Excelencia, es un placer tenerlo de vuelta —dijo el mayordomo haciendo una reverencia.

—Gracias, Carson. Ella es lady Sarah, la próxima duquesa de Rutherford. Espero que la traten con la misma cortesía y devoción con la que han cuidado a mi familia durante todos estos años.

—Lady Sarah, hablo en mi nombre y en el de todo el personal de servicio al darle la bienvenida a Meadow Manor.

—Gracias.

—Ella es Anna —comentó el mayordomo señalando a una de las criadas que la miraban llena de curiosidad—. Si le parece apropiado, será su doncella hasta que usted decida otra cosa.

—Gracias —repitió sintiéndose acobardada bajo la estricta mirada de Carson, quien parecía evaluarla para saber si era adecuada o no.

—¡Jamie! ¡Jamie!

James se echó a reír al escuchar los gritos y se arrodilló con los brazos extendidos para recibir el fuerte abrazo de su hermana menor. La niña apareció corriendo por un lado de la casa seguida por una acalorada institutriz que no paraba de gritarle que se detuviera y a quien Arianna no hacía el menor caso. Se lanzó a los brazos de su hermano entre risas sin importarle que los lazos que tan primorosamente llevaba en el pelo se estropearan y se torcieran.

—¡Qué bien que estés en casa! —exclamó—. ¿Es ella? ¿Es Sarah? —preguntó llena de curiosidad, soltando a su hermano para mirar de soslayo a Sarah, quien se mantenía en un discreto segundo plano.

—Sí, es ella. Esta muchacha insolente es mi hermana, Arianna —le explicó mientras se sacudía los pantalones con una enorme sonrisa en sus labios.

—Encantada de conocerte. James me ha hablado mucho de ti —comentó intentando que la sonrisa no le temblara

—¡Qué guapa eres! —exclamó Ari acercándose a ella despreocupadamente.

—Gracias —balbuceó sintiéndose abrumada.

Con una risotada, Arianna se lanzó hacia ella para abrazarla con la misma alegría con la que había recibido a su hermano segundos antes y, sorprendida, Sarah solo pudo quedarse mirando la cabeza morena apretada contra su estómago con los brazos levantados sin saber qué hacer.

Hacía años que nadie la abrazaba de esa manera y su corazón comenzó a calentarse como nunca. Bajó las manos con lentitud hasta tocar los rizos rebeldes y la abrazó a su vez sin saber qué decir.

—Vamos a ser muy amigas, ¿verdad? Jamie me ha dicho que te gustan mucho las plantas. ¿Sabes que tenemos un invernadero? ¿Quieres que te lo enseñe?

—Me encantaría —contestó sonriendo.

—Arianna, cuida tus modales. Acabamos de hacer un viaje muy largo, estoy seguro de que Sarah querrá descansar y refrescarse...

—No, está bien. Me gustaría verlo, si no tienes inconveniente —le interrumpió ella con un ligero sonrojo.

—Como prefieras, pero no podré acompañaros, necesito ponerme al día con el administrador de la finca. ¿Estaréis bien sin mí?

Arianna rio entre dientes y, agarrando la mano de Sarah, comenzó a tirar de ella en dirección al edificio acristalado situado detrás de la casa. James las observó sonriente sin preocuparse demasiado por ellas, Ari era encantadora y estaba seguro de que haría que la adaptación de Sarah fuera relajada y cómoda. Echó un último vistazo al ama de llaves, que parecía estar en su ambiente dando órdenes al cochero y a los mozos sobre lo que tenían que hacer con el equipaje y entró en la casa deseando terminar el papeleo cuanto antes.

Sarah siguió a Arianna sonriendo ante el parloteo incesante de la niña, deseosa de llegar al invernadero y descubrir sus secretos, por eso apenas prestó atención al sirviente que se quitó la gorra y le dijo buenos días al pasar junto a él. Ella le respondió con una sonrisa, pero después se detuvo en seco y soltó la mano de la niña para mirarlo mejor. Abrió los ojos como platos y dio un paso vacilante hacia él, pero sin atreverse a abrazarlo por temor a que no lo consideraran apropiado.

—Elliot... —susurró sintiendo como la garganta se le cerraba mientras se tragaba las lágrimas.

—Señora.

Elliot levantó la cabeza estrujando la gorra entre las manos. Creía que no le reconocería después de haber perdido tanto peso y de haberse dejado una

canosa y poblada barba, pero ahí estaba, mirándolo con sus enormes ojos de amatista calentándolo con su calidez y bondad.

—Me alegra ver que se encuentra bien. Ahora trabajo para lord Rutherford, soy su guardabosques —le explicó con una tímida sonrisa—. Mis más sinceras felicitaciones por sus esponsales, lord Rutherford es un hombre extraordinario. Estoy seguro de que aquí podrá encontrar la felicidad que se merece, milady.

—Elliot... Gracias.

Él hizo una leve reverencia para despedirse y siguió su camino sintiendo la mirada fija de ella en su nuca. Ojalá hubiera sido mejor hombre y haberle ahorrado tanto sufrimiento, solo esperaba que el duque cumpliera su promesa y la hiciera feliz.

—¿Le conoces? —preguntó Arianna llena de curiosidad.

—Es un buen amigo —contestó con un leve suspiro, decepcionada por no haberle dicho todo lo que deseaba, por no haberle agradecido su sacrificio de manera adecuada.

—¡Vamos! Ya queda muy poco, el invernadero está ahí mismo —exclamó Arianna retomando su objetivo inicial.

Sarah se quedó sin habla cuando se encontró de repente con el hermoso invernadero que se levantaba frente a ella elegante y majestuoso. La nave central con la cúpula abovedada y dos pequeños salientes redondos en los laterales era, por sí sola, impresionante. La entrada era una habitación mucho más pequeña, llena de cubos, rastrillos y demás utensilios, aunque la luz del sol que entraba a raudales por los vidrios del techo lo llenaba todo de colores. La estructura continuaba por un largo y ancho pasillo lleno de maceteros longitudinales llenos de hierbajos y plantas secas y este se abría al último espacio, donde se situaba el despacho, el laboratorio y un pequeño archivo lleno de diarios de piel.

—A papá le encantaba estar aquí, aunque desde que murió está un poco abandonado. Jamie no me deja venir aquí sola, pero ahora que has venido todo será diferente —exclamó dando vueltas sobre sí misma, los ojos cerrados y la cara levantada hacia el sol.

Sarah sonrió sin poder evitarlo. Había mucho trabajo que hacer para adecentar aquel lugar, pero no le importaba. Estaba deseando empezar.

Elliot observaba a Holly desde la distancia, con el hombro apoyado en el muro y riendo para sí al ver que seguía siendo la misma. En ese instante

discutía acaloradamente con Carson sobre la ineptitud de los mozos que habían subido los baúles de milady y los habían abollado por el camino. El mayordomo la miraba impasible, dejándola despotricar a su gusto, lo que provocaba que Holly se encendiera un poco más; tendría que advertirla de que Carson era un buen hombre, quizá formal y protocolario en exceso, pero fiel y servidor. Dejó su posición junto a la casa y avanzó unos metros hasta situarse tras ella.

—Señor Carson —saludó con un cabeceo.

—Señor Elliot.

—Si me permite, yo me ocuparé de la señora Gallagher.

—Por supuesto, si me disculpan.

En cuanto el mayordomo les dio la espalda Holly se echó a sus brazos entre sollozos mientras Elliot la apretaba contra él deseando llorar con ella.

—Holly, cástate conmigo —le pidió separándola unos centímetros de él para mirarla a los ojos.

—¿Qué dices? ¿Has perdido un tornillo? —exclamó ella sin salir de su asombro.

—Tal vez —contestó sonriente—. Solo sé que la vida me ha dado una segunda oportunidad y que no pienso desaprovecharla. El duque me ha cedido la cabaña del guardabosques, está a menos de media milla de aquí, te encantará, es de piedra y madera, situada en los lindes del bosque y además hay un pequeño arroyo. Holly, es el paraíso que tanto habíamos soñado para nuestro retiro; así que dime, ¿te casarías con este viejo guardabosques?

—¡Oh, Elliot! ¡Sí! Me casaré contigo —aceptó entre lágrimas y risas.

Él suspiró aliviado y sonrió antes de poner sus labios sobre los de ella por primera vez en quince años.



James no dejó de observarla durante toda la cena. Por la expresión de su cara sabía que había disfrutado de la succulenta cena que esa noche había preparado la cocinera con más sofisticación que de costumbre. Supuso que aquel esfuerzo se debía a sus ganas de impresionar a su nueva señora y no podía sino admitir que había hecho un trabajo excelente. Ella apenas le había

mirado un par de veces y solo había intervenido en la conversación cuando le había preguntado directamente, lo que le hacía sentirse un poco frustrado. Al menos, Arianna había amenizado la cena con su parloteo inacabable que le había arrancado más de una de esas maravillosas sonrisas que tan escasamente mostraba.

Terminó de comerse el pudín de chocolate y frutas confitadas y miró con envidia a su hermana, quien rebañaba el plato sin ningún pudor, deseando imitarla.

Sorprendido, vio que Sarah llamaba por su nombre al criado que esperaba con paciencia junto a la puerta que terminasen de comer para empezar a retirar la vajilla sucia.

—Por favor, dígame a la señora Richardson que todo estaba exquisito — le dijo con una sonrisa amable provocando que el hombre enrojeciera.

—Gracias, milady, le alegrará saberlo.

—Si has terminado, tal vez te gustaría acompañarme a la biblioteca — le dijo James con las cejas enarcadas.

—¿Yo también puedo ir? —preguntó la niña levantándose de golpe con una enorme sonrisa entusiasta.

—Por supuesto que no, te vas a la cama.

—Pero Jamie...

—Debo hablar con Sarah a solas y ya es muy tarde. Que descanses. — James se levantó de la silla dando por terminada la discusión y se acercó a su prometida ofreciéndole una mano para ayudarla—. ¿Me acompañas?

—Claro —susurró agarrando su mano para ponerse en pie.

Había visto la biblioteca y algunas estancias de la enorme mansión esa misma tarde pero apenas había tenido tiempo de recrearse en cada salón como le habría gustado. Lo poco que había visto le había parecido maravilloso y no había podido evitar sentirse abrumada ante la responsabilidad que supondría manejar toda aquella amplitud.

Para llegar a la biblioteca debían atravesar una enorme salita que comunicaba con el comedor llena de tapices y delicados sillones revestidos con brocados. Él sostuvo la puerta para que entrara primero y sonrió al notar como ella contenía la respiración por segunda vez ese día. Aquella habitación no era la típica biblioteca donde los libros eran meros objetos decorativos y su uso solo era para recibir visitas o hablar de negocios, tal y como ocurría en la casa de lord Seinfeld; en aquel lugar todas las paredes estaban cubiertas por estanterías que alcanzaban el techo, repletas de volúmenes. Había una

enorme mesa rectangular de caoba frente a un ventanal cubierto por pesados cortinajes y junto a este un espacio con dos sillones de aspecto cómodo y un sofá, varias alfombras cubrían el suelo alejando el frío. El crepitar del fuego en la preciosa chimenea de piedra blanca invitaba a sentarse y eso fue lo que Sarah hizo. Era un espacio para disfrutar, trabajar o simplemente perderse entre las millones de páginas que allí habitaban.

James se acercó a una mesita y sirvió una copa de brandy para él y una de vino para ella antes de sentarse en uno de los sillones y estirar las piernas.

—¿Te gusta todo esto?

—Sería imposible que no fuera así. La casa es impresionante, esta tarde no pude encontrar mi dormitorio sola —comentó con una tímida sonrisa.

—Te acostumbrarás —le aseguró James riendo entre dientes.

—Me he sentido muy bien acogida por todo el mundo, sobre todo por Arianna, es una chiquilla encantadora y maravillosa.

—Es un pequeño demonio. Ha tenido cuatro institutrices en un año, es indisciplinada y rebelde. Mi tía no deja de advertirme que si no corrijo sus defectos será demasiado tarde y no encontraré a nadie con quien casarla, así que pretende que la envíe a Londres con ella —explicó poniendo los ojos en blanco.

—Sé que no me incumben las decisiones que tomes con respecto a Ari, pero espero que no la envíes lejos. Su compañía es estimulante y yo... — Sarah se interrumpió sin saber cómo explicarle que necesitaba a esa niña cerca de ella, que su presencia la tranquilizaba.

—No pienso hacerlo, por supuesto. Mi único deseo es que sea feliz y sé que viviendo con tía Violet sería muy desgraciada.

—Estuvo enseñándome las instalaciones del invernadero. Quisiera trabajar en él si te parece apropiado, aunque necesita orden y limpieza.

—No tienes que pedirme permiso, Sarah. Todo lo que tengo es tuyo. Quiero que estés cómoda aquí, que puedas hacer de Meadow Manor tu hogar. Puedes cambiar lo que quieras, hacer lo que quieras, no tienes que conformarte ni tener miedo de decir lo que piensas, por favor. Quisiera... me gustaría que confiaras en mí.

Ella bajó la cabeza y bebió un sorbo del líquido rojo oscuro antes de fijar la mirada en las llamas, sobrecogida por sus palabras.

—Mañana vendrá el párroco del pueblo para casarnos —anunció mirándola atentamente esperando algún gesto de repulsa ante la idea, pero ella solo se limitó a parpadear un par de veces.

—Pensé que tendría algo más de tiempo para adaptarme...

—No creo que sea necesario. Vivimos bajo el mismo techo y prolongar la fecha de la boda solo avivaría chismes y habladurías. Cuanto antes formalicemos nuestra situación, mejor. Mañana te presentaré al capataz y te enseñaré las tierras y a los arrendatarios. Ahora, si me disculpas, tengo que revisar los números, pero no tienes que marcharte. Si no estás demasiado cansada, en aquella sección creo que encontrarás algunos tratados sobre botánica que tal vez te interesen —dijo mientras se levantaba y se dirigía hacia la robusta mesa de madera.

Ella dirigió la mirada hacia el lugar que él le había indicado y fue hacia allí casi hipnotizada. Acarició el lomo de los libros con devoción y cogió uno al azar con los ojos brillantes, se sentó sobre la mullida alfombra y, durante horas, ninguno dijo nada más.

Capítulo 7



No podía apartar la mirada del maravilloso vestido extendido sobre la cama que James le había regalado para la ocasión. Era de muselina y gasa de tonos beige lleno de pedrería y encaje hecho a mano, digno de una princesa. Tocó con sutileza el delicioso fruncido de las mangas y suspiró.

—¿Le gusta, milady? —le preguntó la doncella con unas leves arrugas de preocupación en la frente.

Su señora no parecía una novia feliz a punto de casarse, más bien todo lo contrario, estaba triste y alicaída, y atribuyó su infelicidad a que no le gustaba el traje de su boda.

—La señora Peterson es una buena costurera, pero no está acostumbrada a tejer vestidos como este. Si no le gusta, tal vez podamos...

—Es precioso —la interrumpió Sarah con una sonrisa—. Es solo que... nunca me había puesto algo así. ¡Es tan bonito! ¿Me ayudarías a ponérmelo? No quisiera que tu peinado se estropeará.

Anna sonrió y la ayudó a vestirse y a enfundarse los zapatos. Revisó que del intrincado moño adornado con diminutos jazmines no se hubiera soltado ningún mechón, y acercó el espejo de pie para que su señora pudiera verse.

—Si me permite decirlo, señora, parece un hada. Está preciosa, su excelencia quedará muy complacido.

Sarah no podía creer que la imagen que le devolvía el espejo fuera la suya propia. Alisó una imaginaria arruga de la falda, acariciando la tela con devoción y después se llevó una mano al pelo para recolocar una florecilla.

—Has hecho un trabajo increíble. Gracias por ayudarme —le dijo a la muchacha mirándola a través del espejo, provocando que la sirvienta sonriera avergonzada.

—Es un placer poder atenderla, milady —respondió haciendo una reverencia.

Unos golpes en la puerta les anunció que ya era la hora y conteniendo la respiración, fue a abrir encontrándose con Arianna; iba ataviada con un vestido de tonos rosados y un Spencer de seda en color marfil con cuello alto y mangas hasta las muñecas, y la miraba con su sempiterna sonrisa llena de felicidad.

—¡Oh, Sarah! ¡Qué bella estás! Estoy deseando que Jamie te vea.

Comenzó a tirar de ella escaleras abajo y se dejó arrastrar sintiendo un plomo en su estómago. Apretó la mano de la niña y salió al jardín por la parte de atrás en dirección a la pequeña capilla que la propia Arianna le había mostrado esa misma mañana. El lugar donde se habían celebrado todos los acontecimientos importantes de los Sutton, incluido el casamiento de sus padres.

Sarah se soltó de ella en cuanto vislumbró a Holly esperándola en la puerta del cuidado recinto sosteniendo un gran ramo de lirios blancos atados con un lazo y quien, en cuanto la vio, se llevó una mano al pecho y los ojos se le humedecieron antes de acercarse a ella con paso vacilante.

—Señora... está preciosa... Espero que no le importe, me he tomado la libertad de hacerle un ramo de novia. Sé que no tengo su gusto ni su delicadeza a la hora de tratar con las flores, pero espero que sea de su agrado.

—Gracias, Holly, son muy bonitas —comentó mirando las flores casi sin pestañear.

No sabía si la vieja criada había sido consciente de lo que significaban mientras elaboraba el ramo: los lirios eran un símbolo de amor, algo que jamás había conocido y que nunca sentiría. Levantó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de James, que la esperaba de pie junto al clérigo que iba a officiar la ceremonia.

Observó que la capilla estaba vacía, a excepción de Arianna, que ya había entrado y también esperaba sonriente junto a Carson y Elliot, mientras la criada le acomodaba la pequeña cola del vestido. Intentó cerrar los ojos, pero James le sostenía la mirada sin sonreír, como esperando a que ella diera media vuelta y se marchara. Por un momento, vio a otro hombre que la arrastraba a la fuerza hacia el interior de otro edificio y palideció al sentir de nuevo ese regusto amargo del miedo. Intentó controlarse, en esa ocasión sería diferente, ella iba voluntariamente a ese matrimonio y él le había dado su palabra. James era un hombre de honor, tenía que convencerse a sí misma

para dar un paso y otro, hacia su futuro.

Una hora después, estaba sentada en su nueva habitación, mirando por la doble cristalera que en ese instante estaba abierta de par en par sin creer todavía que ya fuese la nueva duquesa de Rutherford. La ceremonia había sido corta y sencilla con la sola presencia de Arianna, los Elliot y Carson. Apenas había tenido 48 horas para adaptarse a su nuevo hogar y ahora tenía que hacerse a la idea de que ya era lady Sarah, duquesa de Rutherford. Miró con aprensión a su alrededor la nueva estancia que le habían asignado: las habitaciones de la duquesa estaban comunicadas con las del duque a través de una puerta de madera tallada que James le había asegurado que estaba cerrada, las increíbles telas adamascadas que cubrían las paredes, la fina porcelana de sus utensilios de aseo y el enorme vestidor que permanecía vacío de momento a la espera de que la modista confeccionase todo un nuevo guardarropa.

Comenzó a desvestirse con lentitud, triste por tener que desprenderse del vestido, ya que en su vida había tenido algo tan bonito, y se preparó para volver al trabajo en el invernadero. James había seguido con su rutina alegando que por la tarde le enseñaría el resto de la propiedad y no había motivo para que ella no hiciera lo mismo. Se puso su viejo vestido marrón con forma de chaleco en la parte superior y la desgastada camisa rozada en los codos y el cuello, y salió al encuentro de Arianna, cuyo interés por la botánica le había sorprendido. Tener a alguien con quien compartir su afición predilecta le había entusiasmado y esperaba que pudiera pasar un rato cada día con ella tras terminar sus obligaciones con la institutriz y que se reunieran en aquel lugar mágico lleno de extravagantes especímenes y cuyo estudio estaba deseando comenzar.

James dejó la pluma sobre la mesa y observó a Holly con curiosidad. Llevaba de pie frente a su escritorio más de cinco minutos retorciéndose las manos y balbuceando sin decidirse a contarle el motivo de su interrupción. Ella y Elliot se habían casado el mismo día de su llegada después de pedirle su conformidad y ambos se habían trasladado a la vieja cabaña del bosque sin dilación. Desde entonces apenas había aparecido por la casa grande, suponía que debido a sus nuevos quehaceres como esposa, por eso le sorprendía esa visita inesperada.

—¿Tienen algún problema en la nueva casa, señora Elliot? —le

preguntó impaciente por volver a su trabajo.

—¿Qué? ¡Oh, no, milord! Es maravillosa, Elliot y yo se lo agradecemos mucho. Yo... no quería hablarle de mí, es por lady Sarah, ¿sabe?

Esa afirmación espoleó de nuevo la curiosidad de James, que volvió a prestarle toda su atención.

—Sé que no es asunto mío y Elliot dice que es usted un buen hombre, algo que he podido comprobar yo misma, sin embargo... excelencia, ¿puedo hablarle con franqueza?

—Por supuesto. El bienestar de lady Sarah es mi única prioridad.

Holly suspiró y lo miró con inseguridad, no sabía si lo que estaba a punto de hacer le molestaría a su señora, pero creía que era importante que lord Rutherford conociera algunos aspectos de su matrimonio con el conde Seindfield.

—¿Sabía que milady solo tenía dieciséis años cuando la entregaron al conde? —comenzó—. Apenas era una niña y no sabía nada de los hombres ni de lo que significaba el matrimonio. Sé que no está bien hablar mal de los muertos, pero el conde era un ser abominable, egoísta y cruel. La noche que la dejaron en la mansión, él... la violó... allí mismo, en el vestíbulo, sin que le importara que sus gritos de terror se escucharan en toda la casa... —se interrumpió cerrando los ojos con fuerza—. Yo la encontré... desgarrada en el suelo, con la ropa hecha jirones y ensangrentada... Milord, la expresión de sus ojos... Jamás podré olvidar la expresión de su cara.

Holly se tapó la cara con ambas manos y se echó a llorar sin poder evitarlo al recordar aquella horrible noche. La había visto en el gran hall de pie junto a un hombre con capa, con el pelo negro como la noche y casi tan alto como el conde, entonces solo era una chiquilla, delgada, con mejillas sonrojadas y unos enormes ojos violeta que lo miraban todo con verdadero pavor, ni siquiera estaba desarrollada como mujer con su pequeño busto que subía y bajaba al ritmo de su acelerado corazón. Holly se había resguardado en el rellano del segundo piso para escuchar a escondidas, intrigada por la presencia de esa pareja a esas horas de la noche. No era la primera vez que el conde recibía visitas a horas intempestivas, sobre todo de personajes sin escrúpulos que no dudaban en entregarle a las jovencitas que lord Seindfield quería para satisfacer sus gustos excéntricos. Sin embargo, en esta ocasión era obvio por su porte y vestimentas que eran de la nobleza, y eso avivó la curiosidad de la sirvienta. Solo cuando vio la expresión atormentada de Elliot al pasar junto a ella para subir hasta el piso de la servidumbre, supo que el

destino de esa muchacha sería horrible.

Y no se equivocó.

El conde tomó su virginidad en aquel suelo frío sin ninguna compasión o gentileza mientras sus asquerosos jadeos se mezclaban con los terroríficos gritos que le rompían el alma. La dejó abandonada a los pies de la escalera como si fuera un perro apaleado indigno de misericordia. No dijo ni una palabra mientras Holly la ayudaba a incorporarse y a caminar; la aseó, la vistió y le dio láudano con coñac para hacer que durmiera y durante todo ese proceso ella miraba al horizonte, con los ojos rojos y secos, espantados. Lamentablemente, había vuelto a ver esa mirada muchas veces más en los siguientes años.

James se levantó y se acercó a ella para hacer que se sentara mientras le ponía una copa de vino en la mano. Se sentó frente a ella sobre la superficie del escritorio y esperó a que continuara sintiendo como todo ese dolor le alcanzaba.

—Esa solo fue la primera vez, día tras día, paliza tras paliza, al final consiguió quebrar su voluntad. Milord, la vida de lady Sarah en esa casa no ha sido fácil, pero ha conseguido sobrevivir y yo... solo puedo admirarla por ello. Cualquier otra mujer sin su valentía y fortaleza habría tomado otra determinación de estar en su lugar. Por eso yo... Esta noche es su noche de bodas y jamás me atrevería a ofenderle diciéndole cómo debe actuar, yo solo quisiera rogarle que tenga paciencia con ella, milord. Mi señora jamás ha conocido la gentileza por parte de un hombre.

—No me ofende, señora Elliot. Le agradezco que me lo haya contado. Si me disculpa, tengo que volver al trabajo.

—Por supuesto, excelencia.

Se levantó rápidamente, sorprendida por la brusquedad con la que la había despedido. Solo esperaba que su confesión no perjudicara a lady Sarah.

James esperó a que Holly cerrara la puerta al salir y se dejó caer pesadamente contra su silla llevándose una mano a los ojos.

—Santo Dios...

Había sospechado que el maltrato del que había sido testigo no había ocurrido una sola vez, sospechas que habían sido confirmadas por ella misma, pero jamás habría imaginado nada parecido. Empezaba a creer que la mirada inocente y asustadiza de Sarah no era fingida y él la estaba utilizando.

Por primera vez en años tuvo remordimientos.



Escuchó las risas mucho antes de llegar a la puerta de hierro y cristal del edificio con techos abovedados y no pudo evitar esbozar una sonrisa. El calor y la humedad le golpearon al entrar en el viejo recinto y se quitó la chaqueta, mirando a su alrededor sorprendido por el orden que reinaba en la estancia. Sarah había trabajado muy arduamente para recomponer aquel lugar, las plantas estaban podadas y las viejas cañerías que su padre había ordenado instalar a lo largo de las esquinas del techo estaban a pleno rendimiento imitando una fina lluvia que las plantas parecían agradecer. Su padre había sido muy desorganizado aunque siempre parecía saber dónde estaba cada cosa que necesitaba; ahora todo estaba limpio y las hojas secas amontonadas en un rincón esperando a ser llevadas a los campos.

Siguió avanzando por el amplio corredor hasta llegar a la habitación principal que hacía las veces de laboratorio y despacho. No recordaba las veces que había visto a su padre enfrascado en la lectura o en el cultivo de alguna nueva especie sentado en aquellas sillas raídas que jamás había querido arreglar. Ahora, las dos cabezas de Sarah y Arianna, una rubia y la otra morena, estaban muy juntas mirando con atención alguna especie de insecto que había hecho su capullo en la rama solitaria de un pequeño rosal. Sarah hizo un comentario y Ari volvió a reír haciendo que la expresión relajada de James se tensara. Arianna había aceptado a Sarah en su vida de una forma espontánea y familiar que le enorgullecía pero que le hacía replantearse toda su estrategia.

Su intención había sido pedir la anulación del matrimonio después de averiguar todo lo que ella sabía de la Hermandad, pero no había analizado con suficiente profundidad los tiernos sentimientos que su hermana pequeña pudiera sentir por la que consideraba su nueva hermana. Por nada del mundo quería herir a Ari, y por otro lado estaba el hecho de que cada vez que averiguaba algo nuevo de Sarah, esta se le metía un poco más bajo la piel.

Empezó a mascullar reproches contra sí mismo en voz baja, pensando en cómo demonios iba a salir de semejante embrollo sin perjudicar a nadie.

—¡Jamie, mira! —exclamó Arianna tirando de su brazo para hacer que

se acercara—. Sarah dice que probablemente saldrá una mariposa.

James asintió distraído, ya que no podía apartar la mirada de su esposa. Ella se había enderezado de inmediato y se había apresurado a sacudirse la falda y a arreglarse la gruesa trenza que recogía su pelo bajo la nuca antes de mirarlo y emocionarlo con su sonrisa.

—Buenas tardes, milord.

—Milady —contestó con una media sonrisa—. Siento interrumpiros, pero la señorita Dewitt está buscándote para tomar el té, Arianna.

—Noooooo —empezó a quejarse haciendo mohines.

Su hermano se limitó a mirarla con severidad y, agachando la cabeza, hizo una reverencia y salió del invernadero arrastrando los pies.

—Es encantadora —comentó Sarah sin dejar de observarla.

—Parece que habéis congeniado muy bien. Te lo agradezco.

—No tienes que hacerlo. Entiendo muy bien su soledad, yo también perdí a mis padres siendo muy joven.

Ese comentario instigó la curiosidad de James, puesto que era la primera vez que ella decía algo referente a su pasado.

—¿Me acompañas a dar un paseo? —le preguntó señalando la salida con el brazo.

Ella asintió y le siguió no sin antes cerrar el circuito de agua que había estado en funcionamiento gran parte del día.

—Lord Rutherford era brillante. El señor Miller me ha dicho que este ingenio mecánico lo inventó él para hacer llegar el agua a las plantas —comentó sin ocultar la admiración en su voz—. Estoy deseando comenzar a estudiar sus informes.

—Has hecho un gran trabajo ahí dentro, la última vez que lo vi estaba lleno de rastrojos y telarañas.

—El señor Miller me ha ayudado mucho —dijo refiriéndose al jefe de jardineros y sonrojándose levemente al escuchar sus elogios.

—Mi padre era un gran hombre, pero a veces estaba más concentrado en su trabajo que en Arianna. Lamentablemente, en aquella época yo pasaba grandes temporadas con el ejército y no pude ayudar demasiado.

—Estoy segura de que eres un gran hermano para Arianna. Me ha contado que dejaste la carrera militar para ocuparte de ella. Muy pocos habrían hecho un sacrificio semejante para criar a una mujer.

James enarcó las cejas al detectar cierto rencor en su tono y se preguntó si no hablaría desde su propia experiencia, decidiendo indagar un poco

más ahora que parecía tan relajada.

—Nunca lo he considerado un sacrificio, más bien me sirvió de excusa para volver a casa.

—La falsa modestia no parece ser uno de tus defectos, James —le recriminó Sarah mirándolo de soslayo haciendo que él se echara reír.

—Estoy seguro de que cualquier hermano habría hecho lo mismo en mi lugar.

Sarah desvió la mirada para que él no pudiera ver el dolor que aún hoy le provocaba la traición de Warren reflejado en sus ojos y se abrazó a sí misma sintiendo un ligero escalofrío.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con preocupación.

—Yo me crié en un lugar muy parecido a este —dijo después de un momento con mirada ausente, observándolo todo a lo largo de la colina—. Vivíamos al lado del mar, recuerdo que los días de tormenta podía escuchar el sonido de las olas rompiendo en las rocas de los acantilados y yo me moría de miedo porque creía que venían a por mí. Mi padre solía reírse de mí, a él le encantaba navegar, y una tarde intentó convencerme para que fuera con él y mi madre a dar un paseo en barca y así demostrarme lo equivocada que estaba. Ojalá hubiera ido con ellos —susurró.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber James preguntándole con suavidad.

Sarah lo miró con los ojos llenos de tristeza antes de contestar.

—Tardaron demasiado en volver y les alcanzó una tormenta. Su barco se perdió en el mar y jamás los encontraron.

—Lo siento, Sarah.

Ella sonrió ligeramente cabeceando para restarle importancia al suceso.

—Al igual que tus padres, fue hace mucho tiempo.

—¿Qué fue de ti entonces? ¿Tenías familiares? —le preguntó esperando a que ella dijera un nombre.

—Tenía un hermano, para el que yo solo era una moneda de cambio —dijo dejando patente en cada palabra la rabia que sentía—. Si me disculpas, se ha hecho tarde y tengo que asearme para la cena.

—Espera un segundo —le pidió reteniéndola por el brazo provocando que ella se quedara completamente inmóvil bajo su contacto.

Tragándose una maldición, la soltó; por un momento había olvidado que ella odiaba que la tocasen.

—No puedes dejarme así. ¿Qué quieres decir con que solo eras una moneda de cambio? —insistió temiendo perder la oportunidad de saber algo

más.

Ella le miró a los ojos con fiereza antes de esconder su ira tras una aparente serenidad.

—Warren me vendió al conde Seindfield, así fue como me convertí en su esposa.



Llevaba un rato paseándose por delante de la puerta de la habitación de Sarah sin decidirse a llamar, ya que no quería que ella malinterpretara su visita como una intención de consumir su noche de bodas. Ella se había marchado de las colinas después de afirmar que su hermano la había vendido a Seindfield y durante la cena había estado ausente, sumida en sus propios pensamientos y apenas había participado en la conversación. Por una parte James lamentaba haber provocado que recuerdos dolorosos volvieran a su memoria, pero el tiempo se le agotaba y aunque durante su conversación había averiguado cosas interesantes seguía sin saber quién demonios era ella.

Decidido, tocó con firmeza a la puerta y esperó. Ella no tardó en abrir y asomar la cabeza sujetando una vela para alumbrarse; se había deshecho el recogido y ahora la trenza le caía solitaria a un lado del cuello hasta la cintura y llevaba puesto un fino camisón con encajes en los puños y el cuello que no debería ser favorecedor pero que a James le pareció irresistible. Saber que estaba preparándose para irse a la cama provocó en él una oleada de deseo que a duras penas pudo controlar y carraspeó con fuerza completamente arrepentido de haberla molestado.

—¿Ocurre algo? ¿Está Arianna bien? —preguntó Sarah con preocupación.

—Sí, siento molestarte tan tarde, yo... solo quería disculparme por haberte incomodado esta tarde y darte esto como regalo de bodas —le dijo entregándole un pequeño paquete envuelto con un lazo.

Ella lo miró extrañada tomando el paquete que le ofrecía sin saber qué decir.

—Son los diarios personales de mi padre, tienen un gran valor sentimental, pensé que tal vez te gustaría leerlos.

—James, no puedo aceptarlos —dijo conmovida.

—Por favor, estoy seguro de que a él le habría gustado que alguien con la misma pasión por su trabajo los tuviera.

—Gracias —contestó Sarah apretando los diarios contra su pecho y mirándolo con una expresión que no supo definir.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Rogarle que le dejara entrar? James volvió a carraspear e hizo una leve inclinación.

—Buenas noches, milady.

Ella cerró la puerta y echó de nuevo el pestillo apoyándose contra la madera aún temblando. Por un momento había creído que él pretendía convertir su matrimonio en algo muy real, pero enseguida se tranquilizó. El duque le había dado su palabra y si de algo estaban orgullosos los criados de Meadow Manor era del honor de su señor. Observó el paquete primorosamente envuelto y con una sonrisa corrió hacia la cama deseando empezar a leerlos.

Capítulo 8



El carruaje, tirado de tres pares de caballos negros, se paró en seco en medio del patio central. Los cuatro lacayos ataviados con llamativas libreas granate y oro se apresuraron a bajar del pescante para ayudar a su señora a descender del vehículo sin demora. La anciana tía abuela Sutton no era alguien a quien quisieran ofender con sus descuidos, todos sabían lo que quería y pobre de aquel que no cumpliera con sus exigencias. Violet arrugó la nariz en un mohín de disgusto que dejaba bien claro lo poco que le apetecía haber dejado Londres para afrontar el tremendo desaguisado que había formado su sobrino con ese estúpido casamiento. Avanzó con paso firme hacia la entrada y ni se dignó a mirar a Carson antes de entregarle su sombrero y guantes.

—Señora Sutton, que inmenso placer...

—Déjate de patrañas, ¿dónde está el descarado de mi sobrino? Quiero verlo de inmediato —exigió mientras miraba a su alrededor y se tapaba la nariz con un pañuelo al ver los enormes jarrones llenos de flores que llenaban la entrada con su color y fragancia—. Deshazte inmediatamente de todas esas ridículas flores, ¿acaso quieres que me muera de un ataque de asma?

—Pero, señora, la duquesa...

—¿La duquesa? ¡JA! No lo seguiré siendo por mucho más tiempo — exclamó con satisfacción.

Con un gesto de la cabeza, Carson ordenó que quitaran los jarrones guardándose para sí mismo lo que opinaba. Seguramente, el duque se pondría furioso cuando supiera las razones de la visita de su tía, pero, conociéndolo como lo hacía desde que llevaba pantalones cortos, estaba convencido de que nada ni nadie le haría cambiar de opinión en cuanto a su matrimonio con lady

Sarah.

Ni la señora Baker ni él habían entendido los motivos de aquel matrimonio imprevisto y fugaz. Habían circulado todo tipo de rumores desde que el duque les anunciara las buenas nuevas y les ordenara prepararlo todo para las nupcias y para la llegada de la nueva señora. Un embarazo inoportuno había sido la razón más aceptada entre el personal de la casa, pero Anna les había asegurado que su señora no estaba encinta, dando lugar a nuevas elucubraciones. El grado de aceptación con el que cada uno de los miembros del servicio había acogido a la duquesa era muy dispar, la gran mayoría la había considerado apocada y sin carácter, y muchos dudaban de que se hiciera respetar. Sin embargo, lady Sarah había demostrado en aquellas semanas que tenía un gran corazón y una dulzura sin parangón. Llamaba a cada sirviente por su nombre y se interesaba genuinamente por ellos, visitaba cada mañana a la cocinera para alabar su buen hacer del día anterior y se dejaba guiar por la señora Baker para aprender todo lo referente al manejo de una mansión de aquellas características.

A Carson no le cabía duda de que la duquesa era más que querida y respetada en aquella casa y que, al igual que ellos, había conquistado el corazón de lord James sin ningún esfuerzo.

Las risas de Arianna y Sarah que en ese momento entraban por la puerta principal le sacó de sus cavilaciones y, con una leve arruga en el entrecejo se preparó para la que se avecinaba. Cuando vio la expresión de Violet Sutton al ver a su sobrina ataviada con aquellas ropas de trabajo, decidió que lo más apropiado sería avisar al duque y enseguida envió un mensaje a las caballerizas reclamando su presencia en la casa principal.

—¡Arianna! No puedo creer que tu hermano permita que vayas vestida de esa manera —la criticó con dureza sin ni siquiera saludarla previamente.

A pesar del rapapolvo, Arianna no se amedrentó. Se recogió la falda e hizo una elegante reverencia esbozando su mejor sonrisa.

—Tía Violet, que alegría verla de nuevo.

La anciana chasqueó la lengua y la recorrió de nuevo con la mirada, dejando patente su desaprobación.

—Las damas siempre han de estar aseadas y presentables. Ve a lavarte ahora mismo para tomar el té —le ordenó sin más volviéndose hacia Sarah—. Su trabajo con Arianna es lamentable. Esa chiquilla necesita disciplina y mano firme. Hablaré inmediatamente con mi sobrino para que la despida cuanto antes y, por supuesto, absténgase de pedir una carta de

recomendación. Carson, que alguien me traiga un refresco a la salita azul — dijo zanjando la conversación y dándole la espalda a ambos para entrar en dicha habitación.

Sarah la observó sin salir de su asombro, con la espalda tensa como un arco. Esa vieja arpía había dado por sentado que era la niñera de Arianna sin molestarse en preguntar primero y la había despachado como si nada. Dio un paso hacia delante con los puños contraídos a ambos lados del cuerpo y carraspeó para llamar la atención de Violet, pero esta no se giró, sino que siguió caminando.

—Señora Sutton, discúlpeme —la llamó alzando ligeramente la voz.

Ella la miró por encima del hombro con las cejas enarcadas, sorprendida por su audacia.

—Creo que he sido bastante clara, joven.

—Sin duda. Sin embargo, creo que ha habido un malentendido, no soy una empleada en esta casa. Soy Sarah, duquesa de Rutherford.

Los ojos de Violet se abrieron como platos sin dar crédito a lo que estaba escuchando, su rostro se desencajó de la impresión y se persignó varias veces sin dejar de mirarla.

—¡Válgame Dios!

—Comprendo su confusión, vengo del invernadero y no esperábamos su visita —siguió diciendo con una sonrisa conciliadora, disculpándose por su aspecto.

—¡Jamás, ni en mis más remotas pesadillas, habría imaginado que el irreflexivo de mi sobrino contraería matrimonio con alguien tan inapropiado! —exclamó con desprecio—. Son obvios los motivos por los que James te escogió; sin duda alguna eres de una belleza singular, pero claramente eres una ignorante en cuanto a lo que se espera de una duquesa, más aún de la duquesa de Rutherford. Pareces una campesina, ¡por el amor de Dios! James necesita una heredera de buena cuna, alguien de sangre noble que dé continuidad a su linaje no alguien como tú, que solo conseguirá contaminar la estirpe de los Rutherford.

—¡Tía! —bramó James desde la entrada, con el rostro lleno de rabia y arrancándose los guantes de montar de un tirón.

—James, tienes que acabar con este ridículo matrimonio antes de que sea demasiado tarde. Los rumores que circulan por Londres son vergonzosos. Deberías leer algunas de las publicaciones que se han escrito sobre ti y tu esposa. Tenemos que remediar esto antes de que te conviertas en el

hazmerreír de todo Londres —dijo con terquedad.

—No pienso remediar nada —contestó con los dientes apretados, intentando controlarse para no faltarle el respeto a su tía, mientras miraba de reojo a Sarah, que parecía una estatua de sal.

—¡Siempre has sido tan testarudo como tu padre! Es tu obligación como último descendiente de los Rutherford procurarte una esposa al nivel de tu apellido. Piensa en Arianna al menos; sabes perfectamente lo que la nobleza pensará de tu esposa —dijo con sarcasmo—. ¡Estás comprometiendo su futuro por culpa de un capricho!

Sarah los escuchaba a medias, aún conmocionada por el ataque gratuito de esa mujer. Esos últimos días en Meadow Manor habían sido como un revulsivo, creía de verdad que podría llegar a ser feliz allí y había llegado a convencerse de que merecía esa felicidad.

Que esa horrible anciana dijera que el futuro de Arianna estaba comprometido por su culpa fue la gota que colmó el vaso y en ese mismo instante decidió que nunca más dejaría que nadie volviera a humillarla, no permitiría que nadie le arrebatara de nuevo su orgullo y honor.

—¡Ya basta! —gritó con los ojos relampagueantes sobresaltando a ambos, que dejaron de discutir de inmediato y la miraron sorprendidos, recordando que ella seguía allí—. ¿Cómo se atreve a presentarse aquí sin ser invitada y acusarme de comprometer el futuro de Ari? Mi sangre es tan noble como la suya, si no más. Los varones de la familia de mi padre han sido consejeros de la corona desde hace siglos, la casa de mis antepasados es equiparable a Meadow Manor y no permitiré que siga mancillando el nombre de mis padres en mi presencia. ¡Soy la hija de los marqueses de Wedgwood! Y ahora dígame, señora Sutton, ¿le parece que mi linaje es lo suficientemente apropiado? —le espetó con furia, dejando escapar años de represión en cada una de sus palabras—. Puede aceptarme y disfrutar de nuestra hospitalidad o puede marcharse ahora mismo por donde ha venido, la elección es suya.

Sin esperar repuesta por parte de ninguno de los dos se recogió la falda como si llevara el vestido de una princesa en lugar de su viejo traje de trabajo, y comenzó a subir las escaleras con un aire tan seguro y regio que hasta James se quedó observándola boquiabierto.

—Señor Carson, ¿por qué han retirado los jarrones? —le preguntó Sarah al mayordomo deteniéndose de repente en mitad de la subida al percatarse de la ausencia de las flores.

—Un lamentable error que subsanaré de inmediato, señora —contestó el

hombre con la mayor diplomacia de la que fue capaz.

Ella levantó el mentón y siguió su ascenso sin decir nada más, deseando llegar a la intimidad de su dormitorio para que nadie viera lo mucho que le estaba costando mantener bajo control el temblor desatado de su cuerpo.

Cuando al fin desapareció de la vista de todos, Violet carraspeó ligeramente mirando a su sobrino por el rabillo del ojo, aunque James no le prestaba atención, aún seguía con la mirada fija en lo alto de las escaleras.

—Parece que tu esposa es una mujer con carácter —comentó en voz baja.

—¿Acaso cree que podría haber sido de otra manera? —replicó él mirándola todavía furioso—. Discúlpeme.

James se alejó de allí dando grandes zancadas con la cabeza bulléndole con miles de ideas. Sarah era la hija perdida de los marqueses de Wedgwood. Después de la desaparición de los marqueses, habían circulado todo tipo de rumores sobre el hijo mayor y heredero, quien poco tiempo después también había desaparecido junto a su hermana y nunca más se había sabido de ellos. Muchos creían que también habían muerto ya que todas las posesiones de los Wedgwood pasaron al siguiente en la línea de sucesión y nadie podía creer que el nuevo marqués se despojara de semejante herencia por ninguna razón.

Wedgwood se había deshecho de Sarah entregándola a Seindfield, pero ¿por qué a él? Sarah había afirmado que su hermano la había vendido, ¿a cambio de qué? ¿Acaso era Wedgwood otro traidor? ¿Estaría realmente muerto?

Se encerró en su despacho, dispuesto a enviarle un mensaje urgente a Cromwell con las nuevas noticias. Era de suma importancia que sus agentes averiguaran el paradero de Wedgwood; James estaba completamente convencido de que era la clave para saberlo todo sobre la Hermandad. Sin embargo, no había tenido algo en cuenta. Se detuvo con la pluma que estaba utilizando para escribir en el aire, congelado. ¿Por qué Sarah había ocultado su nombre y su origen tan celosamente? ¿Quería proteger a su hermano o a alguien más?

Dejó la pluma sobre la mesa y apoyó la cabeza sobre las dos manos, impotente, dejando que la tinta formara una mancha cada vez más grande sobre el papel. Necesitaba hablar urgentemente con Sarah, tenía demasiadas preguntas y muy pocas respuestas, aunque con la inoportuna visita de tía Violet no tendría más remedio que posponerlo. No sabía cómo reaccionaría Sarah ante sus preguntas y no deseaba dar un escándalo que a ciencia cierta

su tía no tardaría en difundir como medio de presión para anular su matrimonio.

Se echó hacia atrás en el sillón y se pasó los dedos entre el pelo ensortijado. Tarde o temprano encontraría una solución, siempre lo hacía; mientras tanto, mantendría su idea original y le mandaría la carta a Cromwell informándole de lo que había descubierto. Tal vez averiguaran algo importante y entonces él contaría con más armas para enfrentarse a Sarah.



El silencio cayó como un yunque sobre la mesa, desconcertando a todos los presentes. James había estado a punto de escupir el café que minutos antes le habían servido en el desayuno y ahora miraba a su tía entre la perplejidad y el enfado.

—¡Ni hablar! —exclamó dejando la taza en el platillo con un golpe seco.

—No seas obstinado, James. No puedes casarte en secreto con una de las mayores aristócratas de Inglaterra y no celebrarlo. Se tomaría como una ofensa y te recuerdo que tienes demasiados intereses en la Cámara de los lores como para enemistarte con sus representantes.

Maldita fuera esa vieja arpía, pero tenía razón. Las normas por las que se regía la nobleza eran estrictas hasta el punto de provocar la ruina social de alguien si no se cumplían los requisitos establecidos, y organizar un baile para celebrar una boda era uno de ellos. Solo el hecho de imaginarse la casa llena de gente, de aguantar interminables veladas y aburridas conversaciones hacía que le palpitase la cabeza.

—A veces creo que su único propósito en la vida es desquiciarme —refunfuñó levantándose de la mesa—. Se hará como dice, pero solo será un baile, nada de festejos durante toda una semana y solo ofreceré alojamiento una noche. Procure que quede bien claro en las invitaciones. Si me disculpan, me están esperando.

James las dejó solas sentadas en la mesa del desayuno sin percatarse de la expresión de espanto que tenía su esposa, quien se volvió rápidamente hacia Violet.

—No sé organizar un baile —confesó con los dientes apretados al ver la sonrisa de suficiencia de la anciana.

—Lo sé, querida, pero por suerte, yo sí. Tenemos mucho trabajo, empezando por el vestido que lucirás. No hay tiempo para que mi modista venga desde Londres, espero que en el pueblo haya alguien competente.

—La señora Peterson es una buena mujer. Ha confeccionado parte de mi vestidor, seguro que puede arreglar algo para que...

—Nada de arreglos. Eres la duquesa de Rutherford, debes estar impresionante. ¿Carson?

—¿Sí, señora?

—Necesito a la señora Baker y haga llamar a la modista esa...

—La señora Peterson —le recordó Sarah deseando suspirar.

—Como sea. Que venga inmediatamente. Tenemos un baile que preparar.

Había sido una mañana agotadora. Violet era implacable y a pesar de su avanzada edad había dado muestras de una energía inagotable. Arianna se había unido a la expedición a media mañana encontrando todo aquello muy divertido; la señora Baker no había parado de tomar notas, debían hablar con los proveedores de la cocina y confeccionar el menú que constaría de ocho platos para más de cien personas, contratar a los músicos y preparar las habitaciones e invitaciones para tanta gente. Indiscutiblemente, Violet sería la encargada de revisar la lista de invitados, ya que era importantísimo no dejar a nadie relevante fuera de la celebración y Sarah no conocía a nadie. Al menos, habían tenido la gentileza de dejar que escogiera los adornos florales.

No había podido pisar el invernadero en toda la mañana, de hecho no había podido salir de la casa hasta ese momento. Por eso Sarah aprovechó el rato de descanso de Violet para dar un paseo y visitar a Holly, a quien prácticamente no había visto desde que habían llegado a Meadow Manor, y se le hacía extraño no tenerla a su lado en cada momento, de hecho, había veces en que se daba cuenta de que hablaba sola cuando esperaba una respuesta que nunca llegaba.

Comenzó a sonreír cuando al fin vislumbró la cabaña entre los árboles del bosque. Había tenido que caminar un buen rato para llegar hasta allí, pero no le importaba, lo cierto era que la caminata había merecido la pena.

El sendero que discurría por el bosque era deslumbrante, el zumbido de los insectos revoloteando a su alrededor, la fragancia de las flores silvestres, el trino de los pájaros e incluso el sonido del agua de un arroyo cercano era

un delicia para sus sentidos. Se sentó a descansar en un banco de madera situado junto a la puerta, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás hasta tocar el muro. Suspiró de auténtico placer cuando el olor a tarta de manzana le llegó proveniente de la cocina, se le hizo la boca agua y se levantó de un salto para tocar con fuerza la gruesa puerta de madera.

Holly apenas tardó un minuto en abrir y con una exclamación la dejó pasar al interior de la casa, llena de azoramiento. Había estado toda la mañana trabajando y estaba desarreglada, el pelo se escapaba de la cofia que lo sujetaba y el pañuelo del cuello estaba mojado de sudor. Con un ademán nervioso se lo quitó y se enjugó la frente mientras intentaba hacer algo con su peinado.

Sarah al verla se echó a reír sin poder contenerse provocando a su vez las carcajadas de Holly, que cejó en su empeño de parecer presentable y tomó asiento en una de las butacas de la pequeña salita.

—Me alegro tanto de verla, señora. Tiene muy buen aspecto.

—Te echo terriblemente de menos —le confesó agarrándole las manos por encima de la mesa—. Nunca vienes a visitarme.

Holly se ruborizó de pies a cabeza, balbuceando excusas ininteligibles que provocaron de nuevo las carcajadas de la duquesa.

—Supongo que tu nueva vida con Elliot te mantiene muy ocupada. Dime, Holly, ¿eres feliz aquí?

—¡Oh, sí, señora! Mucho. ¿Y usted?

Ella reflexionó su respuesta unos minutos antes de contestar. No estaba segura de lo que sentía estando allí. Estaba tranquila y en paz, cada vez tenía menos pesadillas y la compañía de Arianna era estimulante.

—Supongo que estoy contenta. Por algo se empieza, ¿no? ¿Me darías un trozo de esa tarta que huele tan bien? El paseo me ha dado un hambre terrible —dijo cambiando radicalmente de tema.

No quería analizar sus sentimientos ni su extraño matrimonio con James, había aprendido de la peor manera que solo podía contar con ella misma y que el futuro era imprevisible, solo importaba el presente, y pensaba disfrutarlo durase lo que durase.

Mucho más tarde, después de que durante la cena Violet no dejara de fulminarla con la mirada y le reprochara que no se tomara el baile con la suficiente trascendencia, entró con paso tranquilo al interior de la biblioteca. Como cada noche, ella y James se reunían allí tras la cena; él solía beber una copa o dos de brandy mientras leía o trabajaba y ella estudiaba los diarios del

difunto duque de Rutherford. A veces conversaban sobre lo que habían hecho durante el día, aunque la mayoría de las veces era James quien estaba interesado en saber cómo había sido su pasado, algo que ella no estaba muy dispuesta a compartir hasta entonces. No había sido su intención revelar su origen gritando como una vulgar campesina, pero ya no había vuelta atrás y James querría una explicación.

Para su sorpresa, él ya se encontraba allí pero no sentado en su mesa, como era habitual, sino frente a la chimenea, con las piernas estiradas sobre la alfombra, la cabeza reposando en el respaldo del sillón, los ojos cerrados y el vaso aún lleno en su mano derecha. Parecía cansado, y Sarah se tomó la libertad de observarlo a placer. Rara vez lo había visto tan accesible y humano, por regla general era bastante intimidante aunque no levantara la voz, de hecho, en muy pocas ocasiones lo había visto hacerlo, bastaba con una de sus miradas frías como el hielo para no atreverse a llevarle la contraria.

Sin saber muy bien qué hacer, se quedó de pie, junto a él, sin decidirse a marcharse.

—No me molestas —dijo James sin abrir los ojos.

—Pareces agotado —comentó sentándose a su lado.

—Uno de los caballos se ha roto una pata. Mi jefe de caballerizas quiere sacrificarlo, pero maldito sea el placer que me produce.

—Lo siento.

—Gracias —contestó dando un sorbo al vaso antes de volverse hacia ella—. ¿Mi tía se está extralimitando? No permitas que te avasalle con su mal humor.

—Hoy se ha enfadado mucho porque falté a la cita con la señora Peterson —comentó desviando la mirada hacia la chimenea con un leve suspiro—. Creo que copiaré la estrategia de Arianna. ¡Sí, tía! ¡Por supuesto, tía!

James se echó a reír al escuchar como imitaba a la perfección el tono insolente de Ari haciendo que Sarah enrojeciera.

—¿Qué le has contado sobre mí? —le preguntó después de un momento.

Le había sorprendido que Violet aceptara con tan buena disposición su palabra de que era la hija perdida de los marqueses de Wedgwood, y no había vuelto a hablar de ello durante todo el tiempo que habían pasado juntas. Por eso tenía curiosidad por saber qué le habría contado James sobre ella.

—Le dije que te encontré en un convento del norte en uno de mis viajes

en busca de yeguas para fertilizar —contestó sin inmutarse.

—¿Un convento? —exclamó sin salir de su asombro.

—¿Hubieses preferido que le dijera la verdad? Te aseguro que la fama de Seindfield es notoria y no precisamente para bien. Y ya que has guardado con tanto celo tu identidad todo este tiempo, creí que no deseabas que se relacionara a tu familia con semejante bastardo —aventuró al ocurrírsele esa idea de repente.

Ese argumento podría ser plausible y puesto que no había encontrado registro alguno de dicho matrimonio, las pruebas de que querían ocultar a toda costa la implicación de Wedgwood en la Hermandad se iban acumulando. Miró de reojo a Sarah, que había guardado silencio desde su mordaz respuesta. Un poco molesto por su actitud sumisa, suspiró audiblemente, impaciente por romper el denso silencio que había entre ellos.

—Dios quiera que ese dichoso baile termine de una vez y que esa vieja arpía se marche cuanto antes —dijo James echando de nuevo la cabeza hacia atrás.

—Creo que lo único que la motiva es el bien de la familia, no seas tan duro con ella.

—Al contrario, a esa mujer solo le importa el honor de los Sutton, jamás se ha interesado por las personas que llevan su nombre. Hizo que la vida del tío abuelo Fitz fuera un infierno, créeme.

Sarah bajó la cabeza y unió ambas manos sobre el regazo, pensando en lo que había dicho. El honor de los Sutton. Suspiró quedamente, ella también había intentado proteger el honor de su familia, pero ¿de qué había servido? James sabía quién era ella y a pesar de la mentira que le había dicho a su tía, los rumores no tardarían en aparecer.

—El rostro se te ha ensombrecido, ¿en qué piensas?

Ella volvió a mirarlo encogiéndose de hombros, esbozando un asomo de sonrisa sin responder.

James suspiró frustrado y dejó el vaso sobre la mesa antes de incorporarse en el sillón.

—¿Cuándo vas a empezar a confiar en mí, Sarah? No creo que te haya dado motivos para que sigas temiéndome, te he abierto mi casa, te he dado mi apellido, he respetado cada parte de nuestro acuerdo y tú ni siquiera eres capaz de responder con algo de sinceridad. ¿Por qué me ocultaste qué eras una Wedgwood? ¿Por qué me hiciste creer que tu hermano te vendió? ¿A cambio de qué? —le preguntó enfadado elevando ligeramente la voz y

haciendo que ella se encogiera en su asiento, lo que provocó que su enfado aumentara aún más—. ¡Por el amor de Dios! ¡No voy a pegarte!

Sarah abrió los ojos como platos llevándose ambas manos a la cara entre sollozos. No podía explicarle que no lo hacía a propósito, había aprendido a guardar silencio, a protegerse ante cualquier atisbo de violencia. El miedo formaba parte de ella, no podía desprenderse de ese temor continuo a que le hicieran daño, ni siquiera sabía cómo hacerlo.

James se levantó apretando y relajando los puños, furioso consigo mismo, con Seinfeld y con ella. Quería abrazarla, besarla y hacerle el amor hasta que lo olvidara todo excepto a él, pero no podía sin poner en peligro la misión que le habían encomendado. Se giró y salió de la biblioteca antes de ceder a la tentación de consolarla, dejándola sola con sus fantasmas.

Capítulo 9



Los invitados no habían dejado de llegar durante todo el día en sus fastuosos carruajes con sus doncellas, ayudas de cámara y equipaje para llenar tres mansiones. James encendió un puro mientras daba golpecitos con el pie sobre la alfombra, la cual amortiguaba el sonido del tic nervioso e incontrolable que había aparecido cuando empezaron a llegar los primeros invitados.

Habían estado toda la semana aireando el gran salón, puliendo los suelos, colocando los adornos florales y adecentando los salones colaterales para instalar en ellos la zona de vestuario para las damas, mesas de juego y largas mesas con comida y bebida para los asistentes. Toda el ala oeste de la mansión había sido acondicionada para acomodar a las cientos de personas que iban a curiosear quien era la nueva duquesa de Rutherford. James maldijo para sí por enésima vez ese día. Generalmente, reflexionaba con mucho cuidado todos sus pasos, pero no sabía qué demonios se había apoderado de él para celebrar ese dichoso matrimonio que solo le estaba dando quebraderos de cabeza y ninguna satisfacción. Ni siquiera el único placer que podría proporcionarle.

Impaciente, levantó el brazo para llamar a la puerta de Sarah y comenzar de una vez esa estúpida pantomima. Cuanto antes empezaran a saludar a invitados, antes terminarían, pero no llegó a acercar el puño cerrado a la madera. Ella acababa de abrir y hacer su aparición, con las manos entrelazadas por delante, las mejillas sonrojadas y la mirada vacilante.

James aspiró con brusquedad, sintiendo que se quedaba sin aire cuando la vio y paseó la mirada de arriba abajo, sin salir de su asombro. Su pequeña jardinera se había convertido en una reina en un abrir y cerrar de ojos. El

vestido de tonos azules de corte imperio era digno de una princesa: tenía un cinturón bordado con hilos dorados que dibujaban figuras geométricas; una pequeña cola redondeada con diferentes capas de tela con unos impresionantes bordados que aumentaban de tamaño conforme la falda subía hacia la cadera; el escote, redondeado, estaba adornado con un ligero encaje y desde el mismo, finas hileras doradas terminaban en un fruncido bajo el pecho.

Enseguida se percató de la tiara que coronaba su cabeza sintiendo una mezcla de emociones que no supo definir. La reconoció de inmediato. Había sido un regalo que su padre le hizo a su madre tras el nacimiento de Arianna, con una delicada flor en el centro y pequeños pétalos en los laterales. Nadie mejor que Sarah podría lucirla.

—¿No dices nada? Es demasiado ostentoso, ¿verdad? —le preguntó ella con inseguridad.

—En absoluto. Estás... impresionante —consiguió decir tras carraspear un par de veces para aclararse la garganta sabiendo que se quedaba bastante corto con esa descripción.

—Gracias —contestó Sarah logrando sonreír.

—Voy a ser la envidia de la noche. Nadie podrá apartar la mirada de ti —le aseguró sin poder dejar de mirarla, pensando que no era buena idea mostrarla al resto de hombres que esa noche poblaban su casa, y que la desearían igual que él la deseaba en ese momento.

El puñetazo de los celos le nubló la visión y por un momento estuvo tentado de encerrarla de nuevo en su habitación, sorprendiéndose a sí mismo al comprender por primera vez el celo con el que Seinfeld la había custodiado.

—No es eso lo que deseo —señaló ella interrumpiendo sus pensamientos y volviendo a bajar la cabeza con timidez—. No quiero avergonzarte esta noche, James. Ni siquiera sé bailar.

La miró estupefacto, controlando las ganas de echarse a reír para no ofenderla, aunque no pudo evitar que su boca dibujara una enorme sonrisa.

—No te preocupes, yo te guiaré —le prometió ofreciéndole el brazo para que se sujetara a él antes de comenzar a bajar.

Ella le miró también un poco sobresaltada debido a su apostura. No era ninguna necia y desde el primer momento fue consciente del atractivo de su esposo; sin embargo, esa noche parecía diferente. Se había recortado el pelo y ni un solo vello estropeaba la suave superficie de su rostro, la casaca era de

color negro, como la mayoría de su vestuario, pero para el baile había escogido una camisa blanca con volantes en el cuello y en los puños y una chupa con bordados en color granate a juego con el pañuelo de su cuello. Los calzones eran de color tierra y el atuendo lo terminaban unas botas negras de caña alta que relucían como un espejo.

Se sonrojó levemente al ver su media sonrisa, percatándose de que él había notado su escrutinio y posó una mano vacilante sobre su brazo antes de descender.

Era absurdo intentar retener el nombre de cada una de las personas que formaban la multitud y, tras la primera veintena de presentaciones, Sarah dejó ese cometido por imposible. Con James a su derecha y Violet a la izquierda se sentía en cierto modo protegida de las miradas curiosas, aunque era consciente de que eran inevitables. Todo el mundo deseaba ver a la que había conseguido llevar al esquivo lord Rutherford al altar. Casi se había atragantado con su propia saliva cuando en una de las primeras presentaciones, una vizcondesa, cuyo nombre había olvidado, le había preguntado dónde había estado todos estos años. Violet había respondido sin inmutarse que había estado recluida en un convento tras la trágica desaparición de sus padres. Solo la presión de la mano de James en su brazo la había ayudado a controlar la expresión de su cara.

Debía reconocer que Violet había hecho un trabajo extraordinario con aquel salón; cerrado era lúgubre a pesar de su enorme extensión y poco acogedor, pero ahora resplandecía bajo la luz de centenares de velas y el aroma de las rosas. Las damas ataviadas con aquellos preciosos vestidos y los elegantes caballeros que las acompañaban se paseaban regalando sonrisas aquí y allá formando corrillos mientras las jovencitas permanecían sentadas junto a sus damas de compañía, alertas a los posibles signos de interés de algún noble pretendiente. La música aún no había hecho acto de presencia y así sería hasta que los anfitriones inauguraran el baile. Sarah solo esperaba no dejar en ridículo a su esposo.

Uno de los invitados se paró frente a ella mientras la pareja de jóvenes que le acompañaba saludaba al duque. Ella sonrió de manera automática pero el hombre no le devolvió la sonrisa, la miraba con expresión angustiada y los ojos enrojecidos. El hombrecillo enjuto, que andaba apoyándose sobre un bastón, balbuceó unas palabras ininteligibles y agarró su mano con verdadera devoción. Sarah tocó el brazo de James sin saber qué debía hacer o decir y

este se giró de inmediato hacia ellos.

—Lord Galbraith, permítame que le presente a mi esposa...

—Lady Sarah... tengo la sensación de haber retrocedido en el tiempo y estar frente a Joanna. Tienes sus ojos muchacha... y esa maravillosa sonrisa capaz de calentar el corazón más frío e imperturbable.

—¿Conoció usted a mi madre, milord? —preguntó conmovida por el elogio del anciano.

—¡Oh, sí! Puedo decir con orgullo que compartí una gran amistad con los marqueses de Wedgwood. Lo que les sucedió fue terrible... ¡terrible! Dios los tenga en su gloria. Y tú, hija mía, ¡tantos años perdidos! He oído que tu hermano te recluyó en un convento, ese joven siempre fue díscolo e irresponsable, ¡hacer algo semejante!

—Hizo lo que creyó mejor para mi bienestar —respondió sin ninguna inflexión en la voz.

—Lord Rutherford, espero que sepa apreciar el tesoro que Dios ha tenido a bien regalarle, estoy seguro que al igual que su madre, lady Sarah será una magnífica duquesa.

—Así es, me considero el más afortunado de los hombres —se apresuró a decir James tomando la mano libre de su esposa para llevársela a los labios con galantería.

El hombre inclinó la cabeza y se alejó agarrándose del brazo de la joven, que probablemente sería su hija.

—¿Estás cansada? —le preguntó James en el oído.

—Los zapatos me hacen daño.

Él se echó a reír entre dientes. No sabía si sería por la compañía de Arianna o porque nunca le habían dado la oportunidad de expresarse libremente, pero a veces hacía gala de una sinceridad que rallaba lo infantil y que él encontraba refrescante.

—Aún tenemos que inaugurar el baile, pero no te preocupes, no podemos bailar más de dos piezas juntos —le aseguró.

—¿Por qué no? —preguntó con curiosidad.

Iba a darle una respuesta pero en realidad lo desconocía. A él también le parecía absurdo no poder bailar toda la noche, si se le antojaba, con su esposa.

—En realidad, no lo sé.

Sarah sonrió mientras paseaba la vista por el salón. Jamás habría pensado que terminaría divirtiéndose pero había conocido a gente muy dispar

e interesante y ahora no entendía por qué había tenido tanto miedo de esa fiesta los días previos.

—Buenas noches, Rutherford, una fiesta extraordinaria. Espero que no se una a nosotros en las mesas de juego más tarde, no me gustaría que me desplumara —dijo un hombre de mediana edad acercándose a ellos.

—No tema, Alberts, esta noche me decantaré por otros placeres. Permítame que le presente a lady Rutherford.

James le ofreció la mano a Sarah para que se acercara, pero esta no reaccionó. De repente, su rostro había perdido todo el color y tenía los ojos dilatados de espanto.

—¿Sarah? ¿Te encuentras bien? —quiso saber acercándose de nuevo a ella con preocupación.

La voz de James le llegaba muy lejana, todo se había vuelto borroso y apenas era capaz de pronunciar sonido alguno. El bullicio a su alrededor se ralentizó mientras la luz de las velas se difuminaba y todo parecía cambiar de lugar; vio otra fiesta con otras personas de ojos tenebrosos y sonrisas diabólicas, y el sabor del miedo le llenó la boca como si estuviera reviviendo una pesadilla.

—Sarah... Sarah, mírame...

Poco a poco la sangre volvió a circular por sus mejillas, parpadeó varias veces y logró enfocar la mirada en los ojos de James. Se agarró a sus antebrazos sintiendo como el ataque de pánico le atenazaba la garganta.

—Lo siento, creo... creo que me he mareado —susurró.

—Si nos disculpa, Alberts, creo que mi esposa necesita algo de aire fresco.

Sin esperar la respuesta del conde, pasó un brazo por la cintura de Sarah y ambos salieron por el gran ventanal que daba acceso a los jardines. James podía escuchar la respiración agitada de ella a su lado mientras caminaba con rapidez, intentando alejarse lo máximo posible del salón y de los oídos curiosos.

—¿Quién es ese hombre? ¿Por qué está aquí? —exclamó deteniéndose de pronto y apartando a James de un empujón—. Haz que se vaya. ¡No permitiré que la toque!

—¿Hablas de Alberts? ¿Le conoces?

—¡Por Dios, no dejes que ese animal se acerque a Arianna!

—Nadie se acercará a Arianna, créeme. Sarah, necesito que me expliques qué ocurre. ¿Por qué crees que Alberts podría hacerle daño a Ari?

—¡Porque lo he visto otras veces!

Se tragó las lágrimas mirándolo a los ojos fijamente, sintiendo como toda la adrenalina la abandonaba dejándola exhausta y temblorosa. James la observó en silencio, sin mostrar el más leve resquicio de lo que pensaba o sentía. No le extrañaba que Alberts fuera un degenerado, perteneciendo al grupo de amistades más íntimas de Seinfeld era lo que esperaba. Lo que sí le sorprendía y mucho era que Sarah lo hubiera presenciado.

Mantuvo los ojos fijos en ella, calibrándola, evaluándola, hasta que, avergonzada, bajó la mirada.

—¿Cuántos secretos guardas, Sarah? —le preguntó con suavidad.

—Demasiados —respondió cerrando con fuerza los ojos, deseando que ese simple gesto sirviera para borrarlos todos.

—Alberts se marchará esta misma noche; haré que uno de mis hombres le vigile hasta ese momento. ¿Eso te tranquiliza?

Ella se apresuró a asentir con la cabeza, en parte sorprendida porque él la creyera sin más.

—Será mejor que entremos, debemos abrir el baile.

James la tomó de la mano y comenzó a andar en la oscuridad hacia el jolgorio que llegaba hasta ellos amortiguado por la vegetación que les rodeaba. Sarah le siguió sin decir nada más, confundida por su actitud. Cualquiera otro hombre le habría preguntado acerca de su familia o de por qué sabía que a Alberts le atraían las niñas, pero él no. Parecía conocer todas las respuestas de antemano y, por primera vez, se sintió asustada de verdad al pensar que, tal vez, esa boda no hubiera sido tan altruista después de todo.

Entraron de nuevo en el gran salón y sin soltar su mano, él se dirigió directamente al centro de la pista de baile. Acercó el cuerpo de Sarah al suyo y colocó una mano en su cintura antes de hacer un gesto con la cabeza hacia el grupo de músicos que esperaba el momento de comenzar.

—Pon tu mano sobre mi hombro —susurró inclinándose unos centímetros hacia ella.

—James... ¡desconozco los pasos! —dijo entre dientes haciendo lo que él le indicó.

Él sonrió de oreja a oreja y la acercó a su cuerpo sin miramientos, provocando que un intenso murmullo se extendiera por el salón cuando los violines comenzaron a tocar un hermoso vals y ambos giraron uno junto al otro por toda la pista. Sus ojos se encontraron con los de su tía y su sonrisa se hizo aún más amplia al ver su expresión furiosa y avergonzada.

En algunos sectores aquel baile era considerado escandaloso por la cercanía que ambos cuerpos debían tener para realizar la danza, pero a James le daba exactamente igual la opinión de aquellos invasores de su intimidad. Quería bailar con su esposa, bailar de verdad, respirar su aroma y acariciar su cuerpo, sentirla de la única manera que podía hacerlo.

Ladeó la cabeza para mirarla y sus ojos quedaron atrapados bajo el influjo de los suyos. Ella le observaba a través de las pestañas espesas, un poco doradas en la punta, con los labios entreabiertos y las mejillas algo sonrojadas. Podía notar el ritmo de su corazón en la vena latente del cuello y las gotas de sudor deslizarse por el interior de su pecho. Su propia respiración se aceleró al fijar la vista en el diminuto lunar que tenía sobre el labio superior y que hasta entonces le había pasado desapercibido; su mano se tensó sobre sus caderas y apretó con fuerza la mandíbula perfilando aún más la línea inferior de su rostro. La expresión de su cara debió ser evidente cuando el deseo le atenazó de manera inesperada, porque ella abrió los ojos de par en par y jadeó asustada soltándolo de golpe.

Consciente de que los invitados los miraban con asombro, él se inclinó haciendo una reverencia en su dirección y le ofreció el brazo para salir de la pista con algo de dignidad mientras los músicos se detenían y comenzaban de manera acelerada una nueva pieza.

Ella no podía moverse, no podía respirar, solo la idea de que James también la mirara de aquella forma debería haberle hecho sentir náuseas, pero no era eso lo que agitaba su corazón, lo que la asustaba era la propia reacción de su cuerpo ante su cercanía, el calor que la abrasaba allí donde él la tocaba.

—Querida...

La voz de su esposo y su mirada de advertencia la hicieron reaccionar, y tomó la mano que le ofrecía con un ligero temblor.

Él no volvió a decir nada ni a mirarla y cuando salieron del salón, la dejó marcharse casi corriendo hacia su dormitorio sin intentar retenerla. Se encargaría de excusarla cuando su ausencia se empezara a notar y daría las explicaciones que fueran necesarias para aplacar la ira de su tía. No se sentía con fuerzas suficientes para estar junto a ella un minuto más y no besarla.

Furioso consigo mismo y por su falta de autocontrol, fue con grandes pasos hacia la mesa de las bebidas, encontrándose con lord Galbraith. El anciano movía la cabeza al ritmo frenético del reel que sonaba en ese momento y, olvidando el malestar que sentía, James se acercó a él poniendo una sonrisa cortés en sus labios viendo una oportunidad única de saber algo

más sobre los Wedgwood y sobre Warren.

—Lord Galbraith, ¿se divierte?

—¡Ah, muchacho! Ojalá tuviera veinte años menos. Cuando se llega a una edad tan avanzada como la mía, hay que disfrutar cada momento porque no sabes cuándo llegará el final.

—No creo que tengamos que lamentar su ausencia en breve —comentó el duque entre risas.

—Desde luego, si tuviera una esposa como la suya, intentaría vivir todo lo posible —respondió guiñándole un ojo.

James sonrió con frialdad y cogió una copa vaciándola de un solo trago.

—Tuve el placer de conocerla siendo niña —continuó el noble sin percatarse del gesto adusto de su interlocutor—. Era una criatura especial, llena de vida y bondadosa. No era especialmente ocurrente, pero recuerdo que hacía gala de una inteligencia despierta y observadora extraordinaria dada su edad. Fue una verdadera lástima la pérdida de Joanna y Stanford, eran buenas personas y amantes de sus hijos.

—Mi esposa rara vez menciona a su hermano...

El hombre lo miró negando con la cabeza chasqueando la lengua con desdén.

—¡No es extraño! Warren siempre fue un muchacho egoísta, ¿sabía que se encontraba de viaje por el continente cuando ocurrió la desgracia? No volvió para ocupar su lugar como marqués de Wedgwood ni responsabilizarse del cuidado de su hermana, siguió con su viaje hasta que dilapidó la pequeña fortuna que Stanford le asignó. Y cuando regresó a Inglaterra comenzó a relacionarse con Seindfield y sus amistades, no sé si los conoce bien, Rutherford, pero algunos de ellos no son hombres adecuados para guiar a un muchacho joven e influenciado como lo era el joven Warren. Desgraciadamente, su final no fue sorprendente —concluyó con tristeza.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, es sabido por todos que murió debido a una reyerta por los favores de una dama... digamos de no muy buena reputación.

—¿Sabe dónde enterraron su cuerpo? Es posible que a mi esposa le reconforte saberlo —insistió James con curiosidad.

—Bueno, no sabría decírselo con exactitud. Tal vez el abogado de su padre tenga información al respecto. Si no me equivoco, el señor Brannagh de Londres siguió con los asuntos de los Wedgwood hasta que Warren desapareció —le dijo el anciano encogiéndose de hombros.

James le dio las gracias y le aseguró que contactaría con el abogado antes de alejarse. Había visto a Alberts acercarse a las mesas de juegos y no pensaba quitarle la vista de encima durante toda la noche.

La mayoría de los invitados se habían retirado ya, la orquesta estaba ocupada guardando sus instrumentos y el personal de limpieza comenzaba a poner orden a pesar de que unos cuantos rezagados aún jugaban a las cartas. James se alejó del gran salón en dirección a las escaleras sin disimular un enorme bostezo, quedaban pocas horas para el amanecer y estaba agotado. No había podido dejar de rememorar aquellos minutos en los que había tenido a Sarah entre sus brazos, aún podía notar su cuerpo unido al suyo, sus manos en sus hombros y la suavidad de su aliento en la piel. La deseaba. No era ninguna vergüenza admitirlo, le había costado un horror no bajar la cabeza y posar sus labios sobre los de ella cuando sus ojos se encontraron en mitad de la danza. Esos ojos violeta que le atormentaban cada noche, que tenía al alcance de la mano pero a la vez tan lejos.

Sarah era un completo enigma pero no le importaba, tenía la intención de descubrir todos sus secretos.

—Por fin te encuentro.

James se volvió con rapidez hacia la voz que le había hablado desde la oscuridad con cierta inquietud.

—¿Cromwell? ¿Qué haces aquí? —le preguntó mirando a su alrededor—. ¿Te has vuelto loco? —Lo agarró de un brazo y lo arrastró hasta su despacho cerrando la puerta tras él antes de mirar a su viejo amigo con ceño.

—El que se ha vuelto loco eres tú. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo se te ha ocurrido casarte con ella? —exclamó señalando hacia la puerta con un tono medio histérico.

—Baja la voz. Dijiste que hiciera lo que fuese necesario, ¿ya no lo recuerdas? —le preguntó con sarcasmo.

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿Pero casarte? Jamás se me habría ocurrido pedirte semejante sacrificio.

—Era la única manera, John —dijo mientras se servía un vaso de whisky y se lo bebía de un trago—. Además, he averiguado cosas interesantes, ¿no recibiste mi mensaje?

—¿Por qué crees que estoy aquí? Wedgwood es humo. Nadie sabe lo que le pasó ni donde está —dijo a su vez paseándose por la habitación con el ceño arrugado, dando muestras visibles de su preocupación.

—Alberts también está implicado —le dijo encendiendo un cigarro con parsimonia.

Cromwell lo miró brevemente antes de asentir.

—Sospechaba que el círculo más íntimo de Seinfeld podría estar al corriente de sus actividades e incluso ser partícipe de ellas, pero no estaba seguro.

—¿No estabas seguro? ¡Debió ser tu primer paso, maldita sea! Nunca te había visto actuar con tan poca eficacia, John.

Cromwell levantó la cabeza echándole una mirada cargada de resentimiento, aunque enseguida bajó los ojos y tomó asiento dejándose caer en un sillón.

—Tienes razón, no tengo excusa, pero debes saber que estamos solos en esto, James. Cuando las primeras informaciones sobre la Hermandad llegaron a mis manos, no me atreví a compartirlas con nadie. Hay demasiado en juego y personas importantes e influyentes implicadas. No podía arriesgarme, eres el único en quien confío.

James se sentó junto a él, pensativo. Alberts era de los pocos que seguían jugando en el gran salón y no había parado de beber en toda la noche, lo sabía bien porque no le había perdido de vista desde que Sarah le dijera aquello. Estaba seguro que ese cobarde traidor podía contarles muchas cosas si pulsaban las teclas adecuadas, y él tenía el lugar perfecto para ello. Miró a su amigo de reojo, si estaban solo ellos dos, debían actuar con pericia y cautela. Interrogarían a Alberts esa misma noche y, si no le complacían sus respuestas, lo mantendrían a buen recaudo hasta que lo vieran ahogarse con las sogas de Newgate.

—Vamos —le dijo a Cromwell levantándose del sillón.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber cuando distinguió el brillo peligroso en su mirada.

—Cazar una rata.



El agua helada le despertó con brusquedad. Sacudió la cabeza para quitarse las gotas del pelo e intentó secarse la cara con una mano, pero no

pudo. Perplejo, notó que tenía ambas manos atadas detrás de la espalda, al igual que los tobillos mientras permanecía tumbado en el suelo en lo que parecía un montón de paja seca. El corazón comenzó a palparle con fuerza al ver a los dos individuos de pie frente a él con los rostros cubiertos por sendos pañuelos negros, uno de ellos aún tenía el cubo en las manos, mientras que el otro portaba una vela encendida, de donde provenía la única luz que había en el cobertizo.

«Bandidos», pensó. Aunque no acababa de entender cómo había llegado hasta allí ni cuándo se había producido el secuestro. Lo último que recordaba era dirigirse a su habitación después de haber ganado la última mano a las cartas.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —exigió saber mientras se removía inquieto ajustándose aún más las sogas.

—Yo soy el que hace las preguntas —contestó el más alto agachándose junto a él y acercándole la llama a los ojos.

Alberts intentó apartarse del fuego al notar el calor en la cara con una expresión de espanto.

—Creo... creo que ha habido un malentendido. Soy invitado de lord Rutherford...

—¡Silencio! Escúchame con atención, vas a responder a todas mis preguntas, si no me satisfacen tus respuestas... de ti depende estar en el purgatorio o en el infierno, ¿lo has entendido?

El vizconde miró a uno y a otro asintiendo con frenesí, deseando despertar de aquella pesadilla.

—Quiero saberlo todo sobre la Hermandad, quiénes son sus miembros, dónde se reúnen, cómo transportan el oro a Francia y quién es su cabecilla.

El cautivo abrió los ojos como platos negando con la cabeza lleno de incredulidad. La Hermandad era un grupo secreto donde ni siquiera ellos sabían quiénes eran unos u otros. Que esos dos delincuentes hubiesen oído hablar de ella, era del todo inconcebible. Aun así, si lo que buscaban era información, se iban a llevar una sorpresa. Comenzó a esbozar una sonrisa mientras una carcajada áspera y seca subía por su garganta sorprendiendo a James y a Cromwell, que se miraron entre sí estupefactos, sin comprender la actitud del vizconde.

James sacó su daga y se la puso en el cuello para demostrarle que aquello no era ninguna broma, cortándole lo suficiente para hacerle una pequeña herida sangrante.

—Tal vez quieras empezar de nuevo.

—¡Antes arderé en el infierno! —exclamó escupiéndole en la cara.

El duque se puso en pie y depositó la vela sobre un montón de troncos de madera, se limpió la saliva con la manga de su chaqueta e hizo un gesto afirmativo hacia Cromwell, quien cogiendo un pesado garfio de hierro se acercó a Alberts para engancharlo en la soga que mantenía atados sus pies. James sujetó el otro extremo del cabo y tiró con fuerza levantando el cuerpo de Alberts a través de las vigas del techo, dejándolo colgado boca abajo. Anudó la cuerda en un gancho de la pared y se sacudió las manos antes de inclinarse lo suficiente para que sus ojos quedaran a la altura del vizconde.

—Puede que esto te quite las ganas de reír —le dijo dándole la espalda y saliendo del cobertizo acompañado de Cromwell, haciendo caso omiso a los gritos e insultos de Alberts.

Tras cerrar la puerta, su amigo se despojó del pañuelo que ocultaba su rostro y se secó el sudor de la frente con él.

La primera claridad del día se intuía a través de las frondosas copas de los árboles, pero ni así era capaz de distinguir el camino que habían recorrido para llegar hasta esa pequeña choza perdida en el interior del bosque. Era muy improbable que alguien la localizara a pesar de los gritos que profería Alberts desde el interior, y no por primera vez desde que James le expuso su plan, se había preguntado para qué demonios necesitaba el duque de Rutherford un lugar así.

—¿Cuánto tiempo vas a dejarlo ahí? —le preguntó.

—El suficiente —contestó con sequedad.

Estaba disgustado, pensaba que era un hombre de carácter más débil y que iba a cooperar con mayor facilidad. Le costaría algo más de trabajo, pero al final cedería. Todos lo hacían.

—Vuelve a Londres e intenta contactar con un tal Brannagh, averigua todo lo que puedas sobre los Wedgwood, yo intentaré seguir los pasos de Bennet, mientras tanto te iré informando de los progresos con el vizconde.

—¿Y qué harás con tu esposa? —le preguntó Cromwell con cierto sarcasmo.

—Sarah es asunto mío —contestó después de un momento, echando a andar por el camino oculto que los devolvería a la mansión.



Sarah entró con sigilo en el dormitorio de la niña y suspiró con alivio al verla profundamente dormida en su cama. Se acercó hasta ella y le apartó el pelo de la frente con suavidad antes de depositar un beso en ella con ternura. Llevaba horas despierta, incapaz de conciliar el sueño, inquieta ante la posibilidad de que ese monstruo pudiera hacerle daño. La protegería con su vida si era necesario, pero no permitiría que nadie la dañara, procuraría que nunca perdiera la inocencia, que siguiera viendo la vida llena de colores, que no viviera jamás algo parecido a lo que le había tocado vivir a ella. Había visto y sufrido cosas espantosas, cosas que jamás podría borrar de su memoria, que la asaltaban en sus sueños y que le impedían recuperar la paz que había perdido.

Se abrigó aún más con el chal que llevaba sobre los hombros al sentir un escalofrío al recordar la mirada de James sobre ella durante el baile. Estaba acostumbrada a las miradas de deseo de los hombres que posaban sus ojos sobre ella, pero no estaba segura de querer que su esposo también la mirara así. Cada vez que cerraba los ojos veía a George lastimándola, haciéndola sufrir de mil maneras inimaginables y no creía que pudiera recuperarse nunca.

Se sentó en una mecedora junto a la cama de su cuñada y cerró los ojos un momento. Se encargaría de que Arianna no fuera como ella, sería una mujer libre, libre para elegir su vida, para no ser la marioneta de nadie.

Y con ese pensamiento se durmió.

Capítulo 10



Warren sostuvo la máscara con delicadeza y la observó durante unos minutos desde varios ángulos no del todo convencido de querer ponérsela. El objeto era escalofriante, de rostro completo, una mitad era de color blanco y la otra de color negro, la boca mostraba una sonrisa maquiavélica y los ojos, sendos rombos rojos de cejas arqueadas y prominentes. Pero lo que más le aturdió no era la expresión demoníaca del conjunto, sino los dos largos cuernos rojos retorcidos que sobresalían de la parte superior de la frente.

Siempre había sabido que Seinfeld era un loco excéntrico, pero aquello era ridículo. Las reuniones de la Hermandad eran absurdas mascaradas donde los miembros se ocultaban unos de otros y el alcohol y las mujeres se ofrecían en abundancia, mientras el dinero se malgastaba a raudales. El dinero que iba destinado a Napoleón y que había preocupado a la cúpula hasta el punto de enviarlo a él. Empezaba a pensar que su regreso a Inglaterra no había sido ninguna locura después de todo y le satisfacía que hubieran confiado en él para retomar el rumbo perdido de la organización. Se terminó de abrochar el chaleco de seda roja llena de bordados y se ajustó el pañuelo al cuello antes de coger la chaqueta y ponérsela. Por último, volvió a coger la máscara y después de un minuto de titubeo, se la colocó sobre el rostro.

Toda aquella pantomima terminaría esa noche.

La vieja construcción de estilo neoclásico estaba en las inmediaciones de Londres, a tan solo media hora a caballo del núcleo de la ciudad. Warren recordaba nítidamente la primera vez que puso un pie en ella, endeudado hasta las cejas con alguien tan peligroso que no había tenido más remedio que entrar en aquel círculo que le había ofrecido una nueva vida, un motivo más

para la venganza.

Echó un trago de la botella que sostenía en la mano mientras la lluvia torrencial lo empapaba; estaba calado hasta los huesos después de haber deambulado más de una hora por las desiertas calles de Londres tras la funesta pelea que había provocado que la madame le expulsara de la casa de putas. Pero no le importaba, se había convertido en alguien insignificante, todo lo que había creído se había esfumado como el humo y no había nada en el mundo que le importara ya.

Levantó la vista cuando unos pies se detuvieron frente a él y las gotas de lluvia dejaron de rebotar en su cabeza y resbalar por su apuesto rostro. Estaba tirado en el suelo, como el don nadie que era ahora, pero no hizo ademán de levantarse cuando el hombre que lo protegía con su paraguas y envuelto en un grueso abrigo negro le habló.

—Monsieur Wedgwood...

—Lord... Es lord Wedgwood, ¡soy el maldito marqués de Wedgwood! ¡Es mi derecho y nadie puede arrebatármelo! —gritó completamente ebrio y los ojos llenos de lágrimas de frustración.

—Y nadie lo hará, monsieur. Pero tiene una deuda pendiente, ¿lo recuerda? —le aseguró el extraño con un fuerte acento.

Warren le miró a los ojos por primera vez y un escalofrío le recorrió la espina dorsal al reconocer al francés que le había salvado de una paliza o incluso de la muerte semanas atrás, en un frío callejón de Flandes. Se levantó, no sin esfuerzo, y se tambaleó hacia el muro para no perder el equilibrio.

—No tengo dinero... Es de mi hermana —explicó conteniendo la risa a duras penas.

—Ya le dije que mi jefe no quiere dinero, usted le debe un favor y él la dará su venganza a cambio —dijo con tranquilidad mirándolo de soslayo.

—Parece saberlo todo sobre mí. ¿Quién demonios es usted? —preguntó intentando mantenerse despierto.

—Bourgeois. Sígame, le ofreceré un techo y algo caliente.

Warren miró la espalda del francés mientras se alejaba con un nudo en el pecho. La venganza era el único motivo que le mantenía vivo. Y le siguió, sin saber que estaba a punto de vender su alma al diablo.

La caminata y la lluvia habían conseguido despejarle la mente del alcohol que se había convertido en su compañero inseparable, y no le costó

mucho esfuerzo reconocer la calle donde se ubicaba la pequeña casa en la que Bourgeois acababa de entrar. Era obvio que era de alquiler, ya que el escaso mobiliario tenía aspecto de estar muy usado. No había un mayordomo esperándoles en la entrada y la casa parecía estar completamente desierta. El silencio y la oscuridad solo se interrumpían por el crepitar del fuego de una habitación cercana cuya puerta estaba abierta, invitándole a entrar.

Warren se sacudió el pelo con un movimiento de la cabeza y se atusó los mechones rubios que caían sobre su frente con una mano temblorosa. Bourgeois se había sentado junto a un sillón frente al fuego y estaba inclinado hacia el mismo mientras conversaba en voz baja con alguien. Warren intentó oír la conversación, pero hablaban en francés, lo que le disgustó sobremanera sin entender el motivo.

—No es de buena educación hablar un idioma que uno de los presentes desconoce —dijo sin pensar acercándose hacia los dos hombres como una polilla a la luz.

—¿Acaso es mejor el suyo, monsieur Wedgwood? —le preguntó Bourgeois con desdén.

—¡Es lord Wedgwood, bastardo francés! —gritó lleno de rabia, harto de que se burlara continuamente de él.

El espía se revolvió como una serpiente y antes de que Warren pudiera impedirlo, le tumbó de un fuerte golpe en la alfombra, a los pies del otro hombre que apenas se había inmutado.

—Le sugiero, milord, que cuide sus modales en presencia de monsieur Fouché, si no quiere que la próxima vez le rebane la garganta —le espetó con su rostro muy cerca de Warren y con una mirada asesina que logró despertarle completamente.

—Es suficiente, Bourgeois —dijo el hombre haciéndole un gesto para que le ayudara a levantarse.

El francés chasqueó la lengua y tiró del marqués hacia arriba para ayudarlo a ponerse en pie antes de volver a sentarse junto a su jefe.

Warren se atusó el pelo de nuevo e intentó colocarse la levita al derecho, siendo consciente de que su aspecto no iba a mejorar mucho más. Miró a Fouché con desconfianza sin atreverse a decir nada más hasta que le indicó el sillón vacío junto a él. El joven se sentó y esperó a que le explicara qué querían de él.

—Se preguntará por qué está aquí. Llevo varios meses estudiándole, sopesando las posibilidades de que se uniera a nuestra causa y lo ocurrido

con su herencia no ha podido ser más propicio —empezó diciendo con una dicción inglesa impecable, al contrario que su subordinado.

—Espero que no se ofenda si le hago saber que no estoy de acuerdo en absoluto con usted —replicó Warren revolviéndose en su asiento, incómodo.

—Por supuesto, para usted ha debido ser una fuerte decepción, pero como le decía, para mis intereses no ha podido ocurrir en mejor momento. Está rabioso, indignado, con una gran deseo de venganza que yo estoy en disposición de proporcionar.

—¿En serio? ¿Y cómo va a ayudarme? —le preguntó con un deje irónico palpable.

—Es usted el que va a ayudarme a mí —le contradijo con suavidad—. Hay una organización, una hermandad de caballeros ingleses a favor de Napoleón que está más que dispuesta a dar incluso la vida por Francia, y que nos está ayudando a recaudar fondos para que la guerra continúe y afianzar así la posición del general en París. Debido a la rápida expansión de la Hermandad, necesito a un hombre de confianza que me haga llegar todo lo referente a la información y el dinero que recauden a Francia y creo que usted es ese hombre, lord Wedgwood —le explicó mirándolo a los ojos evaluando su reacción.

—¿Quiere que traicione a mi país? ¿A mi rey? —exclamó Warren levantándose de golpe con la frente perlada de sudor.

—Usted quiere vengarse de su padre y yo le ofrezco la posibilidad de hacerlo. ¿Qué mejor venganza que traicionar y deshonorar todo por lo que él luchó? Acabar con su nombre, con su linaje, llevar su odio hasta sus últimas consecuencias, además, lord Wedgwood nunca tuvo intención de nombrarle su heredero.

Warren vio, sin salir de su estupor, como Bourgeois se levantaba e iba hasta una mesa cercana para recoger un documento arrugado que el hombrecillo le entregó sin más ceremonias. Temiendo lo que podría encontrar escrito en aquel papel, no apartó la mirada de Fouché, que alzó la barbilla sonriente.

—Adelante —le dijo instándole a leer.

Warren empezó a leer el texto y con un gemido ahogado, se dejó caer de nuevo en el sillón mientras las letras bailaban delante de sus ojos.

—Necesito una respuesta —insistió el francés.

—¡Sí, maldita sea! Lo haré, por Dios que lo haré —exclamó sintiendo como su furia se renovaba y fijando los ojos en los de Fouché.

Por un momento, los ojos del francés brillaron con tanta maldad que Warren dio un paso involuntario hacia atrás, creyendo haber visto al mismo demonio en ellos.

—Llévatelo —le dijo a su subordinado sin dirigirle una última mirada.

Confundido por lo que acababa de pasar, apenas se dio cuenta de que Bourgeois le daba un golpe desde atrás y lo dejaba inconsciente en el suelo.

Un par de horas más tarde se despertó con un fuerte dolor de cabeza, con las manos atadas a la espalda y el cuerpo medio tumbado sobre el asiento de lo que parecía un carruaje. Emitió un quejido cuando intentó incorporarse y sintió el movimiento del vehículo al subirse alguien en la cabina donde se encontraba. Sintió el frío del acero contra su piel e intentó apartarse, pero una mano firme se lo impidió, desatando las sogas que lo aprisionaban.

Parpadeó para aclararse la vista y se masajeó las muñecas con un ademán furioso antes de hablar.

—Esto no era necesario —dijo con la voz cargada de ira.

—Monsieur, cualquier precaución es poca —replicó el francés con una sonrisa burlona—. Le están esperando, querrán ponerlo a prueba, comprobar hasta qué punto está comprometido con la causa. Le sugiero que sea prudente, una vez que entre ahí, no habrá escapatoria posible... solo la muerte.

El joven marqués le miró con soberbia y se bajó del coche colocándose bien la capa oscura para abrigarse. Todavía no había empezado a nevar, pero la noche era fría y el viento helado. No reconoció el edificio abandonado que tenía delante, no salía luz del interior y no se veían otros vehículos o caballos en los alrededores. El silencio era sobrecogedor, solo roto por el ulular de los búhos y el ruido de las ramas que se mecían por la brisa.

Sería su primer encuentro con aquellos hombres, lores, comerciantes y diversos aristócratas, traidores a la corona todos ellos igual que él también lo sería a partir de esa noche.

Durante un segundo sintió una leve punzada de remordimiento que ahogó de inmediato. Su padre, aquel al que le había dado todo su respeto y admiración y que le había dado la peor puñalada que jamás habría esperado, se revolvería en su tumba si supiera lo que estaba a punto de hacer. Ya no le importaba nada, solo quería vengarse y utilizaría cualquier método para hacerlo.

Sintiendo un escalofrío, comenzó a andar hacia la entrada con paso ligero. Sorprendido, se paró en seco al escuchar como el coche se ponía en movimiento.

—¡Espere! ¿Es que no pretende entrar? ¿Va a abandonarme aquí?

—Yo soy la sombra, monsieur Wedgwood —explicó sonriendo de nuevo al ver la mueca que el lord esbozaba ante la omisión de su título—. Me verá cuando sea necesario. Buena suerte.

Warren observó como el coche se alejaba y, disimulando el mal humor que le provocaba aquel maldito hombre, llegó a la enorme puerta de madera agrietada, la cual empujó sin ninguna ceremonia. El hall estaba desierto y la visibilidad era escasa, dio una vuelta sobre sí mismo pensando que aquel bastardo le había engañado cuando vio un atisbo de luz al final de un estrecho corredor, este nacía detrás de las escaleras y anduvo hacia allí como hipnotizado por aquel resplandor amarillento que tintineaba a lo largo de las paredes. El olor a humedad le sobrevino de repente haciendo que arrugara la nariz con desagrado. Se detuvo delante de una puerta de doble hoja y pegó la cara sobre la superficie lisa, pero solo se escuchaban murmullos masculinos.

Estaba a punto de entrar en aquella estancia cuando sintió el filo de un puñal en la base de la nuca. No se movió ni respiró mientras una gota de sudor resbalaba por su sien.

—Espero que sepas dónde te estás metiendo... Wedgwood. ¡Por Francia y Napoleón!

—Por Francia y Napoleón —murmuró mirando por primera vez al hombre situado a su espalda.

Seinfeld rio sonoramente y le dio una palmada entre los omoplatos. Le cogió con firmeza del cuello en una clara advertencia de superioridad física, y abrió la puerta con energía provocando que los hombres allí reunidos los miraran con curiosidad.

—Bienvenido a la Hermandad, muchacho, espero que tengas algo con lo que pagar tu ingreso.

El conde sonrió enseñando algunos dientes picados antes de darle un empujón hacia el centro de la extensa nave para empezar su iniciación.

Hizo un leve movimiento con los hombros, queriendo sacudirse el malestar que le producía estar de nuevo en Inglaterra. Había aceptado su nueva situación, su nueva vida en Calais ejerciendo de correo para la cúpula

y nunca le había dejado lugar al arrepentimiento o a los remordimientos. Con el paso de los años su odio, en lugar de menguar, había crecido, ya no solo hacia su padre, sino hacia el régimen absolutista del rey; había abrazado la ideología de Napoleón como propia, era un converso por principios, no obligado por las circunstancias.

Pero ahora tenía otros problemas a los que enfrentarse, empezando por los asistentes a la reunión cuyas voces y risas le llegaban conforme iba bajando las escaleras y se acercaba al gran salón.

Respiró profundamente antes de abrir las dos pesadas puertas de roble y entrar en la habitación. Sus ojos, cubiertos por aquella horrible máscara, se abrieron de par en par asombrados por la ostentación y decadencia que veía. Era todo tan esencialmente francés que no pudo evitar esbozar una sonrisa que quedó oculta tras la máscara: delicadas sedas, bordados de oro, finos encajes y máscaras venecianas de toda índole. La mayoría de los hombres parecían alfeñiques mientras que las mujeres... distaban mucho de las elegantes cortesanas de París. La música se oía por toda la estancia y las mesas estaban llenas de bandejas rebosantes de comida, algunos hombres jugaban a los naipes o hacían apuestas o subastas mientras las prostitutas, casi desnudas, jugaban con su cuerpo sin ningún pudor frente a los ojos de quien quisiera mirar.

Warren avanzó sin detener el paso cada vez más enfadado. Con un rugido de rabia volvió hacia atrás y abrió las puertas con tanto ímpetu que ambas hojas golpearon la pared con un ruido ensordecedor provocando que todos los allí presentes le mirasen sobresaltados.

Avanzó sin detener el paso hacia la plataforma elevada situada al final del salón mientras se abría un pasillo frente a él de hombres y rameras que cuchicheaban con curiosidad sobre su identidad. Subió a la tribuna y guardó silencio durante unos minutos para aumentar la expectación.

—Queridas señoras, sus inestimables servicios no serán necesarios esta noche. Por favor, márchense —proclamó mientras algunos caballeros comenzaban a protestar y las mujeres abandonaban el salón entre lamentos y gritos de descontento.

—¡Silencio! —gritó con rabia—. Deberían sentirse avergonzados. La Hermandad fue creada por un propósito, la hegemonía de nuestro general y lamento comprobar cómo se ha desvirtuado tan noble misión. El mandato del conde Seindfield ha sido nefasto, baste decir que la cúpula está muy disgustada por el cariz que ha tomado esta delegación. El mismo Joseph

Fouché me ha enviado para enmendar la situación y voy a empezar desde este instante.

Warren se quitó la máscara dejando al descubierto su rostro. Una exclamación ahogada recorrió el salón y algunos hombres se removieron inquietos al reconocerlo, mientras que otros desconocían su identidad y lo miraban con desconfianza. Warren no se inmutó. Había ido hasta allí con un claro objetivo y pensaba cumplirlo. No le daría motivos a Fouché para alimentar su desconfianza, ese bastardo francés era inteligente y taimado como el que más, mediante diferentes argucias había convencido a Napoleón de convertir el consulado en un imperio hereditario y así evitar las posibles conspiraciones para cambiar el régimen mediante su asesinato. Haría cualquier cosa para consolidar su puesto y salvar su pérfido cuello.

—¡Wedgwood! Estabas muerto.

—Obviamente no es así —comentó con sarcasmo mientras hacía una ligera reverencia.

—¿Dices que Fouché te ha enviado, al que llaman el sanguinario de Lyon? No es posible. Desde la conspiración del general Pichegru contra el Primer Cónsul, no goza del privilegio de Napoleón.

—Eso ha cambiado, pronto Fouché recuperará el Ministerio de la Policía. ¡Hermanos, he de anunciaros buenas nuevas! En unas pocas semanas, nuestro general se proclamará emperador de Francia. Despojaos de vuestras máscaras. Es hora de salir a la luz.

Con asombro y desconcierto algunos siguieron su ejemplo y se quitaron las máscaras hasta que poco a poco todos los asistentes, entre el temor y la devoción, revelaron su cara entre vítores a favor del corso. Pronto reunirían lo acordado y la flota francesa junto a sus aliados españoles derrotarían a la marina inglesa en el canal dando paso a un nuevo orden en Inglaterra.

Capítulo 11



Violet sujetaba la taza de té a escasos centímetros de sus labios, concentrada en Sarah y Arianna que jugaban como dos chiquillas con un boliche de madera en la amplia terraza de la salita azul. Miró de reojo a su sobrino, que se había unido a ellas hacía diez escasos minutos y frunció el ceño al verlo sonreír cada vez que su esposa lo hacía. No dudaba de que la rocambolesca historia del convento fuese cierta, pero aun así había algo en aquel matrimonio precipitado y en secreto que le disgustaba, y no era solo por las ropas que aquella joven prefería llevar a pesar de que la costurera ya había entregado varios vestidos más que apropiados, o que malgastase el tiempo con las manos hundidas en la tierra y llenas de arañazos, o que no se comportase con el suficiente decoro en presencia de Arianna.

Depositó la taza sobre el platillo con demasiada fuerza llamando la atención de James, que la miró con indolencia, estirando las piernas para cruzarlas a la altura de los tobillos. Desde que todos los invitados habían abandonado su casa a lo largo de la mañana se encontraba de mucho mejor humor.

—Pensaba que no nos honraría con su presencia tras el baile. ¿Ha decidido ya cuando regresa a Londres, tía?

La anciana apretó los labios sin contestar y dejó el platillo sobre la mesa antes de cruzar las manos sobre el regazo para mirarlo con severidad.

—¿Te parece apropiado el comportamiento de tu esposa?

Él enarcó las cejas y observó a Sarah sin poder evitar dibujar una sonrisa. Parecía relajada, feliz y, no entendía por qué, pero le resultaba gratificante verla así.

—¿No debería parecérmelo? —preguntó a su vez.

—¡Por el amor de Dios, James! ¡Mírala! Parece una niña, no una duquesa. No quiero ni pensar en lo que sucedería si la llevases a Londres, los rumores la destrozarían en menos de una semana.

—La pantomima que organizó anoche salió bien, ¿acaso no lo cree así? Sarah estuvo deslumbrante, parecía una reina, hasta usted se sorprendió al verla. Fue educada, cortés y encantadora.

—Tal vez su belleza pueda suplir los defectos de su formación —claudicó no sin cierta aspereza—, pero reconocerás que su conversación es insulsa, contesta con monosílabos y nunca interviene a no ser que se le pregunte directamente. Eso solo demuestra un carácter débil, James.

—Le aseguro que Sarah es cualquier cosa menos débil, es decidida y valiente, a pocos hombres he conocido que puedan hacer gala de una fortaleza similar. Y al contrario que usted, encuentro su conversación de lo más estimulante —replicó con los dientes apretados, harto de tener que defender su matrimonio con Sarah.

La mujer frunció aún más los labios, nada dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Y supongo que estás completamente seguro de que es quién dice ser, ¿no?

—Creía que ya habíamos mantenido esta conversación. Además, varias personas dieron fe del parecido con su madre, lady Wedgwood —zanjó el tema levantándose con agilidad.

—Estoy preocupada por Arianna. Coincidirás conmigo en que es muy extraño que la única heredera de Wedgwood, cuyo patrimonio se apropió la corona tras no aparecer nadie para reclamarlo, haya aparecido tan de repente y que se haya unido a la estirpe más prestigiosa de Inglaterra. Si es una impostora, podría hacerle mucho daño a Arianna, truncar su futuro con malos consejos o con actitudes inapropiadas. Por favor, James, envíala a alguna escuela para señoritas, hay algunas regentadas por verdaderas damas que podrían educarla de manera conveniente...

—Sarah no apareció de repente, yo la encontré, recluida en un lugar horrible durante años, condenada a una vida miserable que habría podido envilecer al más puro de los corazones, pero no a ella. Ari no podría tener en su vida a mejor ejemplo y por nada del mundo la enviaré lejos para que cambien su alegría de vivir por un modelo de conducta como el de usted.

James se alejó con pasos gigantes sintiendo como la sangre le hervía de furia. Su tía permaneció impassible, con la mirada clavada en Sarah. Su

sobrino hablaba como un hombre enamorado, sin embargo, sospechaba que tras ese matrimonio había mucho más.



Con una mueca, Sarah observó como Arianna montaba el bayo de ojos vivos e inteligentes como una amazona nacida para hacer justamente eso. Ella jamás podría montar con tal gracia y soltura puesto que los caballos siempre le habían dado un pánico irracional, de hecho, esa era la primera vez que se había atrevido a aventurarse en las caballerizas desde su llegada a Meadow Manor. La niña había insistido tanto en que la acompañara a su clase de equitación diaria, que no había podido negarse, pero ya hacía rato que debería haber vuelto al trabajo. Quería concluir uno de los experimentos de lord Rutherford, la creación de una nueva especie de rosa que le había consumido gran parte de su vida, y que ella deseaba poder llevar a buen término como regalo a sus hijos.

Sintió un cosquilleo en la nuca y se giró hacia el comienzo del bosque, pero allí no había nada. Entrecerró los ojos fijando la mirada en un punto en el interior de la oscuridad, pero después sacudió la cabeza avergonzada de sí misma. Por un leve segundo había sentido la mirada de alguien sobre ella. Se sobresaltó al escuchar el sonido de cascos de caballo acercándose por detrás. Se detuvo, apartándose del camino, aunque extrañamente el jinete aminoró el paso hasta detenerse por completo al alcanzarla.

James apenas pudo articular palabra al verla de pie en el camino. Esa tarde llevaba un sencillo vestido de algodón en tonos rosados con lacitos en las mangas abombadas y en la parte baja del busto y se abrigaba con un chal de cachemira que sujetaba con ambas manos bajo la barbilla. Lo miraba con sus enormes ojos violeta sorprendidos, tan hermosa que por un momento pensó que era un hada del bosque al ver las diminutas flores adornando las trenzas de su peinado. Le entraron unas ganas locas de agarrarla por la cintura y llevársela en volandas. Comenzó a sonreír con la idea y, con un guiño travieso, hizo exactamente lo que quería provocando un grito ahogado en ella. Azuzó al caballo aumentando la velocidad del galope mientras una incontenible carcajada subía por su garganta y Sarah se sujetaba a sus

antebrazos muerta de miedo.

—Siéntelo —le susurró él en el oído.

Era fácil de decir. Sarah no se había subido a un caballo en toda su vida, notaba los potentes músculos del animal debajo de su cuerpo y los brazos de acero de James rodeándola por la cintura. Apretó los ojos con fuerza mientras la brisa le acariciaba el rostro y escuchaba las risas de su esposo junto a su oreja. Sin querer fue relajándose mientras el caballo se acercaba a la casa, descansó la cabeza sobre el pecho de James y abrió los ojos. Estaba a punto de poner una sonrisa en sus labios cuando el caballo se paró abruptamente y llegaron al final del paseo. Él desmontó de un salto, ayudándola a continuación y esbozando una sonrisa satisfecha mientras acariciaba los lomos de Black Sue.

—Adoro a este animal.

Se giró sonriendo hacia ella, que lo miraba con una expresión extraña, las cejas levemente fruncidas y una mirada tan cálida que James se perdió en ella. Casi sin percatarse de lo que hacía la sujetó de la cintura y la acercó a él para besarla provocando un tumulto de emociones en ella.

Sarah abrió los ojos como platos mientras James la besaba con una suavidad que jamás habría creído posible; no la asaltaba, no la forzaba y los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar que su vida habría sido muy diferente si sus caminos se hubieran cruzado mucho antes, en otra vida. Su aliento la acariciaba erizándole la piel y sus labios se movían sobre los de ella con tanta ternura que sintió como el calor le subía lentamente desde la punta de los pies. Entreabrió los labios dejando escapar un suspiro y, cuando estaba casi al borde de la rendición, él se apartó.

James dio un paso hacia atrás sin dejar de mirarla. Tenía el rostro ruborizado y le temblaban las manos, no sabía si se sentiría igual que él, con el corazón bombeándole a mil por hora. La expresión de ella fue cambiando poco a poco hasta quedarse blanca como el papel, negó con la cabeza y comenzó a caminar hacia atrás, queriendo alejarse lo máximo posible de él.

—Sarah...

—Te... tengo que volver al trabajo —dijo apresuradamente antes de echar a correr hacia el invernadero.

—¡Sarah, espera!

Ella no le respondió, siguió corriendo, trastabillando con sus propios pies sin ver por dónde iba debido a que las lágrimas le dificultaban la visión. Entró en el invernadero, rogando para que él no la hubiera seguido. ¡Se sentía

tan confusa! Lo único que había sentido siempre bajo el contacto de un hombre era dolor y repugnancia, pero nada de eso era comparable a lo que su esposo había despertado en ella. Cerró la puerta, aún temblorosa, pensando que tal vez un poco de trabajo la distraería. Se encaminó hacia el fondo del edificio, donde tenía su propio laboratorio de pruebas mientras recogía el delantal y los guantes durante el trayecto.

—¿Cuánto tiempo piensas continuar con esta farsa?

James se giró rápidamente para ver a su tía detrás de él mirándolo con atención con sus pequeños ojos inteligentes.

—No entiendo qué quiere decir —contestó dándole la espalda para tomar de nuevo las riendas del caballo.

—No creas que porque sea vieja no entiendo de esas cosas, muchacho. No sois un matrimonio de verdad, cualquiera puede verlo —refunfuñó antes de entrar de nuevo en la casa.

Él suspiró antes de subirse al caballo y elevó la cara hacia el sol para sentir los rayos en el rostro. Tía Violet sí tenía razón en una cosa, ya no se conformaba con ese falso matrimonio de palabra, quería más, aunque no sabía cómo proponérselo a Sarah sin provocar que ella huyera despavorida con la idea.

Warren se internó en el bosque con el odio reflejado en su semblante. Desde que había escuchado los rumores de la boda de Rutherford con su hermana, ardía en deseos de comprobarlo por sí mismo, y ahora que la había visto su furia era tan grande que apenas podía controlar las ganas de gritar de rabia.

Seindfield se había encaprichado nada más verla y vio en él una salida perfecta para deshacerse de ella para siempre, pero ese bastardo no había cumplido con su parte del trato: a cambio de quedarse con Sarah, se encargaría de dirigir la Hermandad, pero nada había sucedido según lo previsto. Sarah seguía viva y la Hermandad era un completo desastre. Se arrebujó en el abrigo viejo y raído que usaba para pasar desapercibido en el pueblo, aunque no debería quedarse mucho más tiempo, en lugares tan pequeños los extraños generaban desconfianza con mucha facilidad. La rutina de Sarah era milimétrica, un par de días más y muy pronto todo aquello acabaría.



Se despertó lentamente, con la cabeza abotargada y la boca seca. Miró a su alrededor, asustada al no reconocer la habitación, y se sobresaltó al escuchar el tintineo de cadenas a su alrededor. Un grito se atascó en su garganta al comprobar que el ruido de cadenas provenía de ella; las tenía por todo el cuerpo, desde el cuello hasta las muñecas y los tobillos. Solo podía separar las extremidades unos treinta centímetros y cuando quiso deshacerse del grueso grillete que tenía en el cuello, vio que eran de oro.

Volvió a mirar a su alrededor con los ojos dilatados de miedo, notaba algo extraño en la cara que le impedía ver con claridad y un escalofrío le recorrió la columna vertebral cuando vio que iba semidesnuda con un ligero camisón de gasa que apenas la cubría. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí, pero de lo que sí estaba convencida era que el animal de su marido quería jugar con ella.

Tiró de las cadenas hasta sangrar sabiendo que sus gritos no serían escuchados. Solo quería salir de allí, aterrada por lo que pudiera sucederle. Se detuvo cuando alguien abrió la puerta y tiró dentro a una muchacha que no era más que una niña. El hombre llevaba una máscara que le cubría la mitad del rostro, por eso pudo ver la sonrisa malvada que lucía al mirarla. Se lamió el labio superior al posar la vista sobre su cuerpo, aunque sus ojos se desviaban hacia la niña una y otra vez sin ocultar el objeto de su deseo. Se marchó casi de inmediato sin decir una palabra y la niña comenzó a llorar con un desconsuelo desgarrador. Tenía la ropa hecha jirones y sangre seca en las pantorrillas. Sarah desvió la mirada, temblorosa, queriendo olvidar dónde estaba y por qué.

—Ayúdame... por favor... ayúdame...

Cerró los ojos y se tapó los oídos acurrucándose en el suelo. Aquello solo era una pesadilla... Una pesadilla...

James entró como un huracán en la habitación de al lado, destrozando la puerta que unía ambos dormitorios sin ningún remordimiento. Llevaba un rato escuchándola murmurar en sueños mientras daba vueltas en la cama

intentando conciliar un sueño que se obstinaba en no aparecer. No había dejado de recordar el beso de esa mañana durante todo el día, el cual se le había hecho especialmente largo esperando con ansia que llegara la hora de su cita en la biblioteca, pero ella no había aparecido ni siquiera durante la cena. Le estaba evitando y lo entendía, había roto su promesa y no sabía qué hacer para recuperar el fino hilo de su confianza.

El vello se le erizó al escuchar el primer grito y no había dudado ni un segundo en ir hasta ella, aunque para conseguirlo tuviera que atravesar un muro.

Estaba sentada en la cama con el rostro empapado en sudor y la mirada perdida mientras violentos temblores sacudían su cuerpo haciendo que le castañearan los dientes. Se acercó a ella queriendo consolarla, pero en cuanto ella notó su contacto comenzó a golpearle con fuerza queriendo desasirse.

—Tranquila... soy yo... soy James. Nadie te hará daño —le dijo sujetándole las manos intentando tranquilizarla, hasta que al fin ella le reconoció y dejó de luchar contra él.

Se echó a llorar apoyando la cabeza sobre su pecho y agarrándole la camisa con fuerza, respirando grandes bocanadas al sentir que se ahogaba.

—No pude ayudarla... no pude... No era mayor que Ari... pero ¿cómo podría haberlo hecho? Yo también estaba prisionera... Si tan solo la hubiera escuchado... pero no lo hice... no lo hice... Dios mío, ¡perdóname!

Sus sollozos eran desgarradores y apenas entendía sus palabras, pero James siguió abrazándola con fuerza. ¡La sentía tan pequeña! Solo con sus brazos podía cubrirla por completo y dejándose llevar apoyó su rostro sobre su pelo con los ojos cerrados queriendo absorber su dolor y protegerla con su propia vida si era necesario.

—Schhh... ya no puede hacerte daño. Seinfeld está muerto.

—¡No! —exclamó levantando la cabeza de repente y mirándolo con los ojos abiertos mientras le agarraba de la pechera de la camisa—. Ellos no... siguen ahí y matarán a quien sea para ocultar su secreto.

El corazón de James dio un vuelco y la sujetó de los hombros para que enfocara su mirada sobre él.

—¿De quiénes estás hablando?

Sarah negó con la cabeza, aterrorizada. Le soltó y miró a su alrededor por fin consciente de dónde estaba y con quién, se alejó de él y se cubrió con las mantas de la cama.

—Contéstame, Sarah.

—No puedo, por favor no me lo pidas...

—¿Por qué? ¿A quién quieres proteger? ¿Qué le debes a la Hermandad para guardar su secreto con tanto celo? —la hostigó.

Ella lo miró boquiabierta ahogando una exclamación sin poder apartar los ojos de los suyos, completamente atrapada bajo su influjo. Sentía que James podía ver el interior de su alma pero en cambio ella no podía ver la suya. Volvía a mostrar esa máscara distante que ocultaba sus pensamientos y sentimientos, pero no era posible que él fuera uno de ellos, ella lo habría sabido. De repente una idea cruzó su mente y con los ojos llenos de lágrimas logró esbozar una leve sonrisa.

—Por eso insistió tanto en este matrimonio, ¿no es cierto, milord?

James se enderezó apretando los dientes y cuadrando la mandíbula. Se levantó de la cama y, cogiendo la silla del tocador, se acercó a ella y se sentó echando el cuerpo hacia delante y apoyando los codos en las rodillas.

—Los motivos que me impulsaron a pedirte matrimonio no tienen importancia —replicó intentando mantener un tono de voz neutro, pero molesto porque ella hubiera vuelto al tratamiento formal para dirigirse a él.

—Debió pensar que era una criatura insignificante y estúpida —susurró agachando la cabeza hasta tocar con la barbilla su propio pecho.

—¡Jamás he pensado nada parecido! —exclamó estupefacto por el derrotero que estaban tomando sus pensamientos.

—¿Por qué no? Yo lo he hecho en múltiples ocasiones. También debió pensarlo mi esposo cuando no dudó un solo instante en llevarme con él a esas reuniones. Lo cierto es que jamás me hizo prometer que no diría nada sobre ellos, sabía que le tenía tanto miedo que no era necesario. Desde el primer momento en el que Warren me dejó con él quise proteger el legado de mis padres ocultando mi nombre, no quería que nadie supiera lo que Warren había hecho, pero ¿de qué ha servido? Soy la última descendiente de los Wedgwood y ya lo sabe todo el mundo.

—Nadie sabe que estuviste casada con Seinfeld y nadie, nunca, tendrá motivo alguno para relacionarte con él. ¿Estás segura de que Warren ha muerto?

Sarah se encogió de hombros con inseguridad antes de responder.

—No lo sé. Jamás he vuelto a verlo, ni siquiera con la Hermandad.

—Háblame de ellos —le pidió.

—¿Por qué? —le preguntó irguiéndose en la cama, levantando el mentón con orgullo.

—¿Cómo dices? —le preguntó James sorprendido por esa repentina actitud desafiante.

—¿Por qué quiere que le hable sobre ellos? ¿Qué interés puede tener el duque de Rutherford en un grupo de traidores? —le exigió mirándolo con franqueza, demostrándole con su osadía que si no obtenía una respuesta adecuada, él tampoco obtendría las suyas.

James le sostuvo la mirada durante un momento, en cierto modo sorprendido. Era obvio que a ella le costaba un gran esfuerzo demostrar tal valentía y no parecer el ratón asustado con el que había convivido esas últimas semanas. Sonrió para sí, su transformación había sido paulatina, desde aquella mañana en la que se enfrentó a tía Violet sin titubear. Se preguntó si ella era consciente de ese cambio y se relajó en la silla apoyándose en el respaldo del asiento. Nunca pensó que Sarah fuera una criatura estúpida, pero quizá sí había infravalorado su inteligencia, y se prometió que a partir de ese momento actuaría con toda la franqueza posible.

—Es mi trabajo. Soy un espía de la corona —le explicó sin inmutarse.

Ella le miró de nuevo antes de bajar la mirada y recoger las piernas bajo el cuerpo para sentarse sobre las almohadas de su cama. No le sorprendía, era el hombre de mirada impenetrable, estaba segura de que habría finalizado con éxito cientos de misiones para el rey. Suspiró con pesar al comprender que su idílica existencia en aquella casa había llegado a su fin y se tragó las lágrimas de impotencia, ya no tenía nada que perder.

—La primera vez que me llevó con él aún no habían pasado ni diez meses desde nuestra boda. No recuerdo como llegué allí, simplemente me desperté en una habitación oscura, sola y encadenada. —Se miró las manos recordando los espantosos grilletes que había llevado en más de una ocasión—. Eran cadenas de oro, al principio me sorprendió, porque, aunque a George le gustaba maltratarme de diversas maneras, jamás había utilizado algo así. También llevaba puesta una máscara en el rostro. Al parecer era algo habitual, puesto que todas las personas a las que vi las llevaban de mayor o menor tamaño. Siempre empezaban con la misma consigna de exaltación hacia Napoleón y el imperio francés. Querían que al igual que sucedió en Francia, en Inglaterra también se levantara una insurrección hacia el régimen autoritario del rey: el poder del pueblo y para el pueblo. —Sarah suspiró y cerró los ojos no queriendo volver a recordar nada de lo que vio allí—. No sé cuánto tiempo estuve en aquel lugar pero un hombre entró en la habitación arrastrando a una niña con él. Yo... era obvio que la habían... la habían...

—Está bien, continúa —le dijo James viendo que era incapaz de decirlo en voz alta.

Ella asintió agradecida y se acurrucó aún más entre las mantas. Tenía frío pero ni todas las mantas del mundo podrían atenuarlo, y sorprendentemente añoró el cuerpo grande y caliente de James junto a ella.

—Lloraba y me pedía ayuda y yo no... no hice nada...

—Tú misma has dicho que estabas encadenada, ¿qué podrías haber hecho? —le dijo con comprensión, deseando estar a su lado y abrazarla, pero creyendo que no sería bien recibido, se mantuvo apartado, sentado en la austera silla.

—No lo sé, cualquier cosa excepto quedarme allí ciega y sorda a su sufrimiento, más cuando yo misma viví el mismo horror, la misma humillación. Jamás podré olvidarlo. Jamás —dijo sin ocultar la rabia y el dolor.

—Sarah...

—Ese hombre era el del baile. Lord Alberts. Siempre le traían niñas, no mayores que Arianna. Ese animal les arrebatava todo y no le importaba, siempre ansiaba más, nunca tenía suficiente. Ojalá el todopoderoso sea justo y lo envíe al infierno.

James se pasó una mano por la barbilla mordiéndose la lengua. Era mejor que aún no supiera qué había sido de la suerte de Alberts, al menos hasta que consiguiera arrancarle una respuesta que le fuera útil. Ese bastardo estaba aguantando más de lo que había creído posible, pero después de todo lo que le estaba contando Sarah, dudaba de que llegara vivo a Newgate.

—¿Quién más asistía, Sarah? ¿Dónde eran las reuniones?

—No lo sé. Ya le he dicho que todas las personas que vi tenían el rostro cubierto por máscaras, al menos los caballeros. Las prostitutas apenas iban cubiertas con nada, mucho menos la cara. Las servían, desnudas, sobre las mesas junto a la comida, como si ellas fueran un plato succulento del que probar un bocado. ¡Era todo tan obsceno! Tenía la sensación de que la guerra a favor de Napoleón solo era una excusa para reunirse y compartir sus más bajos apetitos.

—¿Y cuál era tu papel en todo esto, Sarah? —le preguntó con suavidad, temiendo conocer a respuesta.

Ella sonrió con una sonrisa carente de humor y sus ojos brillaron como las amatistas antes de responder.

—Yo era el premio.

James contrajo los músculos del cuello en un gesto involuntario y la expresión furiosa de su cara se hizo tan patente que Sarah se echó hacia atrás intentando alejarse todo lo posible de él.

—Explícate —le ordenó con la voz fría como el hielo.

—Era su método favorito para recaudar dinero para los franceses. Le encantaban los juegos siempre que él fuera el ganador, sobre todo las subastas; las había de todo tipo, desde joyas, caballos y... yo.

James se levantó con tanto ímpetu que la silla se volcó hacia atrás mientras apretaba y relajaba los puños deseando tener a todos aquellos bastardos entre sus manos y matarlos poco a poco.

—¿Ese maldito hijo de perra te subastaba? —explotó al imaginarse a su pequeña y delicada esposa desnuda frente a todos aquellos infames que no dudarían en tomar lo que quisieran de ella.

—Él jamás habría permitido que otro hombre me tocara, yo era su propiedad, no dejaba de repetirlo una y otra vez, pero eso no le impedía exhibirme como si yo fuese un trofeo del que le gustaba presumir. Eso es lo que soy —siguió diciendo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas que no podía retener—. No soy la hija perdida de los Wedgwood, ni la duquesa de Rutherford, solo soy una vulgar prostituta.

—¡Jamás vuelvas a decir algo así! —exclamó James acercándose tan rápidamente que ella apenas tuvo tiempo de moverse antes de que la cogiera de la cintura y la alzara hasta que sus ojos quedaron frente a frente—. No fue culpa tuya, ¡por el amor de Dios!

—¡Así es como me siento! —gritó llorando abiertamente sin poder controlar su sufrimiento—. Pasé ocho años viviendo un infierno, quise quitarme la vida infinidad de veces pero tenía miedo. Miedo de vivir, miedo de morir. Esa es toda la verdad así que, dígame, milord, ¿qué va a hacer conmigo ahora? Supongo que su plan original era abandonarme después de que yo le hablara de la Hermandad, ¿no es así? Me ofreció una libertad efímera, me mintió —le acusó apartando la mirada.

—Sarah, no voy a abandonarte —le aseguró dulcificando la voz mientras la soltaba lentamente haciéndola resbalar a lo largo de su cuerpo. Quería besarla, demostrarle que no todos los hombres eran unos animales, enseñarle lo maravillosa que era la intimidad entre un hombre y una mujer. Comenzó a bajar la cabeza con la intención de volver a saborearla igual que esa mañana, pero ella se apartó dejándolo frustrado e inseguro. Se alejó de ella, observándola, cada vez más convencido de que ese

matrimonio podría funcionar si ella tenía la valentía necesaria para dejar atrás el pasado.

—¿Ves esa puerta? —le preguntó señalando el montón de madera que separaba ambos dormitorios—. Sé que te hice una promesa, pero ahora quiero romperla.

Ella levantó la cabeza como impulsada por un resorte y lo miró con los ojos abiertos de par en par mientras el pecho le subía y bajaba con una velocidad asombrosa.

—Podemos empezar de nuevo, si tú quieres. Jamás te obligaría a nada que no quisieras, es tú decisión mantener esa puerta abierta o no. Si estás dispuesta a olvidar, ¡podría enseñarte tantas cosas, Sarah! Por favor, piénsalo.

James abandonó la habitación sin decir nada más, dejándola estupefacta y con los nervios a flor de piel. ¿Convertir su matrimonio en algo real? Se dejó caer sobre la cama con la mirada fija en la puerta que había señalado. La había derribado de un golpe, igual que aquella vez que la salvó de las garras del nuevo conde Seindfield. Había visto la violencia de la que era capaz, había vislumbrado la furiosa tormenta que se escondía tras su mirada, pero jamás había ejercido esa fuerza contra ella. Siempre había sido amable y delicado al dirigirse a su persona, pero eso no significaba nada.

Ojalá fuera distinta, desearía no tener tanto miedo, tener la capacidad de entregarse sin temores, pero por desgracia no lo era. Solo era Sarah, una jardinera con el alma rota.

Se tapó la cara con ambas manos y lloró.

James entró como un huracán en el cobertizo sin molestarse en cubrirse el rostro para que Alberts no le reconociera. Estaba furioso. En cualquier otra circunstancia habría cabalgado hasta caer rendido, pero ese día no. Quería matar a alguien y el vizconde era el candidato perfecto. Aún era noche cerrada, pero el resplandor de la luna era suficiente para ver el cuerpo sucio del hombre acurrucado en un rincón. Apretó los dientes y se acercó a él para darle una patada en las costillas y despertarlo. Con una exclamación de dolor, Alberts abrió los ojos e intentó enfocar la mirada en su atacante. Ya no le sorprendían esas visitas inesperadas que nada lograban, pero esta vez observó a James con verdadero desconcierto. Comenzó a esbozar una mueca y se incorporó a medias apoyando la espalda en la pared de madera para mirarlo mejor.

—Rutherford. Debí imaginarlo.

—¿Dónde está Wedgwood? —le preguntó agarrándolo de la pechera y levantándolo en peso con el rostro muy pegado al suyo.

—Está muerto —contestó entre carraspeos.

—Mientes.

Le propinó un puñetazo que le rompió la nariz y lo soltó con fuerza haciendo que se golpeará la cabeza contra la pared. Las oleadas de dolor le provocaron náuseas y se dobló sobre sí mismo para devolver el poco alimento que había ingerido en las últimas horas.

—¿Dónde está Wedgwood? —volvió a preguntar.

—Muerto... —murmuró limpiándose la boca con el dorso de la mano.

James volvió a golpearle en la cara rompiéndole la mandíbula y varias muelas. Estaba tan fuera de sí que no le importaba matarlo a golpes. Se separó de él con la respiración agitada y los nudillos desgarrados, tenía salpicaduras de sangre en la camisa y el cuello pero no le importaba. No podía dejar de pensar en aquellas niñas a las que les había arruinado la vida, podía ver a Ari entre ellas y la cólera volvió a nublarle la mente al imaginarse a Sarah expuesta ante aquellos bastardos, como si no valiera nada, como si solo fuese un despojo que merecía aquella humillación.

—¿Dónde está Wedgwood? —le gritó zarandeándolo sin piedad.

Alberts abrió un ojo medio hinchado y esbozó una sonrisa ensangrentada. Escupió sangre antes de hablar en susurros y se agarró a los antebrazos de James para acercarse a su oído.

—Sabía que era ella... Nunca he visto unos ojos como esos, inolvidables... Es una mujer deliciosa... George supo aprovecharla bien...

Con un gruñido de rabia, James le pegó tan fuerte junto a la oreja que Alberts cayó inconsciente de inmediato. Lo dejó caer de nuevo al rincón y gritó lleno de ira deseando volver a tener a Seindfield enfrente de él y hacerle pagar por todo lo que había hecho.

Salió de la choza dando un portazo tal que la madera de alrededor crujió de manera alarmante, el vizconde estaba siendo un callejón sin salida y no sabía qué camino tomar. Creía a Sarah cuando dijo que no sabía quiénes eran los miembros de la Hermandad, tal vez Cromwell tuviera más suerte en Londres, mientras tanto volvería a la casa y se curaría la mano herida que le escocía como el demonio. Todo lo demás tendría que esperar.

Capítulo 12



Sarah se agachó junto a un parterre de rosas silvestres y comenzó a escarbar en el suelo en busca de semillas. Creía que había algunos fallos en los experimentos de lord Rutherford y si era capaz de solventarlos el resultado sería magnífico.

Había salido temprano por la mañana hacia la zona del lago, donde el señor Miller le había aconsejado mirar y estaba disfrutando de un día maravilloso. Le habría gustado compartirlo con Arianna, pero esta estaba ocupada con sus clases de aritmética y geografía y no había querido interrumpirla. Le enorgullecía que James se tomara tantas molestias en educar a su hermana, algo inútil para la aristocracia, que consideraba a las mujeres como meros adornos para los hombres. Ojalá ella hubiera podido recibir semejante educación, así quizá no le costaría tanto esfuerzo entender las confusas anotaciones del duque.

Escuchó un ruido a su espalda, pero no le dio mayor importancia pensando que sería cualquier animalillo mientras pensaba en el encontronazo con James a primera hora de la mañana, en la sala del desayuno. Había madrugado a propósito para no verlo, pero parecía que él también había decidido aprovechar el tiempo y se había levantado más temprano que de costumbre. Él la había mirado como queriendo decirle algo, pero ella no le había dado oportunidad, había cogido un panecillo untado en mermelada y había salido prácticamente corriendo hacia el invernadero con el rostro enrojecido.

—Siempre supe que te convertirías en una de las mujeres más hermosas de Inglaterra.

Se quedó petrificada al escuchar la voz que le hablaba desde atrás con

suavidad, una voz que pensó que jamás volvería a escuchar. Se levantó despacio y giró la cabeza para ver a Warren apoyado en el tronco de un árbol, con las manos en los bolsillos de los calzones y mirándola con seriedad. Llevaba el pelo demasiado largo según las costumbres de la época y la tez morena contrastaba con la frialdad de sus ojos azul cielo. No parecía feliz de verla, aunque ella tampoco sabía describir qué sentía en ese momento. Rabia, indignación y sobre todo un dolor tan intenso en el fondo de su corazón que apenas le permitía respirar.

—Creía que estabas muerto —murmuró con la voz rota.

—No me sorprende. Parece que esa impresión está bastante generalizada —contestó apartándose del árbol para acercarse a ella con parsimonia.

Sarah dejó caer la cesta de mimbre y se alejó de él, odiándose a sí misma por no poder controlar el temblor de sus manos. Warren sonrió al percatarse de su incomodidad y se cogió ambas manos por detrás de la espalda mientras se acercaba al lago para observar las tranquilas aguas que apenas se movían con una ligera brisa.

—Sinceramente, no esperaba que sobrevivieras a Seindfield y más aún que volvieras a casarte, con el duque de Rutherford nada menos —comentó con sarcasmo.

Sarah lo abofeteó tan rápido que ni ella fue consciente de que lo había hecho hasta que vio cómo su hermano ladeaba la cabeza y la miraba divertido.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? —le preguntó furiosa, con los ojos llenos de lágrimas de cólera.

—Era la mejor manera de deshacerme de ti y de vengarme de nuestro padre al mismo tiempo.

—¿Qué? ¿Por qué? —volvió a preguntar sin entender las motivaciones de su hermano.

Warren la miró de reojo y suspiró antes de alzar la mirada hacia el cielo.

—Soy un bastardo. Lo descubrí después de pasar años administrando la propiedad, de cuidarte, de intentar ser todo lo que nuestro padre esperaba de mí tras las muchas decepciones que le causé en vida. Años que no sirvieron para nada puesto que él nunca creyó que pudiera regenerarme. Cuando volví tras su muerte creí como un iluso que todo pasaría a mis manos sin dilación, que el marquesado y todo lo que implicaba eran míos, pero el abogado de la familia me dijo que en su último testamento me había desheredado y todo pasaría a ser tuyo al cumplir la mayoría de edad. Yo solo era un mero

administrador de tu fortuna. No pude creerlo, me había criado para ser el sucesor de los Wedgwood pero jamás tuvo la intención de darme nada, todo iba a ser tuyo, me arrebataste todo lo que era mío por derecho —le explicó con la mirada llena de odio.

A Sarah se le humedecieron los ojos y se llevó una mano a la boca negando con la cabeza sin creer una palabra. No era posible, su padre adoraba a Warren y ella, a pesar de su corta edad, siempre comprendió que él se sentía el causante de la actitud de su hermano. Sus acciones eran terribles, así como las palabras que pronunciaba en sus escasas visitas, las cuales siempre finalizaban con llantos y reproches. Hasta el último día de su vida, su padre jamás perdió la esperanza de volver a recuperar a su hijo.

—Te equivocas... nuestro padre te quería...

—¡Cállate! No estoy aquí por ellos, estoy aquí por la Hermandad. ¿Qué le has contado a Rutherford? —le preguntó dando un paso amenazador hacia ella.

—Nada —contestó rápidamente.

Warren chasqueó la lengua mientras negaba con el dedo y daba otro paso hacia ella.

—Las damas no mienten.

—¡No te miento! ¿Qué iba a decirle? No sé nada, nunca vi a nadie, ni siquiera sabía dónde estábamos.

—Alberts ha desaparecido —le comunicó observándola con atención y cuando vio como sus ojos se dilataban de espanto, supo que estaba mintiendo—. Es una lástima, pero lord Alberts deberá ser eliminado ahora que Rutherford conoce nuestra existencia. Créeme, no me produce ningún placer hacer esto, pero no tengo elección.

Warren se acercó a ella antes de que pudiera salir corriendo y la agarró del cuello, elevándola con sus manos mientras la ahogaba. Ella siguió mirándole, extrañamente tranquila, sin apenas defenderse, mientras lloraba en silencio pensando en Arianna, Holly y... en James. Su nombre fue lo último que dijo antes de desmayarse por la falta de oxígeno.



Le temblaban las manos y le faltaba la respiración agitada debido a la carrera, intentó no pensar en el cuerpo inerte de Sarah flotando en el agua y se acercó al páramo que había estado vigilando días antes. Divisó la cabaña a pocos metros de su posición y corrió hacia ella deseando acabar con su objetivo, pero no tuvo tiempo de ocultarse al notar otra presencia acercándose. El viejo mayordomo de Seindfield le observó con los ojos abiertos como platos y dejó caer la cesta que llevaba sujeta del brazo, supuso que con el almuerzo del prisionero.

—¡Usted! —exclamó antes de salir corriendo en dirección contraria, rezando para llegar a tiempo de advertir a alguien.

Warren se lanzó a correr tras él. Si en algún momento había creído que el hombre no le reconocería, estaba equivocado y no podía permitir que diera el aviso antes de terminar su misión. Le golpeó con fuerza por detrás cuando lo alcanzó, haciendo que Elliot cayera desgarbado hacia delante, golpeándose la frente contra una piedra.

—¡Maldita sea!

Nada estaba saliendo como había previsto y debía darse prisa antes de que alguien advirtiera la ausencia del anciano. Una mueca desdeñosa asomó a sus labios al ver el cuerpo malherido de Alberts tirado en el suelo en posición fetal. Warren miró a su alrededor y vio una vela apagada sobre un montón de madera, se acercó hasta ella y la encendió antes de dejarla caer sobre un montón de paja seca. La leña prendió con rapidez, provocando un denso humo negro que empezó a inundar el cobertizo. El cuerpo del conde empezó a convulsionarse con un súbito ataque de tos y abrió los ojos mirando a su alrededor con los ojos desquiciados.

—Wedgwood... ¿has venido a liberarme? —preguntó con la voz rasposa debido a sus heridas y a la intoxicación.

—¿Qué les has contado sobre nosotros?

—¡Nada! ¡Nada, por Dios!

—Nos veremos en el infierno.

Warren salió cerrando la puerta tras él, ignorando los gritos aterrorizados que salían del interior de la construcción de madera que se iba consumiendo a pasos agigantados. Cerró los ojos y respiró el aire puro que emanaba el bosque. Acababa de convertirse en el monstruo que siempre había temido y no sentía nada, solo un agujero negro creciente en su pecho.

Comenzó a alejarse antes de que el humo llamase la atención de los habitantes de la mansión sin mirar atrás. Pronto volvería a Francia, zanjaría

su deuda con Fouché y desaparecería para siempre.



James leyó la carta una y otra vez antes de relajar la espalda contra el sillón y mirar por la ventana con gesto serio. Cromwell había conseguido localizar a Brannagh y este le había escrito remitiéndole toda la información que había requerido. Al no haber ningún lord Wedgwood con vida el secreto de confidencialidad que le ataba no tenía ninguna validez y, al ser su esposa miembro de la familia e interesada en los acontecimientos que tuvieron lugar antes de la muerte de los marqueses, el abogado no tuvo el menor reparo en relatarlos.

Warren no era hijo legítimo del matrimonio. A James le sorprendió saber esto y con escepticismo leyó la partida original de su nacimiento. El marqués había sido infiel a su esposa, aunque había tenido la valentía de reconocer al niño como suyo e incluso darle su apellido. Sin embargo, el heredero nunca había mostrado su valía como tal y el marqués, cansado de sus desobediencias y sus deudas había modificado su testamento en favor de su hija pequeña, lady Sarah Kenneth, hasta que su hermano demostrara que podía ostentar el título de los Wedgwood con el orgullo y el honor que su nombre merecía.

La muerte prematura de los padres impidió que el abogado pudiera anular el segundo testamento, dejando a Warren desheredado y sin título, circunstancia que probablemente le había enfurecido de tal manera que le había empujado a los brazos de los franceses.

El misterio que rodeaba la muerte del joven marqués nunca había sido esclarecido. Se concluyó que su cuerpo había sido arrojado al Támesis tras una pelea con otro cliente por los favores de una famosa prostituta, si bien su cuerpo jamás fue encontrado, hecho que no aliviaba los temores de James.

—¡Fuego! ¡Hay fuego en el bosque!

Los gritos de advertencia le llegaron a través del gran ventanal que tenía a su espalda, el mismo que había abierto minutos antes para sentir la suave fragancia de los jardines mientras trabajaba, ese olor inconfundible que le recordaba en todo momento a Sarah.

Se levantó sobresaltado girándose con el corazón desbocado al ver la gran columna de humo negro que podía ver en la distancia. Sus ojos se convirtieron en dos rendijas plateadas cuando adivinó la posición del fuego. Salió directamente por la ventana dando un enorme salto a través de los matorrales y corrió hacia el páramo, aunque no fue muy lejos. Elliot llegaba medio cojeando sujetando un pañuelo sucio sobre su frente sangrante. James se acercó a él y lo miró con preocupación.

—¡Santo Dios! ¿Qué ha ocurrido?

—Lo siento mucho, milord, no he podido evitarlo. Ha sido culpa mía, debí decírselo hace días, pero creí que era imposible cuando lo vi en el pueblo —se lamentó Elliot con pesar—. Cuando he vuelto a verlo esta tarde junto a la choza no podía creerlo. Lo siento, milord, me temo que nuestro prisionero ha muerto consumido por las llamas. Me pilló por sorpresa y apenas tuve tiempo de escapar.

—¿Quién?

—El mismo hombre que llevó a milady a la mansión del conde.

El rostro de James palideció al escuchar las noticias de Elliot, y miró a su alrededor desquiciado, intentando encontrarla entre la multitud que empezaba a congregarse para mirar la columna de humo.

—¡Carson! ¡Carson! —llamó mientras corría de nuevo hacia la mansión, desesperado por encontrarla cuanto antes.

—Milord, ¿qué ocurre? Me han dicho que hay un incendio... —empezó a decir el mayordomo saliendo a su encuentro desde un lateral de la casa.

—Eso no importa ahora. ¿Ha vuelto mi esposa de su paseo? —preguntó con los nervios de punta y el sabor del verdadero miedo en la boca.

—No, señor. Lo sé porque la tarta de manzana sigue intacta en la salita azul —contestó Carson haciendo referencia al tentempié que la duquesa tomaba con regularidad a media mañana.

—Organice una partida de búsqueda de inmediato —ordenó queriendo llegar cuanto antes a las caballerizas para montar a Black Sue y comenzar a buscarla por sí mismo.

Se detuvo en seco al ver a Arianna acercarse a él corriendo y cambió la dirección de su carrera para agarrarla de un brazo y entregársela a Carson.

—Jamie, ¿qué pasa? —preguntó sin ocultar su temor.

—No salgas de la casa —le ordenó sin darle más explicaciones.

—¡Espera! Yo también quiero ir —protestó sujetándole de la manga con obstinación.

James se agachó junto a ella y le sujetó el rostro con ambas manos.

—Ari, necesito saber que estás a salvo, por favor. Prométeme que no saldrás de la casa.

La niña asintió con la cabeza y los ojos muy abiertos, asustada de ver a su hermano tan preocupado. Este se levantó de nuevo y miró al mayordomo con el entrecejo arrugado y una expresión feroz.

—Que nadie entre o salga de la mansión.

—Sí, milord.

—Y que alguien se ocupe del señor Elliot, está herido —le pidió antes de salir corriendo de nuevo, sintiendo toda la adrenalina recorrer sus venas mientras rezaba una y otra vez para que Sarah estuviera a salvo.

Se adentró en el bosque cabalgando como el diablo sin medir el peligro que podía correr montando a esa velocidad a través de los árboles; solo quería llegar hasta ella cuanto antes y comprobar que estaba bien. La intuyó antes de verla cuando le pareció distinguir algo flotando en el centro del lago, desmontó con una rapidez asombrosa llamándola a gritos y no dudó en meterse en el agua helada para alcanzarla.

—¡Sarah! Por favor...

La giró para sacar su cabeza del agua y con angustia vio su rostro de color azul. La arrastró hacia la orilla y acercó una oreja a su boca entreabierta para escuchar el sonido de su respiración, pero solo había silencio. Con un movimiento de absoluta desesperación se apartó el pelo de la frente con ambas manos, pensando que debía hacer. No era posible que estuviera muerta, no podía ser. Recordó un sistema pionero de reanimación que había visto practicar hacía unos años en el campo de batalla y decidió que no se daría por vencido. Presionó la base del cuello buscando el esófago y mantuvo la mano ahí mientras le insuflaba aire por la boca. Una, dos, tres veces. Pero no había reacción.

—¡Despierta! —gritó muerto de miedo.

Volvió a presionar el cuello, aunque su dedo se paralizó un segundo cuando se percató de los morados que empezaban a formarse alrededor con el claro dibujo de unos dedos. Con un grito de rabia, volvió a intentarlo. No permitiría que su vida terminase así después de todo lo que había sufrido, merecía ser feliz y él se aseguraría de proporcionarle esa felicidad aunque le llevara el resto de su vida.

De repente, el pecho de Sarah se elevó con varios espasmos y empezó a expulsar agua por la boca y la nariz. La colocó de lado para que no volviera a

ahogarse sintiendo un nudo en la garganta, tan aliviado que los ojos se le humedecieron.

—Nunca permitiré que te alejes de mí —murmuró mientras se levantaba con ella en brazos y la besaba en la cabeza.

No quiso arriesgarse a llevarla sobre el caballo, así que echó a correr apartando las ramas que se encontraba a su paso con la mano libre. Cuando sus hombres los encontraron en el linde del bosque, James estaba extenuado.

—¡Que alguien vaya en busca del médico y lo traiga de inmediato! —ordenó sin detenerse.

Entró como una tromba dentro de la casa y subió los escalones de dos en dos sintiendo los primeros calambres en los músculos de sus brazos y piernas.

—¿Jamie?

—Ari, ve a buscar a Carson, ¡corre!

La niña obedeció sin rechistar mientras él depositaba a su esposa sobre la cama. A pesar de sus dedos entumecidos empezó a quitarle la ropa helada, desesperado por conseguir que entrara en calor.

Escuchó unos golpes en el marco de la puerta y giró la cabeza medio segundo para mirar al mayordomo sin abandonar su labor.

—Que aviven el fuego de la chimenea y que preparen los calentacamas. Necesito a su doncella y a la señora Elliot. ¡Rápido!

Carson desapareció del vano de la puerta a una velocidad asombrosa mientras James seguía manipulando la ropa de Sarah. La cubrió con las mantas que había a los pies de la cama y comenzó a masajearle los brazos intentando reactivar la circulación de sus miembros helados.

Al cabo de unos minutos, la habitación se llenó con el personal que había pedido y todo el mundo acató sus órdenes con diligencia. Los ojos de Holly se cruzaron con los de James un breve segundo, el suficiente para reconocer su propio miedo en ellos. Sin apenas decir nada, la mujer se ocupó de secarle el cabello mientras la doncella pasaba el calentador de cobre con sumo cuidado alrededor del cuerpo inconsciente de la duquesa.

Varias horas después, James se paseaba inquieto frente a la puerta del dormitorio mientras esperaba que el médico terminase su examen. Aún no había recuperado el conocimiento y la fiebre le había subido mucho en la última hora a pesar de que habían hecho todo lo posible para que su piel congelada entrara en calor.

El médico salió cerrando tras él con gesto serio arrastrando su maletín,

se detuvo frente a James y con sumo pesar negó con la cabeza.

—He hecho todo lo humanamente posible, milord, pero tiene el pulso muy débil. Ahora está en manos de Dios.

El doctor se tomó la libertad de palmotear su hombro antes de dirigirse hacia las escaleras, dejándolo solo y aturdido. Estaba a punto de entrar en la habitación, pero un movimiento desde el otro lado del pasillo llamó su atención y se detuvo para ver a Arianna llorando en silencio.

—Ari... ¿qué estás haciendo ahí escondida?

La niña se lanzó hacia él y lo abrazó sacudiendo la cabeza.

—¿Va a morir?

—No lo sé —contestó sintiendo como el nudo de la garganta volvía a dificultarle la respiración.

Abrazó a su hermana en silencio incapaz de encontrar un consuelo para sí mismo.

Dos días infernales sin despegarse del cabecero de su cama estaban haciéndole perder la cordura. La fiebre no disminuía y el sonido sibilante de su respiración le sacaba de sus casillas. Se incorporó sobresaltado al escuchar unos ligeros golpes en la puerta, se restregó los ojos con cansancio y dio permiso antes de levantarse de la incómoda silla y estirar sus miembros agarrotados.

Holly asomó la cabeza entre la ranura de la puerta y la pared con la tez pálida y los ojos rojos que se desviaban hacia la cama una y otra vez.

—Señora Elliot.

—Milord, discúlpeme, yo...

—Por favor, pase —dijo adivinando lo que deseaba.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó acercándose a la cama sintiendo que las lágrimas volvían a acumularse en su garganta.

Hizo ademán de cogerle las manos a Sarah, pero se reprimió y en su lugar se llevó las suyas a la cara. Parecía tan frágil y joven tumbada sobre las sábanas con el rostro tranquilo y el pelo recogido en una gruesa trenza, tal y como a ella le gustaba peinarlo, que el corazón se le partió en dos al verla.

—La quiero como a una hija —murmuró entre sollozos.

—Y ella a usted como a una madre —contestó James con suavidad.

Los sollozos de la mujer se hicieron más profundos y conmovido por el cariño que le profesaba a Sarah fue hasta la puerta para dejarla a solas con ella.

—¿Le importaría relevarme? Necesito...

Necesitaba que ella se pusiera bien. Se pasó de nuevo el dorso de la mano por los ojos y sonrió con tristeza.

—Volveré más tarde.

—No me moveré de su lado —se apresuró a decir sentándose en el borde de la cama para cambiarle el paño húmedo de la frente y refrescarla.

James salió de la habitación sintiéndose agotado hasta el alma, apoyó la cabeza sobre la pared y cerró los ojos. Necesitaba un afeitado y cambiarse de ropa, pero eso no era tan urgente como mandarle un mensaje a Cromwell informándole de la muerte de lord Alberts. No le merecía ninguna compasión el final que había sufrido; Elliot había enterrado sus restos calcinados tras lo que antes había sido la choza para guardar la madera del invierno y dudaba que alguien reclamara su cuerpo puesto que su fama de meterse en problemas por culpa del juego era de todos conocida.

—¿James?

Un quejido involuntario se le escapó desde el fondo de su garganta al escuchar la voz de su tía. Abrió los ojos y se incorporó pasando a su lado sin apenas dirigirle una mirada.

—Sinceramente, tía, no estoy de humor —gruñó.

—¿Hay mejoría en su estado? —le preguntó luciendo un leve fruncido entre las cejas.

—Sabe que no.

Violet suspiró y cuadró los hombros antes de seguir hablando.

—Debo volver a Londres, no puedo demorar más mi partida. Ya está todo dispuesto, pero no he podido localizar a Arianna para despedirme de ella, te agradecería que lo hicieras en mi nombre.

—Por supuesto.

—Si hay algún cambio en el estado de salud de tu esposa espero que me informes con prontitud.

—Para que pueda organizarme un matrimonio más apropiado según su conveniencia —replicó con desdén.

—¡No pongas en mi boca palabras que no he pronunciado, muchacho insolente! Lamento sinceramente la enfermedad de Sarah, no creo que pudieras encontrar a alguien más apropiado que ella para ser la duquesa de Rutherford. Deseo con fervor que se recupere. Y ahora deséale un buen viaje a esta anciana y dame un beso.

James la miró sorprendido antes de hacer lo que le pedía. Violet le

abrochó los primeros botones de la camisa y le pasó una mano por el pecho para estirarle las arrugas cuando él se agachó. Le pasó una mano por la mejilla y las palabras se le atascaron en la garganta al ver el sufrimiento que veía en sus ojos. Le palmoteó la cara con suavidad y carraspeó antes de apartarse.

—Cuídate.

—Usted también, tía.

La anciana asintió antes de volverse para bajar al primer piso y recoger sus últimas pertenencias. James giró la cabeza hacia la puerta cerrada tras él y suspiró. Tal vez un largo paseo a lomos de Black Sue le despejara el embotamiento de su cabeza y con ese pensamiento se alejó.



Se despertó lentamente con un leve escozor en la garganta. Tenía mucha sed y calor. Se removió inquieta deslizando varias de las mantas que la cubrían hacia el suelo y medio se incorporó tosiendo un par de veces.

—Señora —murmuró Holly ayudándola a sentarse.

—¿Holly? —preguntó con un gruñido abriendo los ojos y mirando a su alrededor.

—¡Oh, señora! ¡Es un milagro!

—Agua —pidió intentando alcanzar ella misma la jarra situada junto a su mesita.

Holly se apresuró a realizar la tarea y le ofreció un vaso lleno de agua que le acercó a los labios con cuidado.

—¿Se encuentra bien? Nos tenía a todos muy preocupados —le dijo mientras le acomodaba las almohadas para que pudiera reclinarsse con comodidad—. El duque la encontró en el lago, gracias a Dios que no fue demasiado tarde. Creen que alguien la atacó, ¿recuerda algo de lo sucedido?

Sarah se apresuró a negar con la cabeza mientras miraba hacia la ventana deseando ver la luz del sol. Holly, siempre atenta al más mínimo deseo de su señora, se levantó de la silla y fue a descorrer las cortinas dejando entrar la luz del atardecer que entraba a raudales por el gran ventanal.

—¿Quiere que también abra la hoja?

Ella asintió con una sonrisa que disimulaba sus verdaderos pensamientos. Warren había intentado matarla y casi lo había conseguido. Su propio hermano, a quien ya no reconocía, a quien había llorado cuando había creído muerto. Pero no, él no era su hermano, él mismo se lo había dicho junto al lago, por eso la odiaba, por eso quería vengarse de su padre.

Sarah apenas prestaba atención a la charla de Holly mientras rememoraba el encuentro con su hermano una y otra vez; lo más importante para Warren era complacer a la Hermandad, por eso había ido a buscarla. Querían silenciarla para siempre temerosos de lo que pudiera saber, pero ya estaba prevenida y no se iría de este mundo sin luchar. La próxima vez que estuviera frente a Warren le haría pagar por la muerte en vida a la que la había sentenciado.

—¿Tiene hambre, señora? ¿Tal vez un poco de consomé? Le vendrá bien para recuperar las fuerzas —dijo Holly con insistencia al ver que no contestaba.

La duquesa parpadeó varias veces e hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sonriente.

—No sé qué haría si no estuvieras para cuidar de mí.

La mujer se ruborizó y chasqueó la lengua, avergonzada.

—Ordenaré que avisen a su excelencia de su mejoría. Estos días ha estado muy preocupado por usted —le aseguró guiñándole un ojo antes de dejarla a solas.

Sarah entreabrió los labios sin saber qué decir. La vieja ama de llaves había dicho minutos antes que su esposo la había encontrado en el lago; había vuelto a ayudarla, como si se hubiera proclamado su ángel protector. Se reclinó sobre las almohadas y miró por la ventana sintiendo un torbellino de emociones en su interior.

—¡Milord! —exclamó Holly cuando se topó de bruces con James, que entraba en la casa con gesto serio y cansado.

—¿Qué ocurre? ¿Ha empeorado? —preguntó apresurándose a subir las escaleras sin esperar las explicaciones del ama de llaves.

—Un milagro, milord —le dijo con los ojos brillantes de alivio.

James le puso una mano en el hombro sin terminar de creerla y con una sonrisa de oreja a oreja subió las escaleras como una exhalación, deseando comprobarlo por sí mismo. Entró en el dormitorio sin llamar sobresaltando a Sarah, que dio un pequeño respingo cuando lo vio de pie en el vano de la puerta, con una expresión tan cómica que no pudo evitar sonreír.

—¿Estás bien? —le preguntó tontamente.

—Parece que estás destinado a salvarme una y otra vez —replicó ella extendiendo un brazo hacia él instándole a acercarse.

James caminó hacia ella, hipnotizado, sintiendo un escalofrío cuando ella tomó su mano y se la acercó al rostro para besarle la palma.

—Gracias —murmuró sin apartar la mirada de sus ojos.



James pegó la oreja a la puerta y sonrió al escuchar el parloteo incesante de Arianna y la risa de Sarah al otro lado. La insistencia de Ari había sido tan agotadora que sin más remedio se había salido con la suya y cenaba cada día con Sarah en su habitación dejándolo solo y aburrido en el gran comedor. Sin querer molestarlas, pasó de largo y entró en su propio dormitorio, se sentó en la cama y comenzó a quitarse las botas. Había despedido a su ayudante de cámara hacía rato, ya que había previsto pasar la velada en la biblioteca, pero la estancia le parecía fría y oscura sin la presencia de su esposa y al final había subido con la intención de visitarla, lamentablemente, Ari se le había adelantado así que aburrido y perezoso, se terminó de quitar las botas, se despojó de la camisa y se tumbó sobre la cama.

Había redoblado la seguridad de la propiedad y en cuanto Sarah se recuperara del todo, no permitiría que fuera sola sin escolta a ninguna parte. Wedgwood había resultado ser más peligroso de lo que habían creído, pero no volvería a caer en el mismo error.

La casa estaba en silencio desde hacía horas pero Sarah no podía conciliar el sueño y miraba ensimismada la luz de la luna llena que entraba a raudales por la ventana abierta. Apartó las mantas y se levantó inquieta mirando la puerta que James había ordenado reparar, sabía que por el lado de él no estaba cerrada, lo había comprobado esa mañana llevada por la preocupación y la curiosidad. No podía olvidar las palabras que le había dicho la noche en la que le habló de la Hermandad y aún ahora le aceleraban el corazón y le provocaban un nudo en el estómago. Tenía miedo, no podía evitarlo, pero también una sensación desconocida cada vez que recordaba

aquel beso. Y quería volver a sentirla.

Se acercó a la puerta y, con manos temblorosas, la abrió para entrar en la habitación de James sin pensarlo más; cuando atravesó el umbral y lo vio durmiendo sobre las sábanas, con el pecho descubierto y el rostro bañado por la luz de la luna, todas las dudas la abandonaron. Fue hasta él sintiendo la suavidad de la alfombra bajo sus pies, pero se detuvo al notar su mirada sobre ella y lo miró, sorprendida de que estuviera despierto. Él se incorporó sobre los codos, con el ceño levemente arrugado y la voz rasposa al hablar.

—Sarah... ¿va todo bien? ¿Te encuentras mal?

—No, yo...

Bajó la cabeza avergonzada sintiendo un calor intenso en las mejillas, pero ya no iba a echarse atrás. Comenzó a desatarse los lazos del camisón y lo dejó caer a sus pies quedando completamente desnuda ante él. James se levantó de un salto aspirando con brusquedad sin poder apartar la mirada de ella, con el corazón latiéndole tan fuerte que se preguntó si ella sería capaz de oír su golpeteo. Estaba tan hermosa bajo la luz plateada de la noche que inevitablemente la sangre se agolpó en un lugar incómodo de su anatomía dando muestra inequívoca de su excitación.

Ella no le miraba, tenía el mentón pegado al pecho y los brazos caídos a ambos lados del cuerpo mientras que él era incapaz de apartar la mirada. Había soñado con ella desde que la vio por primera vez, pero sus sueños jamás habían alcanzado tal grado de perfección, desde la turgencia de sus senos redondeados, la suavidad de la curva de sus caderas y la delicadeza de sus torneados muslos. Se moría por acariciar la blancura de su piel y hundirse en su calor, pero no se movió, se limitó a mirarla con tanta ternura que Sarah sintió deseos de llorar cuando al fin se aventuró a mirarle al ver que él permanecía en silencio.

—¿Estás segura, Sarah? —le preguntó con suavidad.

—No quiero seguir teniendo miedo, no quiero seguir viéndole a él haciéndome daño cada vez que cierro los ojos, quiero... quiero verte a ti, si me aceptas —contestó con un hilo de voz.

¿Aceptarla? Santo Dios, ¿es que no se daba cuenta de que se moría por ella?

James rodeó la cama, deseando tocarla y estar cerca de ella, saborear cada centímetro de su cuerpo y proporcionarle el mayor placer que hubiera tenido en su vida. La cogió en brazos y la depositó sobre las sábanas, cegado por el intenso deseo que sentía sin percatarse de que ella permanecía quieta,

con los ojos fuertemente cerrados y los puños apretados mientras contenía la respiración. Al advertir que ella no le devolvía las caricias, levantó la cabeza y quedó horrorizado con lo que vio. La tenía sujeta por ambas muñecas y la aprisionaba contra la cama con su propio cuerpo sin darle libertad para moverse, como si la forzara. La soltó de inmediato, asqueado consigo mismo, había querido demostrarle que no todos los hombres eran unos animales, pero sí que lo eran.

Maldiciéndose a sí mismo, apoyó su frente sobre la de ella con los ojos cerrados intentando controlar los latidos desbocados de su corazón, y manteniendo a raya el intenso deseo que amenazaba con convertir esa noche en un completo desastre sin posibilidad de arreglo.

—Lo siento... cariño, lo siento, no es así como yo... ¡Maldita sea! —exclamó con una carcajada seca sin atisbo de humor.

—Está bien —murmuró ella mirándolo con sus grandes ojos abiertos—. No me haces daño.

—No se trata de eso, se supone que tú también tienes que disfrutarlo —le explicó acariciándole la mejilla.

Ella le miró como si no entendiera lo que decía y con un suspiro frustrado se apartó de ella para tumbarse a su lado. Confundida, permitió que James la girara para que quedara de lado frente a él y se dejó abrazar.

—¿James?

—Schhhh... no hay prisa, tenemos toda la noche —le susurró en el oído mientras acariciaba su espalda desde el cuello hasta la base provocándole escalofríos que le erizaban la piel.

Con el ceño fruncido, notó con las yemas de los dedos pequeñas rugosidades longitudinales a lo largo de su espalda, no demasiado profundas, pero sí lo suficiente para preguntarse qué demonios le habría hecho Seinfeld para dejarle esas marcas en la piel. Más tarde le preguntaría sobre las cicatrices, pero no en ese momento, no estropearía su primera noche de amor trayéndole a la memoria terribles recuerdos que preferiría olvidar para siempre.

Sarah comenzó a dar respingos cada vez que uno de esos escalofríos le recorría la espina dorsal haciendo que él sonriera con travesura.

—¡James! —exclamó apartándose después de soportar el juego durante varios minutos.

Él se echó a reír atrayéndola de nuevo hacia él para besarla con delicadeza en los labios.

—Jamás habría imaginado, señora duquesa, que era prisionera de pequeñas traicioneras cosquillas. Me temo que estoy en la obligación de descubrir si hay más habitando por algún escondrijo oculto.

La respiración de Sarah se aceleró cuando él comenzó a besarla en la mandíbula, el cuello y más abajo aún; ahogó una exclamación cuando alcanzó sus pechos provocándole sensaciones que no había experimentado en su vida. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras su cuerpo reaccionaba bajo las caricias expertas de James, que estaba haciendo un esfuerzo titánico para no hacerla suya hasta que no estuviera completamente preparada.

—¿Te gusta? —murmuró él mientras jugaba con sus pezones sin ninguna misericordia.

Ella gimió en respuesta entrelazando las manos en su pelo, acariciando su textura sedosa y espesa al principio con timidez y después con más confianza, dándole suaves tirones cada vez que su cuerpo se alzaba en busca de algo que no sabía muy bien qué era.

—Si algo no te gusta o quieres que me detenga, solo tienes que pedirlo... —le dijo volviendo a besarla profundamente mientras seguía acariciándola con las manos y llegaba al promontorio oculto entre su vello, palpando tembloroso la humedad oculta entre sus piernas.

Faltaba muy poco y él estaba a punto de estallar, volvió a besarla y la miró a los ojos antes de sonreír con picardía y volver a descender por su cuerpo.

Ella negó con la cabeza cerrando los ojos cuando sintió su aliento sobre su vientre y sus manos sujetando sus caderas. Cuando sus labios alcanzaron el centro de su feminidad la espalda de Sarah se arqueó y se sujetó a las sábanas, agarrándose a ellas con fuerza mientras una tensión desconocida crecía desde lo más hondo de su vientre. Agrandó los ojos cuando sintió un dedo dentro de ella y gritó cuando los primeros espasmos le embotaron la visión. Con un gemido James alzó una de sus piernas y se introdujo en ella buscando su propia satisfacción sin dejar de mirarla a los ojos, sintiendo sus uñas clavarse en su espalda y el sabor de las lágrimas en su lengua. Su grito se unió al de ella cuando los cuerpos de ambos se sacudieron por un placer que jamás habían experimentado.

No podía controlar el torbellino de emociones que sentía en ese momento y que la hacían derramar un torrente de lágrimas con el rostro escondido en el hueco del cuello de James mientras los últimos estremecimientos la dejaban laxa y emocionalmente agotada. Por primera vez

en su vida el peso del cuerpo de un hombre sobre ella no le asqueaba, no había habido nada repulsivo en su toque ni en sus caricias; por primera vez se había sentido una verdadera mujer, no un simple juguete roto.

Apretó los brazos alrededor de su espalda y lo instó a acercarse más a ella, queriendo fundirse con él para siempre. James levantó la cabeza en respuesta y con el corazón encogido le besó las lágrimas con ternura haciendo ademán de retirarse.

—¡No! No me dejes...

—Jamás —le prometió girando con ella y envolviéndola con todo su cuerpo, sin saber que había perdido su corazón para siempre.

Le despertó el murmullo alegre de la doncella de Sarah al otro lado de la puerta que había quedado abierta la noche anterior. Sobresaltado, comprobó que el sol ya estaba bien alto en el cielo y que incluso la chimenea ya estaba encendida y sus útiles de aseo matinal ordenados y dispuestos para su uso, lo que indicaba que su ayudante de cámara había estado allí a primera hora, como era su costumbre. Y él no se había despertado. No recordaba cuando había sido la última vez que había dormido tan profundamente, quizá cuando todavía era casi un adolescente, antes de ir al continente y convertirse en espía de la corona. Se volvió hacia su esposa, que dormía plácidamente a su lado, con el pelo extendido sobre la almohada y una expresión serena y tranquila en su bello rostro. Cogió un grueso y largo mechón y se lo enrolló en la mano para llevárselo a la mejilla, se tumbó de nuevo junto a ella y la besó en la comisura de la boca para despertarla.

Había llorado después de hacer el amor con unas lágrimas que salían a borbotones y que le habían oprimido el corazón, se había limitado a envolverla con su cuerpo, abrazándola, dándole el único consuelo que podía darle y en algún momento de la noche sus cuerpos habían vuelto a fundirse en uno solo, como si se pertenecieran.

Sarah abrió los ojos lentamente mientras estiraba las piernas, desperezándose. Sus ojos se encontraron con la mirada sonriente de James y se sonrojó a su pesar cuando todas las imágenes de la noche anterior asaltaron su memoria.

—Hola —susurró James antes de besarla con infinita ternura.

—Hola —contestó con un suspiro recibiendo su beso.

Entrecerró los ojos para observar la luz del sol que entraba por la ventana y frunció el ceño al pensar en lo tarde que parecía.

—¿Qué hora es? —preguntó incorporándose en la cama sujetando la sábana contra su pecho.

—¿Importa? —respondió James con indolencia.

No tenía intención de que ninguno de los dos abandonara la cama durante buena parte del día. La sujetó antes de que se levantara y le apartó la larga melena del cuello para besarla en la nuca, pero no llegó a hacerlo al ver por primera vez a la luz del día la piel de su espalda llena de cicatrices.

Pasó los dedos por encima de ellas, sobrecogido al pensar lo mucho que habría sufrido al infringírselas. Él lo sabía de primera mano, se llevó una mano a su costado recordando la enorme cicatriz que afeaba su lado izquierdo, producido por una bayoneta prusiana hacía ya casi diez años y que casi le había costado la vida. Notó como el vello de Sarah se erizaba al posar sus labios sobre cada una de ellas y cuando acabó, la abrazó contra él para aplacar su temblor.

—¿Cómo? —preguntó sin necesidad de explicar a qué se refería.

—Me escapé varias veces... pero él se aseguró de que no volviera a intentarlo jamás —le explicó con un hilo de voz, recordando el terrible dolor que sintió cuando el hierro candente tocó su delicada piel—. Me ató en la bodega de cara a la pared, recuerdo que el muro estaba frío y húmedo pero a él no le importó cuando me desnudó de cintura para arriba. Primero me azotó con una fusta o algo parecido, pero aquello no le satisfacía por completo, quería oírme gritar, gritar de verdad, así que cambió por un hierro al rojo vivo. Cada nuevo castigo era incluso peor que el anterior, después de eso no volví a intentarlo, prefería mil veces la muerte antes que volver a sentir semejante agonía. Y aprendí... aprendí a guardar silencio escuchara lo que escuchara, a obedecer cualquier orden por muy extraña que fuera, a no mirar nunca de frente para no parecer desafiante. Aun así, cuando estaba ebrio nada de lo que yo hiciera podía aplacarlo y descargaba su furia sobre mí, él era tan fuerte... Tenía las manos tan grandes... —Sarah se interrumpió y miró sus propias manos extendidas antes de apretarlas en sendos puños—. Yo no era nada, no era nadie, me convertí en alguien invisible... en un fantasma...

—Sarah...

No quería seguir escuchando las atrocidades que había sufrido a manos de ese bastardo, narradas con esa frialdad y apatía. La mujer que estaba hablando estaba muy lejana de su dulce Sarah, parecía en trance, con la mirada perdida en algún punto de la habitación. Le parecía increíble que todas aquellas vivencias no la hubieran convertido en alguien amargado, en

lucha continua con el mundo como había visto sucederles a los soldados que casi habían perdido la razón tras volver de la guerra.

Ella había aceptado su destino sabiendo que no podía hacer nada para cambiarlo, adaptándose para poder sobrevivir y James estaba empezando a admirarla profundamente por ello.

—Creí que jamás podría odiar a nadie con tanta intensidad, pero me equivocaba. Nunca podré perdonar a Warren que me condenara a semejante infierno. Mi vida tendría que haber sido muy diferente, debería haber sido presentada en sociedad, ir a Londres, a Almack's... Mi madre no dejaba de hablar de ello, de lo bella que iría, de los pretendientes que harían cola para solicitar un baile conmigo y del hombre que por fin se ganaría mi confianza y mi corazón y que me convertiría en su esposa. Pero eso jamás ocurrió, Warren me lo arrebató todo... todo —le dijo mirándolo con sus grandes ojos brillantes que le conmovieron hasta lo más hondo, pero además del dolor, James también podía ver una determinación que no había visto hasta entonces en ella. No había querido preguntarle por el intento de asesinato de Warren para no influir en su recuperación, pero ahora necesitaba saberlo todo para poder darle caza y matarlo.

La tumbó junto a él y entrelazó sus piernas con las de ella, acariciándole el costado con una ligereza tal que sus dedos parecían plumas.

—¿Qué ocurrió en el lago, Sarah? ¿Te habló antes de atacarte?

—Sí —contestó exhalando un suspiro, relajándose bajo las tiernas caricias de James—. Me odia, simplemente porque nació, porque piensa que por mi causa no heredó Wedgwood Corner, y no lo entiendo James, no comprendo el motivo de ese odio hacia mi padre y hacia mi persona. Él cree que no es hijo de mis padres, me confesó que descubrió el engaño cuando volvió del continente, pero estoy convencida de que se equivoca. Por eso se unió a la Hermandad, para destruir cualquier vestigio de los Kenneth. Quiso saber qué te había contado al respecto y no creyó mi respuesta. También me dijo que lord Alberts ha desaparecido.

El silencio de James fue revelador. Sarah apoyó una mano sobre su mejilla y le giró la cabeza para que la mirara de frente, sabía que su mirada era insondable, pero de todas formas tenía que comprobar la verdad por sí misma.

—¿Tienes algo que ver con la desaparición de ese hombre? —preguntó con suavidad.

—Sí.

—James... ¿le has matado? —volvió a preguntar temiendo la respuesta.

—Quería hacerlo, y lo habría hecho si tu hermano no hubiese intervenido primero —dijo con tranquilidad.

Sarah apartó la mano de su cara con lentitud, creyéndole, percatándose por primera vez de que James era un completo desconocido para ella.

—He matado antes, Sarah. No sentí ningún placer al hacerlo pero era parte de mi trabajo, hice lo que fue necesario para sobrevivir.

No tenía que justificarse ante nadie, hacía tiempo que había aprendido a aceptar las consecuencias de sus actos, pero no iba a permitir que Sarah volviera a distanciarse de él. Tenía que hacerle entender que no debía temerle por lo que había hecho en el pasado.

Quería volver a sentir sus manos sobre él así que la agarró de la cintura y giró con ella para colocarla sobre él. Sarah jadeó sorprendida y le puso las manos en los hombros para mirarlo. James rio con suavidad y la besó en la punta de la nariz antes de bajarle la cabeza y apoyar su propia mejilla sobre su pelo sedoso.

—Siempre he sido un botarate. Era rebelde, consentido y caprichoso y cuando cumplí la mayoría de edad todos esos defectos se acentuaron. Entré en la vorágine de la vida social en Londres sin atender los sabios consejos de mi padre y me vi inmerso en un estilo de vida que solo podía terminar con mi propia destrucción. Solo buscaba mi propio placer sin importar las consecuencias, en las mujeres, la bebida, el juego... hasta que toqué fondo y mi padre, cansado de mis deudas y de mi insensatez, me alistó en el ejército. Fue un regalo que nunca le agradecí lo suficiente, aunque entonces no me lo pareció en absoluto. Yo, el futuro duque de Rutherford, enviado al continente como soldado raso, alejado de las comodidades que había disfrutado toda mi vida. Fue como caminar por la pasarela atado de pies y manos a un enorme bloque de piedra, mi estupidez era tan grande como mi ego y estuve a punto de pagarlo con mi vida. ¿Notas esta cicatriz? —le dijo tomando su mano para acercarla a su costado—. Estuve a punto de morir junto a otros compañeros, pero gracias a eso aprendí la disciplina que tanto necesitaba si quería volver a casa y mucho más. Pronto se hicieron evidentes mis capacidades de liderazgo y de estrategia y ascendí rápidamente en la jerarquía militar hasta que Napoleón comenzó a ser una amenaza para Inglaterra y me eligieron para que trabajara como espía en París. No fueron años fáciles mientras fingía ser otra persona, mirando siempre a mi espalda por si un cuchillo mortal lograba alcanzarme. Nunca pude volver a dormir profundamente hasta esta noche —

le aseguró besándola.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —le preguntó Sarah sobrecogida, sintiendo el cosquilleo de su beso aún en sus labios.

—Porque deseo que nunca más tengas miedo de mí. Juro que Warren ni nadie de la Hermandad volverá a hacerte daño, Sarah, y que sustituiré cada recuerdo amargo con pasión y risas.

Y había tal convicción en sus palabras y en sus ojos, que ella no tuvo más remedio que creerle. Fue ella la que agachó la cabeza en esta ocasión para besarle tiernamente con los labios cerrados, pero él no estaba de humor para juegos. La deseaba, en ese instante, la sujetó de la nuca para profundizar su beso mientras acomodaba su cuerpo sobre el suyo haciendo que ella exclamara sorprendida. Se apartó el pelo de la cara y lo miró sin ocultar su confusión al notar la dureza de su virilidad apretarse contra su vientre.

—¿James? Es pleno día...

Él se echó a reír sin poder contenerse. ¡Era tan dulce e inocente a pesar de todo!

—Cariño, tienes mucho que aprender.

Y él pensaba enseñárselo todo.

Capítulo 13



Azuzó al caballo un poco más para ponerlo al trote, sintiéndose satisfecha cuando el animal obedeció, y le devolvió una sonrisa deslumbrante a James, quien la observaba al otro lado del cerco apoyado sobre los listones de madera junto a Arianna. Le parecía imposible que hubiese aprendido con tanta rapidez, aunque teniéndolo a él como profesor todo era sumamente sencillo.

Volvió a mirarlo al sentir sus ojos sobre ella, sonrojándose sin querer al notar el ardor de su mirada. Apenas se habían separado en los últimos días, la buscaba continuamente con absurdos pretextos en el invernadero o en la biblioteca, mientras que ella hacía lo mismo cuando pasaba demasiado tiempo y él no aparecía. La idea de tomar clases de equitación con Ari había surgido en una de esas visitas espontáneas una tarde que Sarah se acercó hasta las caballerizas portando una pequeña cesta con sándwiches. Desde entonces, cada tarde Ari y ella practicaban juntas y al finalizar merendaban junto al lago los tres sentados en la hierba. Lo cierto era que en toda su vida jamás había sentido tanta paz interior y creía que si existía algo parecido a la felicidad, tenía que ser eso.

Después de la sesión de equitación, los tres se encaminaron hacia el páramo junto al lago acarreando la cesta que la señora Baker les había preparado antes de salir. James extendió una manta sobre la hierba y Ari se apresuró a sacar la comida mientras Sarah se distraía observando algún tipo de arbusto cercano. Él se sentó apoyando un brazo sobre la rodilla y la miró sonriendo de manera ausente sin percatarse de que la niña le estudiaba a él con una sonrisa de oreja a oreja. Sintiéndose observado por su hermana, se giró hacia ella frunciendo el ceño al ver su sonrisa de suficiencia.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó con curiosidad.

—La quieres mucho, ¿verdad?

El brazo de James se resbaló de su pierna y la miró con una expresión cómica en su cara.

Arianna rio con alegría y se tumbó boca abajo sobre la manta apoyando el mentón sobre las manos mientras movía las piernas arriba y abajo.

—Yo también me casaré por amor cuando sea mayor. Sarah dice que podré hacerlo, que seré presentada en sociedad y que seguro que algún muchacho se queda prendado de mi belleza y pedirá mi mano. Sin embargo, no creo que sea apropiado escoger al primero que se presente, ¿verdad? Tendré que estudiar cuál de los candidatos es el más adecuado —explicó con un suspiro soñador.

—¿No crees que eres demasiado joven para pensar en esas cosas? —refunfuñó, asustado al pensar en su hermana rodeada de hombres.

—Nunca es demasiado pronto para planificar el futuro de una —replicó con una expresión tan inocente que James se preguntó si lo de cazar un marido era algo intrínseco en todas las mujeres desde su nacimiento—. ¡Quiero ser tan feliz como vosotros! Aunque las criadas dicen que al principio no era así porque no compartíais el lecho.

—¡Por el amor de Dios! Las criadas deberían meterse en sus asuntos y tú no deberías hablar de esos temas —exclamó escandalizado sintiendo como el rostro se le cubría de rubor.

—No sé si me gustará compartir el lecho con alguien —reflexionó dándose golpecitos en la nariz ignorando la advertencia de su hermano—. ¿Tú también eras infeliz cuando te casaste con Sarah?

—Yo no... ¿Por qué preguntas eso?

—Bueno, Sarah lloraba. Antes, cuando llegó aquí. A veces cuando iba a visitarla al invernadero después de mis clases, la oía.

James desvió la mirada hacia su esposa con el ceño fruncido. El comienzo no había sido nada fácil puesto que todo se basaba en una mentira, pero lo habían solucionado. Al menos eso creía ya que cada vez la veía más entregada y serena.

—¿Aún llora? —preguntó sin apartar la mirada de su esposa.

—¡No! Ahora sonrío más y está más contenta. Supongo que al principio eras un esposo horrible, me alegro de que hayas cambiado.

—Por Dios...

Se llevó una mano a la sien incapaz de seguir el ilógico razonamiento de

Arianna. Le satisfacía que Sarah hubiera encontrado un lugar en Meadow Manor y que hubiera aceptado ser su esposa en todos los sentidos, pero su hermana estaba muy errada al pensar que se querían; que a él le costara respirar cuando estaba lejos de ella o que la buscara con la mirada deseando tocarla cuando estaban juntos en la misma habitación, no significaba nada, mucho menos amor.

Se levantó de mal humor y fue en busca de su esposa para poder comer, pero las palabras se le atragantaron cuando ella le miró con una sonrisa resplandeciente portando algún tipo de flor en la mano. Le agarró con la mano libre y tiró de él para enseñarle su descubrimiento dándole todo tipo de explicaciones que no entendía, pero aun así la siguió, sonriendo como un bobo atento a cualquier palabra que saliera de su boca.



James observó con el ceño fruncido como se acercaba el carruaje a gran velocidad por el camino que llegaba hasta la casa. Acababa de salir para dar su paseo matinal a lomos de Black Sue y se había detenido en lo alto de la escalinata al distinguir la densa humareda que provocaban los caballos al pisar la tierra.

Estrujó los guantes entre las manos cuando reconoció al cochero y miró al cielo con un suspiro de resignación. Al menos Sarah había salido temprano hacia el invernadero y con un poco de suerte Cromwell se marcharía mucho antes de que acabara. Bajó de dos en dos las escaleras y esperó con las piernas separadas y actitud desafiante a que el coche llegara hasta él.

John bajó de un salto incluso antes de que el carruaje se detuviera por completo y se acercó a James con cara de pocos amigos.

—Rutherford.

—Cromwell, ¿a qué debo tal honor? Creía que habíamos hecho un trato. No quiero que Sarah te vea aquí.

—Sarah —repitió Cromwell con una mueca de disgusto que irritó a James sobremanera—. Tenemos que hablar. Dejaste que Wedgwood se escapara y que asesinara a Alberts. ¡Era nuestra única baza!

—Aquí no —le pidió el duque con los dientes apretados dirigiéndose

con grandes zancadas hacia la casa.

Una vez dentro de la biblioteca, James cerró la puerta y se enfrentó a su amigo dirigiéndole una de sus frías miradas, pero estaba demasiado furioso y su preciado autocontrol estaba a punto de quebrarse.

—¿Yo dejé escapar a Wedgwood? —exclamó—. Era tu cometido averiguar su paradero y ¡debido a tu completa ineptitud casi mata a mi esposa!

Cromwell enrojció hasta el nacimiento del cabello y su pecho se infló como un pavo real a punto de estallar.

—¿Tu esposa? ¿Qué sabes de ella? ¡Nada! Puede que incluso esa zorra traidora sea una espía francesa cuya única misión sea mantenerte ocupado con sus enaguas...

Apenas pudo ver el puño de su amigo estrellarse contra su ojo. Le había atacado con tal celeridad que no había tenido tiempo de defenderse. Se tambaleó hacia atrás con un quejido de dolor y cayó sentado sobre su trasero en uno de los sillones.

—¿Qué demonios te ocurre? —le preguntó mirándole con preocupación sin entender a qué se debía esa actitud.

Su viejo camarada parecía una fiera enjaulada y lo había visto así en muy contadas ocasiones lo que indicaba su alto estado de agitación. La comprensión aclaró su mente y lo miró con una especie de mezcla de diversión y espanto.

—Santo cielo... ¿te has enamorado de ella? —preguntó estupefacto.

James se enderezó con los puños apretados, volviendo a colocar sobre su rostro esa máscara de frialdad que ocultaba sus más profundos sentimientos.

—¡Contéstame, maldita sea! —gritó Cromwell agarrándolo de las solapas intentando derribar esa templanza tan irritante.

—¡Sí! —rugió James fuera de sí apartando las manos de John de su chaqueta de montar con un fuerte ademán y acercando el rostro de manera que casi se podían tocar con la nariz.

Había tal rabia y dolor en sus ojos que Cromwell dio un involuntario paso atrás, sorprendido.

—Sí, la amo y la protegeré de ti, de la Hermandad y del mismísimo diablo si es necesario con mi espada e incluso con mi propia vida, ¿lo has entendido?

James agarró con fuerza la pechera de la camisa de Cromwell y lo levantó sujetándolo contra la pared cegado por la ira. No permitiría que nadie,

ni siquiera su mejor amigo, hablase de su esposa en aquellos términos.

—James... me estás ahogando... —murmuró intentando desasirse.

—James es suficiente.

Él giró la cabeza con lentitud hacia la mano pequeña y delicada que se había posado sobre su antebrazo. Con un jadeo soltó a Cromwell tan abruptamente como lo había agarrado haciendo que trastabillara, y miró a Sarah a los ojos después de pasear la mirada por el pequeño montón de libros que sujetaba con el otro brazo y la puerta abierta de la biblioteca que no había escuchado abrirse. Con el pánico recorriéndole las venas escudriñó en su memoria qué demonios habría dicho, hasta qué punto habría mostrado los secretos de su corazón.

Se miraron durante varios minutos en silencio, roto por la tos insistente de John mientras intentaba recuperar el aliento. Sarah era incapaz de articular palabra después de oír la declaración de James, sin embargo, lo que la había conmovido hasta lo más profundo de su alma era su mirada, completamente transparente por primera vez desde que se habían conocido. Estaba llena de dolor, miedo, angustia y algo parecido a la esperanza.

—James... —comenzó a decir sin saber muy bien cómo continuar mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—John, déjanos —ordenó él sin apartar la mirada de su esposa, acongojado por la compasión que veía en sus ojos.

Él podría vivir sin su amor, pero no con su compasión. Jamás.

—¡No! —se apresuró a decir ella apartando la mirada.

Ese gesto fue como una bofetada. James escondió sus sentimientos tras una media sonrisa sin humor y apartó la mano de Sarah de su brazo.

Era un necio, durante un breve segundo había tenido la esperanza de que ella le correspondiera, pero no era así y ahora se sentía expuesto a un nivel que nunca había experimentado. Debería haber sido capaz de controlar su lengua, pero Cromwell, maldito fuera, le había presionado hasta hacerlo estallar. Le miró de reojo dibujando una mueca cuando vio que su ojo empezaba a amarrotarse.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Sarah con preocupación.

—Sí... sí, milady —contestó con un carraspeo mirando a ambos con un profundo ceño.

—Deberías disculparte —le sugirió Sarah a James endureciendo la voz.

Él elevó ambas cejas asombrado, cruzó los brazos por delante del pecho y levantó la barbilla en un gesto tan infantil que Cromwell se rascó el mentón

para no sonreír.

—En realidad soy yo el que debe disculparse —se apresuró a decir antes de que su amigo dijera algo que después lamentaría.

—No quería pegarte tan fuerte —refunfuñó James con los dientes apretados.

Por nada del mundo iba a disculparse por defender el honor de su esposa.

Cromwell ladeó la cabeza aceptando su casi disculpa y evaluó a Sarah con la mirada. Iba a arriesgarse a que le pusieran morado el otro ojo, pero no tenía elección.

—Lady Sarah, es un placer conocerla al fin. Soy lord John Cromwell, uno de los mejores amigos de su esposo. Antes de nada permítame que la felicite por su reciente casamiento.

—Gracias —murmuró aceptando su mano.

—Señora, el tiempo apremia y es de vital importancia que me proporcione toda la información que disponga sobre la Hermandad o sus miembros.

—¡Maldita sea, John! —bramó James dando un paso amenazante hacia él.

—Quiero ir a Londres —les interrumpió Sarah antes de que volvieran a enzarzarse en otra pelea comprendiéndolo todo.

Lord Cromwell debía ser quien había reclutado a su esposo para toda aquella locura y si no estaba errada, era el único que podría ayudarla a encontrar a su hermano.

James la miró con los ojos desencajados y dirigió toda su ira hacia ella.

—¡Ni hablar!

Sarah se encogió un poco sobre sí misma debido a la furia que emanaba. Nunca le había visto tan enfadado, en realidad, nunca le había visto enfadado, pero no iba a dejarse amedrentar. Estaba decidida a ir a Londres costase lo que costase. Había empezado a redactar en secreto una lista de descripciones en las últimas páginas vacías de los diarios del difunto lord Rutherford sobre los lugares y las personas que había visto en la Hermandad, pero necesitaba ponerles nombre a todas esas caras desconocidas y la única manera de hacerlo era yendo a Londres.

—James, es la única manera —intentó convencerlo con tono conciliador, acercándose a él para tocarle la mejilla.

—No te expondré a esos bastardos —le dijo esta vez con menos

seguridad en sí mismo.

—Me ocuparé personalmente de su protección —intervino Cromwell cada vez más optimista.

—Tú no te metas en esto —le dijo echando fuego por los ojos apuntándole con un dedo acusador.

—Pude identificar a lord Alberts, tal vez pueda hacer lo mismo con el resto. Soy la única que los ha visto y lord John asegura que el tiempo se agota. Por favor, James, déjame hacer esto.

—Warren sigue suelto y ya ha demostrado que es capaz de hacer cualquier cosa para silenciarte. ¿Qué te hace pensar que te permitirá pasearte por todo Londres señalando a sus compañeros traidores? —dijo elevando el tono de voz un par de decibelios.

—Por eso debo hacerlo. A pesar de lo que pueda opinar mi hermano, mi padre era un hombre honorable, no puedo permitir que mancille su nombre —replicó ella con convicción.

Cromwell los observó con curiosidad. Se moría por preguntarle a la duquesa cómo y en qué circunstancias había asistido a las reuniones secretas de la Hermandad, pero se mordió la lengua. Estaba a punto de conseguir lo que quería y si la presencia de Sarah en Londres provocaba que Wedgwood saliese de su escondrijo, haría todo lo posible por aprovecharse de ello.

James cerró los ojos sabiendo que estaba a punto de perder esa batalla. Jamás habría imaginado que la testarudez fuera parte de su carácter, pero muy a su pesar admiraba su valentía más sabiendo que para ella no sería nada fácil enfrentarse de nuevo a esos hombres.

Suspiró atrayéndola hacia él y apoyando la frente sobre la suya.

—No tienes que hacerlo, eres mi esposa, me corresponde a mí librar tus batallas —argumentó en un último intento desesperado por retenerla allí.

—No necesito que nadie luche en mi lugar, he sido capaz de hacerlo yo sola durante mucho tiempo, pero será agradable contar con tu apoyo.

James lanzó varias carcajadas antes de besarla. Era testaruda, valiente, dulce, inteligente y él la amaba con todo su corazón.



Hacia rato que Sarah no escuchaba sonido alguno proveniente de la habitación de al lado, sabía que James estaba allí porque le había oído tras salir su ayuda de cámara un rato antes. No habían vuelto a dormir separados desde aquella primera noche, normalmente el primero que acabara de prepararse para irse a dormir acudía a la habitación del otro, pero parecía que esa noche no sería así.

Angustiada, volvió a mirar hacia la puerta abierta que comunicaba ambos dormitorios. ¿Sería bien recibida? Desde que James confesara sus sentimientos delante de lord John había estado frío y distante el resto del día, pero ella necesitaba volver a oírlo.

Apagó la vela y permaneció sentada sobre la cama, indecisa. No podría dormir con ese cosquilleo en la boca del estómago, con la duda de saber si lo habría dicho en serio. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se levantó y fue sin pensarlo más hacia la puerta sin saber que James había tenido la misma idea y antes de que tropezara con él, la sujetó haciendo que ella emitiera un grito ahogado.

—¿Estás bien? —le preguntó James en un susurro preocupado, ya que no había sido su intención asustarla.

Con un suspiro de alivio, Sarah le rodeó la cintura con los brazos y hundió la cara en el espeso vello que cubría su pecho.

—Creía que no vendrías —murmuró.

—Siempre vendré a ti, no importa lo que ocurra —le prometió abrazándola un poco más fuerte sintiéndose derrotado.

—Lo que dijiste esta mañana...

—No importa —la interrumpió odiándose porque le temblara la voz, por su debilidad.

—¿No importa? —repitió ella confundida.

Se apartó de él lo suficiente para poder mirarlo a los ojos, pero la oscuridad que les envolvía le impedía ver cualquier atisbo de afecto en ellos.

—Sé que tú no sientes lo mismo, pero aprenderé a vivir con ello. No volveré a abrumarte con mis sentimientos, no temas —le dijo con la voz estrangulada y el corazón en carne viva.

—¡Oh, James! —exclamó cogiendo su rostro entre las manos—. Todo lo que tengo... todo lo que soy es tuyo, aunque esté roto y usado...

James la besó cuando escuchó su voz quebrarse por la emoción. Al menos tenía su pasión y su confianza y con eso debería bastar. Quizá cuando todo acabara, cuando Wedgwood ya no fuera una amenaza y la Hermandad

estuviera destruida podría curar su corazón herido.

La levantó en vilo y se dirigió con ella hacia su propia cama. Quería hacerla suya y demostrarle cuanto la amaba; esa noche no habría barreras entre ellos, le entregaría su corazón, su alma y su cuerpo. Los sonidos de placer de Sarah le volvían loco y no perdió tiempo en desvestirse, le desgarró el camisón y se tumbó sobre ella desesperado por introducirse en su calor.

—Dímelo... por favor, dímelo —lloriqueó Sarah cercándolo con sus piernas y brazos, instándole a fundirse en ella.

—Te amo... te amo, Sarah, te amo... te amo... —repitió una y otra vez sintiendo como todo su cuerpo se estremecía cuando Sarah gritó su nombre consumida por su propio fuego.



El burdel situado en el East End de Londres estaba casi vacío a esas horas de la madrugada y Bourgeois no tuvo demasiados problemas en localizar al marqués, repantigado en un sillón, con las piernas estiradas, la camisa desabrochada y la cabeza echada hacia atrás con un puro en los labios y los ojos entrecerrados mientras una de las muchachas escasamente vestidas le manoseaba a placer. El francés no pudo reprimir una expresión asqueada al acercarse, la misma que lucía desde que había pisado suelo inglés hacía varias semanas siguiendo a Wedgwood. Odiaba Inglaterra y todo lo que representaba, pero haría lo que fuera por su país y si tenía que hacer de niñera de aquel estúpido inglés, lo haría.

Despachó a la prostituta con un movimiento de la cabeza y se sentó frente a Warren chasqueando la lengua al tomar una botella casi vacía de whisky. Le dio un largo trago hasta apurarla y la depositó de nuevo sobre la mesa antes de darle una patada en las piernas al marqués.

Warren abrió un ojo y lo miró sin ocultar su desconcierto y rabia. Se enderezó y elevó las cejas y los hombros, haciéndole una pregunta muda. Había hecho todo lo que le habían pedido, ¿qué demonios quería ahora ese maldito francés?

—Sigue viva —le comunicó Bourgeois sin ocultar el enfado que le producía su incompetencia.

—¿De quién demonios estás hablando?

—De su hermana, *monsieur* Wedgwood.

—Imposible —se defendió incorporándose del todo.

Sarah estaba muerta, las pesadillas en las que podía ver su cuerpo flotando en el lago lo atestiguaban.

—Sus órdenes fueron muy concretas. Que nos hayamos vistos obligados a deshacernos de lord Alberts indica lo peligroso que resulta que esa mujer siga con vida y su esposo fue militar durante la guerra, no es alguien a quien debamos subestimar. Ahora será mucho más peligroso acercarse a ella. Espero que no vuelva a fallar o tendré que encargarme yo y le aseguro que no será nada placentero para usted, ¿lo ha entendido?

—Perfectamente.

Warren no dijo nada más mientras su vieja sombra se marchaba, debía tomarse en serio la amenaza implícita hacia su persona si no conseguía su objetivo. Deshacerse de Sarah estaba siendo más complicado de lo que había pensado, pero tenía otra oportunidad, la tercera y definitiva, y esta vez no fallaría.

Capítulo 14



No podía dejar de mirar por la ventanilla mordiéndose el labio inferior mientras observaba maravillada la asombrosa ciudad que estaban atravesando. Las espaciosas calles con aceras adoquinadas y preciosos faroles de cristal, las bonitas casas con pequeños pórticos y columnas para guarecerse, las tiendas con magníficos escaparates que atraían la atención de los viandantes y los esplendorosos parques cuyos caminos estaba deseando recorrer. James le había hablado durante el largo trayecto hasta allí de Hyde Park, Vauxhall Gardens, el teatro de Drury Lane y del Jardín Botánico Real de Kew al que pensaba dedicar más de una jornada durante su estancia en la ciudad.

Para Arianna había sido una enorme decepción no acompañarles en aquel viaje, pero su marido no estaba dispuesto a arriesgar su seguridad y Sarah lo entendía. De hecho, hasta el último instante había insistido en que ir a Londres era una locura, pero no había tenido más remedio que claudicar ante sus sólidos argumentos. Lo que nunca había esperado es que su esposo se ofreciera a enseñarle a usar una daga y durante las largas paradas de aquel agotador viaje habían practicado sin descanso hasta que ella pudo defenderse con cierta soltura. Le agradecía que hubiera tomado esa decisión, puesto que ahora llevaba la daga atada a su muslo con una cinta dándole una seguridad en sí misma que no había tenido hasta ese momento. La próxima vez que se encontrara con Warren no estaría desvalida.

James arrugó el entrecejo levemente al notar los signos de tensión en ella. No había dejado de observarla con una sonrisa perenne en sus labios, contagiado de su entusiasmo, para él Londres solo era una ciudad ruidosa y maloliente, donde los ricos eran demasiado ricos y los pobres demasiado

pobres, donde cualquier pequeño desliz se pagaba con la exclusión social o incluso con la vida. Pero suponía que para alguien como Sarah, que jamás había salido del campo, ver aquello era como introducirse en otro mundo.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó antes de besarle los nudillos de la mano que mantenía sujeta.

No se había puesto guantes, de hecho, rara vez los usaba y crispó la mano sin querer. No permitiría que nadie se burlara de ella por sus costumbres algo toscas con respecto a lo que se esperaba de alguien de su posición.

—No puedo evitarlo, todo parece tan grande, tan impersonal. Sé que van a diseccionarme como a un bicho raro, tía Violet ya me lo advirtió. No quiero que nadie tenga motivos para reírse de ti por mi causa.

—Creía que ya habíamos pasado por esto. El baile en honor a nuestro casamiento fue un éxito, todo el mundo quedó prendado de tu belleza y de tu dulzura. Te aseguro que nadie habló de otra cosa a su vuelta a Londres y en cuanto llegemos a la casa de Mayfair habrá decenas de invitaciones a los múltiples bailes que se celebran por toda la ciudad. Además, eres la duquesa de Rutherford, nadie osará mirarte mal o hablar de manera poco apropiada de ti, ellos serán los que se sientan juzgados, no lo olvides.

James la besó con suavidad intentando aplacar sus temores. De repente, se le ocurrió una idea y satisfecho consigo mismo, se prometió que escribir esa petición sería lo primero que haría al llegar a casa.

El carruaje se detuvo frente a una mansión de tres pisos y piedra blanca con elegantes miradores flanqueados por balaustradas y columnas y una larga valla de hierro forjado que delimitaba la propiedad. Le enorme puerta de la entrada estaba coronada por una vidriera de colores que enseguida atrajo la atención de Sarah al bajar del coche. No era tan impresionante como Meadow Manor, pero aun así cortaba la respiración. Sarah no le soltó la mano mientras se acercaban con decisión hacia la puerta, la cual se abrió inmediatamente antes de que llegaran hasta ella. Un mayordomo de mediana edad les recibió con una enorme sonrisa y una reverencia formal.

—Excelencia, es un placer tenerlo de vuelta.

—Percival, ella es mi esposa, la duquesa de Rutherford, lady Sarah.

—Milady, es un gran honor. Espero que todo sea de su agrado.

—Gracias.

—Que alguien se ocupe de nuestro equipaje y que preparen el baño. ¿Tienes hambre? —le preguntó a Sarah, solícito.

Ella asintió con una sonrisa sin dejar de mirar a su alrededor llena de curiosidad.

—Enseguida le subirán el almuerzo. Me he tomado la libertad de prepararles la habitación dorada —anunció Percival elevando las cejas buscando su aprobación.

—Perfecto.

James tiró de Sarah con la intención de subir directamente al dormitorio, pero el mayordomo carraspeó un par de veces para llamar su atención y detenerlo.

—Milord, el rumor de su llegada ha recorrido todo Londres. No han dejado de llegar invitaciones desde ayer —le comunicó señalando el pequeño aparador de madera torneada y mármol sobre el que descansaba una bandeja de plata llena de tarjetas.

Con una mueca les echó un vistazo, descartándolas enseguida. Más tarde las estudiarían y decidirían cuales contestar, mientras tanto solo quería descansar abrazado a su esposa.

No podían dejar de mirarse mientras tomaban un succulento y delicioso desayuno. Estaban sentados uno junto al otro y sus brazos se rozaban al menor movimiento, Sarah acercó la mano a la bandeja de panecillos blancos y la de James la cubrió con habilidad, sujetándola con suavidad mientras le acariciaba el dorso con las yemas de los dedos. Ella suspiró y él se llevó las manos unidas de ambos a los labios, pero no era suficiente así que se giró para besarla como estaba deseando desde que abandonaron el dormitorio.

—¡Por el amor de Dios, James! Deja esas muestras de afecto para dónde correspondan.

La voz de tía Violet resonó con fuerza en el comedor sobresaltándolos a ambos. La expresión del duque se tornó furiosa, nada contento por la inesperada interrupción.

—Es mi casa y puedo hacer lo que me plazca, cuando me plazca.

Y para demostrarlo volvió a besar a su esposa ante la mirada reprobatoria de la anciana, que se acercó a ellos y tomó asiento junto a Sarah, que no podía ocultar su sonrisa.

—Parece que te has recuperado bien.

—Sí, tuve mucha suerte —contestó sin apartar la mirada de ella pero buscando la mano de James sobre la mesa, quien le dio un pequeño apretón al notar lo.

—¡Hum! Supongo que no pensarás salir con ese vestido, ¿no? — preguntó mirando el sencillo vestido de algodón de tonos celestes con una mueca.

—¿Por qué?

Sarah bajó la mirada para observar su atuendo sin entender qué estaba mal. Era uno de los últimos que la señora Peterson había confeccionado y puesto que Violet había aprobado su vestuario conforme la costurera lo entregaba, había decidido incluirlo en el equipaje.

—Para el campo es más que adecuado, pero no para Londres. Menos mal que he venido, sino serás el hazmerreír de toda la ciudad en menos de un día.

—Tía... —comenzó a advertirle James entrecerrando los ojos.

—Anula todos los compromisos del día, querido. Nos vamos a la modista.

Había sido una ingenua al pensar que el taller de la modista sería algo parecido al de la señora Peterson, pero no podía haber estado más equivocada. El local de madame Debasset era un salón de modas en toda regla, ya desde antes de apearse del carruaje pudo observar los grandes escaparates adornados con multitud de sombreros y tocados de todo tipo, así como a las elegantes mujeres que los miraban con cara de pasmo al hacer su entrada en la tienda.

Sarah bajó la mirada, incómoda ante el escrutinio de aquellas mujeres ataviadas con sedas, ricos bordados y manguitos de piel. Por un momento, se sintió insignificante y miró a su esposo, preguntándose qué habría visto en ella teniendo a su alrededor mujeres como esas.

James sonrió y le dio un breve beso en el dorso de la mano antes de hacer que se cogiera de su brazo y enderezarse orgulloso por llevarla a su lado.

—James...

Una de aquellas extrañas dio un paso hacia delante y paseó la mirada de uno a otro sin terminar de creer lo que veía. Él dio un ligero respingo al reconocer a su interlocutora e hizo una leve inclinación de cabeza en su dirección.

—Buenos días —contestó con formalidad.

La mujer se acercó hasta ellos con una sonrisa carente de amabilidad y observó a Sarah con las cejas enarcadas.

—Así que eran ciertos los rumores... ella es tu esposa, la heredera del

marquesado de Wedgwood.

—Sarah, permíteme que te presente a Margaret, condesa viuda de Mondley.

Ella ladeó la cabeza pero no hizo ningún intento de mantener una conversación, puesto que la hostilidad de aquella mujer era más que patente.

—¿Vas a solicitar audiencia al rey para que le devuelva sus derechos a tu esposa?

Sarah miró la condesa, que la ignoraba con toda frialdad. Solo tenía ojos para su marido y por un momento se preguntó qué clase de relación les uniría para que le hablara con tanta familiaridad. Era muy bella y, sabedora de ello, rezumaba elegancia en cada gesto y hasta su dicción era impecable.

—Eso solo depende de lo que mi esposa —dijo haciendo énfasis en la palabra—, desee. Ahora, si nos disculpa, hemos venido a hacer unas compras.

—Por supuesto, es obvio que las necesita.

El insulto estaba tan implícito en sus palabras que James apretó la mandíbula al notar como los dedos de Sarah se ponían rígidos sobre su brazo.

—Al contrario, la naturalidad y belleza de mi esposa son tan especiales que no necesita artificios para resaltarlos.

No esperó la respuesta de la condesa, sino que siguió andando hacia el interior del establecimiento arrastrando a Sarah con él.

—¡Señora Sutton! ¡Qué inmenso placer volver a verla!

Una mujer de mediana edad con un estrafalario peinado lleno de plumas hizo su aparición con las manos abiertas y una enorme sonrisa de bienvenida. Se detuvo a escasos metros de ellos e hizo una ligera reverencia hacia el duque mientras posaba su mirada curiosa sobre Sarah.

—Ella es mi sobrina, la duquesa de Rutherford.

La costurera enarcó las cejas de forma desmesurada cuando Violet la presentó y parpadeó varias veces antes de inclinarse.

—Es un honor que haya decidido visitar mi negocio, excelencia. ¿Puedo ayudarles en algo?

Antes de que Sarah pudiera intervenir, Violet comenzó a quitarse los guantes y la señaló con un movimiento de muñeca.

—Empezaremos por dos vestidos de paseo y uno de noche. Para hoy.

—Por supuesto, madame, permítame que le enseñe algunos de nuestros nuevos modelos.

La modista dio un par de palmadas y varias muchachas comenzaron a

desfilan llevando en los brazos montones de vestidos de vaporosas sedas y multitud de colores.

—Puedes irte, sobrino. Pasaremos el resto del día aquí —le despidió su tía sin apenas mirarlo.

Sarah lo miró con los ojos llenos de pánico, pero James no tenía intención de moverse de allí y dejar sola a su esposa en manos de aquella arpía.

—En absoluto —contestó tomando asiento en un sillón orejero—. No podría encontrar actividad más entretenida que esta.

La expresión de la anciana dejaba bien claro lo que opinaba de su actitud, pero se guardó muy bien de dar su opinión. Pidió un servicio de té y se acomodó junto a él aceptando y desechando prendas durante varias horas.

El crepúsculo comenzaba a vislumbrarse a través de las frondosas arboledas que rodeaban los jardines de Vauxhall. Tras la visita a la modista y acompañar a tía Violet a su casa, James decidió dar un paseo por los famosos jardines. Habían cenado en una mesa apartada bajo un roble, vino francés, quesos y el legendario jamón Vauxhall, que consistía en finísimas lonchas de carne.

Conforme avanzaba la noche, la multitud de lámparas de aceite se encendieron al unísono iluminando los jardines con su cálida luz dando comienzo a los distintos espectáculos que se organizaban, desde acrobacias a fuegos artificiales. Sarah se abrigó con su nuevo mantón de terciopelo forrado con piel de armiño y se apretó un poco más a James mientras observaba embelesada los juegos pirotécnicos y el compendio de luces de colores que iluminaban el firmamento.

—¿Te gusta? —le preguntó James con una sonrisa abrazándola contra él.

Allí no importaban las normas sociales, podían tocarse, abrazarse y disfrutar de la mutua compañía sin miedo a miradas recriminatorias.

—Nunca había visto nada parecido. ¡Es precioso!

Él se rio y levantó la cabeza hacia el cielo sin notar que Sarah lo miraba con indecisión.

—¿También la trajiste a ella? —preguntó al fin con un hilo de voz.

No había podido quitarse de la cabeza a aquella aristócrata que tan impunemente la había insultado delante de todos y que con tanta confianza había tratado a su marido, lo que la había hecho sospechar que entre ellos

había habido algo más, incluso era posible que todavía lo hubiera.

James la miró con la cabeza ladeada y las cejas arqueadas por la sorpresa. La cogió de la barbilla y le giró la cara hacia él al ver que no era capaz de sostenerle la mirada.

—¿Te refieres a la mujer de esta mañana? Margaret no significa nada para mí, ¿me crees?

—Pero lo hizo en el pasado, ¿no es cierto?

James suspiró. Había sido mala suerte que se hubieran encontrado, pero reconocía que habría pasado tarde o temprano. Lady Mondley siempre había sido asidua a todo tipo de fiestas y reuniones, así que lo más probable era que hubieran coincidido en alguna de ellas.

—Fuimos amantes durante dos años. Ella no se metía en mi vida ni yo en la de ella, hasta que empezó a exigirme más de lo que podía ofrecerle y rompí la relación. Supongo que aún me guarda rencor, ya que su intención siempre fue ocupar el lugar que ostentas tú.

Sarah guardó silencio unos minutos, hasta que con un suspiro inaudible apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Por qué no lo hiciste? ¿Casarte con ella? Es tan elegante... Estoy segura de que tía Violet lo habría aprobado.

—Supongo que podría haberlo hecho, pero... no la amaba, nunca la amé.

—Tampoco me amabas a mí cuando me propusiste un matrimonio de conveniencia —insistió, queriendo entender.

—¿En serio? —murmuró bajando la mirada hasta su boca antes de besarla.

No quería pensar en Margaret ni en su tormentosa relación, ni siquiera en el motivo por el que estaban allí, solo deseaba perderse en la mirada de su esposa y volver a casa. Sarah le pasó los brazos por el cuello para devolverle el beso dejando que su costoso mantón resbalara hasta el suelo, hizo ademán de recogerlo, pero él se adelantó esbozando una mueca divertida; estaba a punto de sugerir que se marcharan cuando la vio petrificada mirando hacia un punto entre los árboles.

—¿Sarah?

Se enderezó de inmediato desviando los ojos hacia ese mismo lugar, pero solo pudo distinguir una figura alejándose. Con una exclamación de furia quiso seguirle, pero Sarah le sujetó negando con la cabeza.

—¡No me dejes!

—No se acercará a ti —le prometió apretándola contra él al ver que temblaba, con el miedo y la ira rezumando por sus ojos.

Que se atreviera a acercarse tanto a ellos sin que le importara ser visto manifestaba que su venganza se había tornado en locura, pero cumpliría su promesa y no permitiría que volviera a hacerle daño a su esposa aunque le costara la vida.

Warren salió de los jardines ocultándose entre las sombras sorteando a las parejas que daban rienda suelta a sus deseos al amparo de la oscuridad. La bruma que esa noche inundaba la ciudad proveniente del Támesis y de las fábricas era densa y baja mientras se internaba en el East End en dirección a Whitechapel, dónde se había instalado al llegar a la ciudad. Las diferencias de aquel suburbio con la elegancia de Regent Street o St. James eran más que visibles: calles estrechas y ramificadas, casas mal construidas y amontonadas, e indigentes y marginados provenientes del campo hacinados en callejones llenos de rateros y ladrones.

Había sido demasiado imprudente acercándose tanto, debía tener cuidado con Rutherford, que no era un hombre al que se pudiese subestimar. Muy pronto Napoleón haría su anuncio al mundo y entonces borraría esa expresión de felicidad de la cara de ambos cuando él se cobrara su venganza de forma definitiva.

Capítulo 15



Park Lane estaba tan atestada con los carruajes de los invitados al baile de los condes de Albemarle, que el cochero tuvo que parar a varios metros de la entrada, en cuarta fila, para que los duques de Rutherford pudieran bajarse. No llegaban excesivamente tarde, pero sí lo suficiente para hacer una entrada triunfal. James estaba seguro de que el baile ya habría dado comienzo y con un poco de suerte, la mayoría de los hombres ya tendrían asignadas a sus parejas de manera que Sarah solo estuviera disponible para él. La miró ocultando el temor en sus ojos mientras avanzaban hacia la casa, deseaba abrazarla con todas sus fuerzas y protegerla. No le había dicho que Alberts había dado a entender que la había reconocido y las posibles implicaciones de aquella afirmación le asustaban como no lo había estado en su vida.

Sujetó con fuerza su mano enguantada y se adentraron en la mansión. Había tal cantidad de gente que apenas había espacio para moverse y con una mueca de disgusto estiró el cuello intentando aflojar el nudo del pañuelo que llevaba atado. Estaba pensando seriamente en salir de allí cuando de repente se abrió un pasillo ante ellos dejándoles paso hacia el interior del gran salón. Notó como Sarah apretaba su mano sobre su brazo sorprendida por la atención que acababan de despertar, y no era para menos; un centenar de personas los miraban sin disimulo y, mientras las mujeres no dejaban de cuchichear tras sus abanicos, los hombres se estiraban lo máximo posible intentando alcanzar la altura y elegancia del duque.

—Excelencia, ¡qué gran honor que hayan aceptado asistir a esta pequeña velada en nuestro humilde hogar! —exclamó la anfitriona acercándose a ellos con paso ligero y abanicándose con un entusiasmo algo excesivo.

«¿Pequeña velada?», quiso preguntar James enarcando una ceja de

incredulidad. Estaba convencido de que aquella multitud solo se debía a que la anfitriona no habría tardado ni medio segundo en difundir su presencia tras recibir su respuesta aceptando la invitación. No dejaba de sorprenderle lo chismosa que era la gente, esa misma tarde durante el té en casa de tía Violet, las matronas de la ciudad no habían dejado de acosar a Sarah con sus estúpidas preguntas hasta el punto de provocarle una terrible jaqueca.

—Lady Rutherford, es un verdadero placer conocerla al fin.

—Ha sido muy amable al invitarnos. Espero que no lleguemos demasiado tarde —dijo Sarah con una sonrisa encantadora mientras intentaba no prestarle demasiada atención al vestido carmesí de la condesa, el cual no le favorecía en absoluto a su figura redondeada y mofletes sonrojados.

—¡En absoluto! La música acaba de empezar —mintió dando un par de palmadas para ordenar que la orquesta siguiese tocando.

Antes de que el conde se uniese a su esposa, James tomó el brazo de Sarah y con una reverencia, se dirigió a la pista tirando de ella.

—¡Dios mío! No aguanto tanta pedantería —murmuró en su oído.

Sarah se echó a reír llamando la atención de las parejas que danzaban alrededor. Su mirada se cruzó con la de un hombre de mediana estatura, de pelo corto y castaño claro que la saludó con una inclinación de cabeza. Ella le devolvió el saludo y apartó la mirada rápidamente sintiendo que se le aceleraba el corazón. El hombre no tenía nada de extraordinario, parecía algo mayor que James y de apariencia casi vulgar, con la nariz grande y ancha y las patillas mal recortadas, que le daban un aspecto bastante alejado de la pulcritud de la mayoría de los caballeros presentes, pero había algo en sus ojos del color de la melaza que enseguida le habían hostigado la memoria.

Estaban en un salón más fastuoso de lo que había visto nunca, con gigantescas lámparas de araña doradas que refulgían bajo el brillo del fuego y ricos cortinajes de terciopelo rojo que ocultaban lo que allí ocurría a los ojos curiosos de visitantes indeseados. Las mujeres reían mientras giraban en brazos de los hombres, enmascarados, como si de un baile veneciano se tratara. La comida y la bebida corrían a raudales por entre las mesas, exóticos platos que le hacían la boca agua al mirarlos. Sarah llevaba dos días sin probar bocado y los ojos le lagrimearon cuando el aroma de un succulento pavo relleno llegó hasta ella. El festejo se detuvo de repente cuando un hombre entró en el salón arrastrando con él a un muchacho mugriento que llevaba un trozo de tela a modo de hatillo en la espalda. El

hombre lo empujó hacia el suelo, muy cerca del rincón donde Sarah permanecía encadenada a la espera de que George se acordara de ella. Observó que el muchacho no era mayor que un niño, quizá demasiado alto para su edad pero con una mirada inocente y aterrorizada que mostraba a todas luces que jamás había visto a una mujer desnuda ni tanta decadencia.

—Estaba robando —dijo el hombre con rabia dándole un puntapié en las costillas arrancándole un grito de dolor.

George se adelantó al semicírculo que se había formado frente a ellos y observó al niño con repugnancia antes de abrir el hatillo con la punta del zapato. Pan, fruta, algo de carne y queso quedaron al descubierto y una sonrisa desdeñosa se dibujó en el semblante de Seinfeld dándole un aspecto más amenazador aún.

—¿Sabes lo que le hacen a los ladrones en Inglaterra? —le preguntó con suavidad.

—Por favor, milord, mi familia no tiene nada para comer, se lo suplico, deje que me vaya —lloriqueó el niño gateando hasta llega a sus pies para besárselos.

—Deshazte de esta escoria —le ordenó al hombre que lo había arrestado mientras se quitaba al niño de encima con una sacudida.

Los ojos del hombre brillaron de anticipación mientras agarraba al muchacho y lo sacaba a rastras del salón. La música volvió a sonar y las risas y el jolgorio empezaron a escucharse de nuevo mientras Sarah permanecía acurrucada hecha un ovillo y los ojos cerrados queriendo desprenderse de la horrible sensación de la mirada de ese hombre.

—¿Qué ocurre? —le preguntó James enseguida al verla tan ensimismada.

Sarah levantó la cabeza para mirarlo a los ojos y apoyó la cabeza sobre su pecho sin importarle que los pasos de baile se vieran mermados y que el público que los observaba murmurara desaprobando su gesto de afecto.

—Ese hombre, el que baila con una joven con un vestido celeste y el pelo moreno con tirabuzones. ¿Lo ves?

La cabeza de James se movió con disimulo observando la sala y a las parejas que estaban junto a ellos hasta que localizó a la persona de la que hablaba y arrugó el entrecejo al reconocerlo. Era un baronet que había ascendido en el escalafón social gracias a un ventajoso matrimonio con una joven heredera norteamericana, nadie relevante, asiduo del White's, uno de

los clubs de caballeros más exclusivos de la ciudad, y de las carreras de caballos. No habían cruzado más de dos palabras las veces que habían coincidido en dicho club y le sorprendía que Sarah lo conociera.

—¿Es uno de ellos? —le preguntó sin ocultar la incredulidad en su tono.

—Sí.

—¿Estás segura, Sarah? —volvió a preguntar sin apartar la vista del baronet.

Ella volvió a mirarlo y un escalofrío le recorrió la espina dorsal al pensar qué destino habría tenido aquel muchacho en sus manos.

—Sí —repitió con firmeza a pesar del temblor de su barbilla.

James se separó de ella y, con una mano en su espalda, la condujo hacia uno de los balcones abiertos donde, fuera de la vista de ojos curiosos, no perdió un segundo en abrazarla dándole lo que ella necesitaba en ese momento. Sarah cerró los ojos sintiéndose reconfortada y protegida, deseando quedarse así para siempre, envuelta en el calor que él emanaba. Levantó la mirada para darle las gracias, pero las palabras se le atascaron en la garganta al ver sus ojos que ya no ocultaban nada y se maravilló con lo que vio en ellos, sintiendo como su corazón resquebrajado volvía a palpar dentro de su pecho.

Se puso de puntillas y lo besó, poniendo toda su alma en ese beso, queriendo decirle con ese gesto todo lo que aún no era capaz de decir con palabras.



Levantó la mirada del diario sosteniendo en alto la pluma que estaba usando para escribir y echó una ojeada hacia el otro extremo de la habitación, donde James y Cromwell discutían cual era la mejor manera de detener a la decena de traidores que Sarah había identificado hasta ese día. Su esposo insistía en que debían actuar de inmediato por la seguridad de la propia Sarah, mientras que John, más lógico y calmado, prefería obtener pruebas concretas antes de lanzar acusaciones contra importantes aristócratas y otros personajes de la alta sociedad.

No tenía visos de que la discusión terminase pronto, así que Sarah

volvió a su tarea. Podía dar la impresión de que estudiaba con concentración los escritos de lord Rutherford, pero en realidad estaba terminando su lista. No había vuelto a ver a Warren tras sus pasos, pero estaba convencida de que terminaría abordándola en un momento u otro, obsesionado con ver cumplida su venganza. Para no levantar sospechas había estado identificando a varios miembros de la organización ocultando la lista a James, sabiendo que una vez que la concluyera volverían a casa y vería mermadas sus posibilidades de enfrentarse a su hermano. Quería hacerle pagar por todos los años de sufrimiento, por haberle arrebatado su vida.

—¿Aún deseas dar ese paseo por Hyde Park? —le preguntó James sobresaltándola y no de demasiado buen humor.

Sarah cerró el diario con demasiado ímpetu soltando la pluma sin querer, que cayó al suelo con suavidad formando una mancha de tinta sobre la moqueta. Cromwell se apresuró a entregársela de nuevo, mirándola con curiosidad pero ella no le miraba, se había levantado y estaba demasiado ocupada arreglándose una arruga imaginaria de la falda.

—Gracias, John. Parece que has ganado la batalla —comentó sonriendo. Eso significaba que tendría más tiempo.

—Por ahora —replicó James de mal humor—. ¿Nos vamos?

—Por supuesto. Solo necesito mi sombrero —dijo antes de salir de la habitación llevando el diario con ella.

James chasqueó la lengua y se cogió ambas manos por detrás de la espalda antes de salir acompañado de John hacia la entrada de la casa.

—Parece que su ánimo no ha decaído, ¿no? —le preguntó este mirando las escaleras por donde había desaparecido casi corriendo.

James le había contado algo de lo que había vivido la duquesa en esas reuniones, aunque sospechaba que su amigo no había sido del todo sincero, y eso había hecho que la admirara aún más. Sin embargo, había algo que no terminaba de gustarle y no sabía qué era.

—Es la persona más valiente que he conocido.

John puso los ojos en blanco aunque no pudo evitar sonreír. James estaba tan alterado últimamente que no parecía el mismo hombre frío como el acero con el que había compartido cientos de misiones para el almirante Jervis tras noches de desenfreno e insensatez en su alocada juventud. Iba a hacer un comentario jocoso sobre su reciente enamoramiento pero la llegada de la duquesa le interrumpió y solo se limitó a cruzarse de brazos mientras los observaba prepararse para su paseo.

—Que disfrutéis de la mañana —dijo calándose el sombrero y haciendo una pequeña reverencia antes de marcharse.

James no se dignó a responderle, tomó la mano de Sarah y la colocó sobre su codo. Quizá ese paseo le distrajera y consiguiera relajarle ya que desde que habían empezado con aquella misión temeraria era incapaz de conciliar el sueño, obsesionado con comprobar que Sarah no se movía de su lado y que dormía plácidamente. Cuando todo acabara volverían a casa y se dedicaría en cuerpo y alma a cultivar el amor de su mujer.

Hyde Park estaba situado al final de la calle por lo que decidieron ir andando, sorteando a caballos y transeúntes por el camino. Sarah había oído hablar tanto del lugar que estaba impaciente por comprobar las bondades del mismo por ella misma. Además, tía Violet había insistido en que era de obligado cumplimiento pasear por la zona, donde todo el mundo aparecía tarde o temprano para presumir de sus últimas adquisiciones, ya fueran carruajes, sombrillas o pretendientes.

Después de bastante rato caminando, se detuvieron a descansar cerca del lago Serpentine, donde James le compró a un crío harapiento algunas migajas de pan duro para darle de comer a los patos.

—¿Sarah?

Ella se volvió hacia la mujer que había exclamado su nombre sin reconocerla. La joven, encinta, iba del brazo de un apuesto caballero y la miraba con los ojos abiertos por la sorpresa, llenos de lágrimas. Se llevó una mano al corazón y dio un paso vacilante hacia Sarah sin decidirse del todo a acercarse.

—No podía creerlo cuando escuché los rumores... ¡Ha pasado tanto tiempo! ¿No me recuerdas?

Inconscientemente, Sarah se acurrucó un poco más hacia James, que pasó un brazo protector por sus hombros sin apartar la mirada de la pareja. El hombre no dejaba de mirar a su esposa con preocupación, y aunque su semblante era afable, no dejaba de crisar las manos, como queriendo sujetarla junto a él. Mientras tanto, Sarah no podía apartar la vista de la mujer. Era más o menos de su misma estatura, de pelo rubio oscuro y ojos castaños, la nariz era pequeña y respingona y la boca quizá demasiado ancha pero curvada hacia arriba como si no pudiera evitar sonreír todo el tiempo, como ocurrió en ese momento, dejando ver sendos hoyuelos en sus mejillas. Fue la sonrisa lo que despertó su recuerdo y con un jadeo de sorpresa se separó de James.

—¿Maddy? —murmuró con congoja.

Madeleine exclamó antes de correr hacia ella a una velocidad increíble a pesar de su estado y la abrazó con fuerza entre risas y lágrimas. Sarah le devolvió el abrazo con la misma efusividad sin poder creer que se hubieran reencontrado después de tantos años.

James enarcó las cejas, sorprendido por la reacción de ambas y echó un vistazo al acompañante de la mujer, que las miraba con una sonrisa de alivio. Al sentirse observado, dirigió sus ojos hacia el duque y carraspeó ligeramente sonrojado antes de extender una mano hacia él.

—Philip Bowman a su servicio, milord. Ella es mi esposa, Madeleine. Disculpe que les hayamos abordado de esta manera, excelencia, mi esposa no pudo contenerse al ver a su añorada amiga.

—Con Rutherford es suficiente —dijo James estrechando la mano que ofrecía mirándolo curiosidad—. Me alegra saber que mi esposa tiene amistades en la ciudad.

Madeleine se apartó de Sarah secándose los restos de lágrimas con una mano mientras que con la otra enlazaba su brazo con el de Sarah, sin poder ocultar su inmensa felicidad.

—¡Te he añorado tanto! ¿Recuerdas aquellos veranos llenos de confidencias y aventuras? Nunca volvió a ser lo mismo sin ti —comentó sondeándola con la mirada en busca de respuestas.

Sarah sonrió con nostalgia. Hacía años que no pensaba en su amiga de la infancia, era tan doloroso vivir recordando lo que había tenido, que durante sus años de cautiverio lo había borrado todo de su memoria. Sus madres habían sido las mejores amigas y pasaban largas temporadas durante la época estival tanto en Wedgwood Corner como en la propiedad de los Ashton al sur de Worcester. Ahora, solo el hecho de pronunciar su nombre le evocaba toda clase de sensaciones: el olor del mar y el sabor de las moras, la textura de la arena entre los dedos de sus pies, la suavidad de la hierba acariciando su rostro y las risas, sobre todo las risas de ella y Maddy antes de planear alguna travesura.

—¡Oh, Maddy! Yo también te he extrañado muchísimo —dijo dándole un pequeño apretón.

—Tienes que contármelo todo, dónde has estado todos estos años. Mi madre preguntó incansablemente sobre a ti a Warren, pero siempre le contestaba que estabas bien y que no necesitabais nada. ¡Se alegrará tanto de volver a verte! Porque vendrás a visitarnos, ¿verdad? ¡Tenemos años de

charlas retrasadas!

—Por supuesto. Por favor, transmítele mi más sinceros saludos y espero poder verla muy pronto.

—¡Eso espero, porque daré a luz en pocos días!

Maddy se echó a reír, sonrojándose al mirar a su marido, sin ocultar lo orgullosa que se sentía por su próxima maternidad.

—Querida, lamento interrumpiros pero debemos irnos —le dijo su esposo caminando hacia ella con expresión apenada.

—Sí, querido —se apresuró a contestar—. Sarah... estoy muy feliz de haberte encontrado.

Volvió a abrazarla para despedirse y le dio una tarjeta con su dirección, haciéndole prometer que iría cuanto antes a visitarla.

—Menuda sorpresa. ¿Te ha hecho feliz? —le preguntó James sonriente cuando se perdieron de vista.

—¡Oh, sí, mucho! —exclamó Sarah devolviéndole la sonrisa automáticamente, aunque, sin saber por qué, no era feliz como se sentía.

Se despertó al escuchar un sonido ahogado proveniente de algún punto de la habitación. Palpó la cama buscando a Sarah, pero al no encontrarla junto a él se incorporó con brusquedad. Parpadeó varias veces para acostumbrarse a la oscuridad y la localizó hecha un ovillo sobre un diván junto a la ventana.

—¿Cariño? ¿Qué ocurre? —le preguntó con suavidad mientras se levantaba para ir hacia ella y tomarla entre sus brazos.

—Siento haberte despertado, vuelve a dormir —dijo con la voz quebrada, incapaz de controlar los sollozos.

James la ignoró y la levantó en vilo para sentarse en el mismo lugar con ella en el regazo. Suspiró al oír de nuevo ese llanto tan amargo que le rompía el corazón, pensaba que Sarah estaba empezando a superar su pasado ya que la veía reír y sonreír continuamente y además, cada vez era más cariñosa y atrevida durante sus noches de pasión, lo que le había hecho tener esperanzas en cuanto a su futuro.

Debería haber sido más prudente, haberle dado más tiempo para adaptarse a la ciudad en lugar de lanzarse a reuniones, fiestas y bailes sin ton ni son en busca de hombres que le habían humillado. Sabía que tarde o temprano toda esa tensión acumulada saldría de alguna manera de su interior. La abrazó más fuerte oliendo el perfume de su cabello con los ojos cerrados,

deseando estar de nuevo en casa.

—Podemos dejarlo cuando quieras, no tenemos que seguir con esto. Te aseguro que has hecho mucho más de lo que Cromwell o yo mismo habríamos esperado.

—¿Qué? —exclamó sin entender a qué se refería.

—Cromwell podrá apañárselas con los nombres que le has dado hasta ahora, no tienes por qué castigarte de esta manera. Volvamos a casa, Sarah.

—¿Piensas que sufro por la Hermandad? —le preguntó asombrada—. Esos hombres ya no pueden hacerme daño, solo quiero verlos en la horca. No es eso, yo...

Él aguardó a que continuara, sorprendido por estar equivocado. Creía que el pasado de Sarah era el único motivo de su pesar, pero tal vez no fuera eso y un sudor frío le recorrió la espalda al imaginarse que el culpable de su angustia fuera él mismo.

—Cariño...

—Maddy parecía tan feliz y yo me alegro sinceramente por ella, pero este dolor que me ahoga cada vez que pienso que yo también tenía derecho a serlo no se marcha —explotó—. ¡Y no debería sentirme así porque lo soy! Soy feliz, tú me has hecho más feliz que nada ni nadie en toda mi vida, me has dado tanto, me has devuelto mi dignidad, mi orgullo, mi honor y yo... ni siquiera puedo darte un hijo.

James la escuchaba boquiabierto, sin terminar de creer que su más ferviente anhelo se hubiera cumplido. Le sujetó la cara con las manos y clavó en ella su mirada gris llena de esperanza.

—¿Estás diciendo que sientes algún tipo de afecto hacia mí? —Notó el sabor salado de las lágrimas cuando ella le besó, una vez, dos, con una mezcla de desesperación y angustia—. Sarah...

—Me sentía tan vacía, tan rota... jamás pensé que mi corazón sanaría y que lo entregaría voluntariamente, que a tu lado descubriría lo que es la pasión y que llegaría a sentir algo tan profundo y maravilloso que solo el hecho de pensar en separarme de ti me duele. No es afecto lo que siento, porque de lo contrario mi alma no se estremecería cada vez que estoy junto a ti. No, es amor, tan poderoso y fuerte que siento que a tu lado mi pasado no importa, que todo lo que me ha tocado vivir ha sido para poder estar contigo.

Completamente conmovido, James profundizó el beso, saboreándola, queriendo alargar ese momento el resto de su vida. Sarah le amaba y ese hecho le hacía feliz a un nivel inconmensurable. Solo importaban ellos dos,

ni Seinfeld, ni la Hermandad, ni Warren.

Ella había dicho que no podía darle un hijo y James no entendía el porqué de esa afirmación. Recordaba que también le hizo una advertencia similar antes de aceptar casarse con él, pero no importaba. Si ella no podía engendrar y finalmente no eran bendecidos con un hijo, se tendrían el uno al otro, no necesitaba nada más.

Sarah levantó los brazos por encima de la cabeza para facilitar que su esposo le quitara el camisón y enseguida volvió a buscar sus labios mientras le sujetaba el rostro con ambas manos. Todo su cuerpo temblaba debido a una pasión abrumadora, nunca se había sentido así, como si su cuerpo estuviera en llamas y solo él pudiera apaciguarlo.

—James... —susurró echando la cabeza hacia atrás cuando él capturó uno de sus pezones con la boca y comenzó a succionar mientras sus manos jugaban con la hendidura de sus nalgas.

Ella comenzó a moverse sobre la protuberancia de su sexo, impaciente, haciendo que él gruñera por respuesta. Le tiró del pelo hacia atrás separándolo de ella y le mordió con fuerza en la base del cuello mientras agarraba con la mano libre la dureza de su excitación. James jadeó y, sorprendido, vio como su mujer se arrodillaba en el suelo frente a él y le levantaba la camisola con la clara intención de acogerlo en su boca.

Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral cuando sus labios acariciaron toda la longitud de su erección y cerró los ojos emitiendo un gemido involuntario al notar la humedad de su boca cubriéndolo por completo. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras sus glúteos se contraían y se elevaban hacia ella cada vez que estaba a punto de abandonarlo. Sus gemidos se hicieron más profundos haciendo que ella se excitara aún más hasta que de pronto él la levantó con un gruñido acomodándola sobre él.

—Quiero darte tanto placer como tú me das a mí —le dijo ella confundida.

Él se rio con frente perlada de sudor y la respiración agitada.

—¿Quieres matarme? —le preguntó con la sonrisa bailando en sus labios antes de capturar de nuevo su boca.

Estaba más que preparada y antes de que pudiera moverse, ella descendió sobre él uniendo sus cuerpos en uno solo. Ambos suspiraron y Sarah le despojó de la camisola para pasar las manos por el denso vello que cubría su pecho mientras él la miraba absorto. La trenza se había deshecho y

su larga cabellera de hilos de oro envolvía su cuerpo como un manto dorado, tenía los ojos entornados lo suficiente para ver el brillo apasionado que desprendían, los labios entreabiertos, sonrojados y jadeantes, y sus pechos tersos, reclamando su atención.

Sarah le amaba, era suya, completamente suya, en cuerpo y alma, igual que él lo era de ella y sintió como su pecho se expandía con una felicidad indescriptible. Vio un brillo peculiar deslizarse por sus mejillas y, estremecido, acarició su rostro con la yema de los dedos siguiendo su curso.

—Te quiero —murmuró ella moviéndose con lentitud sobre él.

La agarró de la cintura para poder controlar el ritmo, pero ella no se lo permitió. Le retiró las manos para colocarlas sobre sus pechos y siguió moviéndose, completamente desinhibida, acelerando el movimiento de sus caderas hasta que la tensión creció a un punto de no retorno. Ambos fijaron la mirada en los ojos del otro mientras sus cuerpos se convulsionaban al unísono y sus almas volaban más allá de las estrellas.

—Dios mío, James —lloriqueó abrazándole con fuerza contra ella.

—Te quiero, te querré toda mi vida —susurró él besándola en la cabeza y envolviéndola a su vez con sus brazos, sin saber que muy pronto todo su mundo volvería a tambalearse.

Capítulo 16



—¡Extra! ¡Extra! ¡Bonaparte se autoproclama emperador de Francia!
¡Extra!

Warren se caló un poco más la gorra y esbozó una sonrisa al ver a los duques de Rutherford parar al muchacho para comprarle un ejemplar del periódico.

Hacía días que los estaba siguiendo, esperando una oportunidad para quedarse a solas con Sarah, pero su esposo vivía pegado a sus faldas, como un fiel perro guardián y comenzaba a ser bastante molesto.

Había estado esperando impaciente que la proclamación del emperador se hiciese pública y, por fin, era un hecho. El barco estaba preparado desde hacía días con su preciado cargamento de oro a bordo y la tripulación lista para partir, solo unos pocos elegidos por la cúpula partirían junto a él rumbo a Calais y empezarían una nueva vida sin ocultarse en París.

Se paró cerca de un limpiabotas, disimulando, cuando la pareja pasó a su lado. Estaban dando media vuelta, deshaciendo el camino para volver a la casa.

Solo quedaba inconcluso su pequeño asunto con Sarah, pero al ver que entraba sola y que Rutherford se alejaba calle abajo con paso veloz, sonrió con anticipación. Muy pronto todo acabaría.



Sarah sorbió la limonada lentamente, escuchando en paz el sonido de los pájaros a su alrededor y el crujido de las hojas de los árboles. Estaba descansando en el pequeño jardín trasero mientras esperaba el regreso de James, que tras escuchar las noticias provenientes de Francia, había corrido al encuentro de Cromwell para verificar la información. Sin querer, empezó a adormilarse y los ojos se le entrecerraron con lentitud.

—Siempre te gustó estar rodeada de flores —susurró Warren frente a ella.

Sarah sonrió sin abrir los ojos, notando como la adrenalina le subía desde el estómago pero sin dar muestras externas de su excitación. Permaneció sentada, mirando a su hermano con curiosidad mientras luchaba por no mover la mano hacia la daga escondida bajo su ropa.

No parecía tan seguro de sí mismo como la última vez y parecía haber envejecido; la poblada barba, el pelo demasiado largo y esas ropas propias del East End no ayudaban a mejorar su aspecto. Vio sorprendida como sacaba una pistola y la apuntaba con ella encogiéndose un hombro, como si se disculpara.

—¿Vas a intentar matarme otra vez? —le preguntó ladeando la cabeza.

—Lo siento, querida, me temo que sí. Quiero que salgas a la calle y te reúnas conmigo en la siguiente esquina, un coche nos estará esperando allí. No hagas ninguna tontería porque lo sabré y entonces no me limitaré a acabar contigo, me ocuparé de que esa dulce y tierna jovencita tenga un destino aun peor que el tuyo, ¿lo has entendido?

Los ojos de Sarah refulgieron al escuchar la clara amenaza hacia Arianna, pero no le daría la oportunidad de cumplirla. Había estado esperando ese momento desde que llegó a Londres y estaba más que preparada para cumplir su venganza. Se puso de pie y le dio la espalda a Warren para entrar en la casa. No sabía cómo habría entrado en la mansión, pero seguramente saldría del mismo modo. Fue hacia el hall y cogió sus guantes y sombrero de la mesita, depositó el diario sobre la bandeja del correo y salió antes de que Percival tuviera ocasión de preguntarle a dónde iba.

Avanzó unos cuantos metros a lo largo de la calle, conteniéndose para no mirar atrás y comprobar que James no aparecía corriendo tras ella para detenerla. Una mano salió de la nada y tiró de ella para meterla en un carruaje cerrado. Warren se subió tras ella y ordenó al cochero que se pusiera en marcha, cerró las cortinas de la ventanilla y se recostó en el asiento estirando

las piernas sobre la bancada de enfrente.

No hablaron durante el breve trayecto hasta el puerto, no tenían nada que decirse, solamente cuando al fin el coche se detuvo, Warren le ordenó que bajara. Le dio unas cuantas monedas al hombre del pescante y la empujó para hacer que se moviera hacia una de las construcciones portuarias. La puerta de hierro crujió al abrirse y Sarah se detuvo en el umbral al ver la oscuridad reinante en el interior del recinto. Warren chasqueó la lengua, impaciente, y volvió a empujarla. Fingiendo que tropezaba con el escalón, Sarah aprovechó la oportunidad y agarró su daga mientras tiraba de Warren hacia el interior, desequilibrándolo y haciendo que tirara el arma.

Sorprendido por el repentino ataque se revolvió sobre sí mismo desechando recuperar el arma, puesto que la oscuridad le impedía ver dónde había caído y seguro de que la diferencia física entre ambos era suficiente para volver a recuperar la ventaja.

—No te muevas o juro por Dios que te arrancaré ese corazón negro y podrido que tienes mientras aún respiras —le susurró Sarah hincándole la daga en la garganta con todo el odio del que fue capaz.

Más sorprendido que asustado, Warren levantó los brazos muy despacio y se mantuvo encorvado. Sentía un pequeño escozor allí donde su hermana le había cortado y no pudo evitar sentir cierta admiración mientras intentaba localizar el arma.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad reinante y gracias al haz de luz que entraba a través de la puerta abierta, pudo distinguir el brillo plateado de su pistola.

—Te has convertido en toda una caja de sorpresas. Seguro que habrías sido una fantástica espía doble —dijo burlón—. Si vas a matarme, ¿a qué esperas? No podré aguantar mucho más en esta posición...

Antes de que ella pudiera replicar, se agachó y el filo cortante de la navaja le abrió una ligera brecha debajo de la oreja. Con un gruñido de rabia movió el brazo hacia atrás para golpearla, pero ella también se había movido. Era más pequeña y ágil y además tenía una motivación que él jamás tendría.

Comprendiendo que su hermano no pensaba colaborar, afianzó la navaja en su mano derecha y atacó; sintió la carne desgarrarse como si fuera la suya y cómo el líquido caliente y espeso resbalaba desde su muñeca. El grito de dolor de Warren retumbó como un eco dentro de la nave provocando que las palomas que habitaban en las vigas del techo se dispersaran.

—He dicho que no te muevas —dijo entre balbuceos, completamente

aterrorizada.

Una cosa era atacar a un trozo de madera y otra muy distinta sentir cómo el cuchillo se introducía en un cuerpo de carne y hueso.

Reprimió las náuseas y se limpió la mano en la falda del vestido con movimientos rápidos y nerviosos sin ser consciente de las lágrimas que mojaban sus mejillas. Se agachó para coger la pistola mientras su hermano se retorció de dolor en el suelo y fue hasta una pared donde le pareció distinguir una vieja lámpara de aceite. La yesca estaba húmeda y entre maldiciones consiguió encenderla a tiempo de ver a Warren arrastrarse hacia la calle. Desbordada por el miedo y por la posibilidad de que se escapara, no pensó. Palpó el gatillo y disparó apuntando a varios centímetros de la cabeza de su hermano. El sonido la trasportó a otro momento y durante un segundo de puro pánico le pareció ver el cuerpo de Seinfeld desmadejado a sus pies.

Warren paró de retorcerse dando un ligero respingo; fijó los ojos en su hermana y vio su férrea determinación. Dolorido y débil por la pérdida constante de sangre, se sentó apoyando la espalda contra la pared y se sujetó el brazo herido contra el cuerpo.

—¿Y ahora qué? —preguntó mirándola de soslayo.

—Ahora... vamos a esperar a James.



James y Cromwell entraron en Mayfair poco antes de la hora del té. Habían estado reunidos con el nuevo primer ministro Pitt, que había recuperado el cargo tras la caída del gobierno de Addington. El cese del almirante Jervis como Primer Lord del Almirantazgo no había cogido a nadie por sorpresa tras su ferviente campaña contra la corrupción militar, pero viviendo tiempos tan delicados y siendo el mayor artífice de la victoria de Nelson en Egipto, era una desgracia no contar con su sabiduría y experiencia en las próximas batallas que se avecinaban.

La reunión con Pitt y su gabinete había sido tensa y, aunque James había permanecido en un segundo plano como oyente, no había podido evitar intervenir cuando los altos cargos de la armada se abalanzaron sobre Cromwell culpabilizándolo de no haber detenido a la Hermandad.

Finalmente, habían decidido en consenso actuar con la mayor premura y detener a todos los traidores posibles antes de que abandonaran Inglaterra para ampararse bajo la seguridad del nuevo emperador.

La decisión de ir primero a Mayfair para preguntarle a Sarah si tenía algo más que aportar había sido idea de James, que estaba deseoso de darle las buenas nuevas y decirle que muy pronto podrían volver a su hogar.

Entró como un huracán en la casa, incapaz de contener su exaltación.

—¡Sarah! —la llamó a voces mientras corría hacia la biblioteca, donde solía dedicar su tiempo al estudio.

—Milord, ¿recibió mi mensaje? —le preguntó Percival saliendo a su encuentro con la tez algo más pálida de lo habitual.

—No, he venido directamente desde el ministerio. ¿Ha ocurrido algo?

—Milord, la señora salió hace al menos media hora.

—¿Salió? ¿Sola? —le preguntó al mayordomo dando grandes zancadas hacia él.

—Me pareció una conducta muy extraña, por eso salí tras ella. Señor, vi que un hombre la subía en un carruaje.

—¿Qué hombre? ¡Descríbelo! —ordenó con la furia exudándole por cada poro de su piel.

—No pude verlo bien, excelencia, llevaba una gorra ocultándole la mitad del rostro. Parecía uno de esos cockneys que deambulan por el puerto —explicó sorprendido por el exabrupto del duque.

—¡Maldita sea! ¿Cómo ha podido ser tan insensata? —vociferó mesándose el pelo con inquietud.

Era culpa suya, no debería haberla dejado sola o haber sido más cauteloso y haberle puesto protección, pero ni en sus más remotas pesadillas habría imaginado que saldría sola sabiendo que Warren la acechaba. O tal vez por eso.

Se le aceleró la respiración mientras su mente maquinaba sin cesar, intentando pensar una solución. Ella había sido consciente todo el tiempo de que Warren intentaría volver a matarla, por eso no se había separado de la daga que le entregó ni un segundo, por eso había insistido en que la entrenara para defenderse cada mañana.

Fijó la mirada en Cromwell, que lo observaba con semblante preocupado pero fascinado al ver la determinación en sus ojos. Nunca había conocido a nadie con tal capacidad de concentración, había sido un estratega excelente durante su estancia en el ejército y al ver su mirada decidida supo

que no se dejaría vencer por la desesperación.

—Sarah lo sabía, sabía que Warren vendría a por ella. Debe haber dejado algo para mí, alguna pista. No se arriesgaría de esa manera sin tener la seguridad de que yo iría tras ella. Mira en la biblioteca, yo lo haré en el jardín —le dijo a Cromwell encaminándose hacia dicha habitación.

John enarcó las cejas a punto de obedecerle, pero justo antes de girar para ir a la parte de atrás, vio el diario sobre un montón de tarjetas de visita. Extrañado, se acercó hasta él y lo cogió. Se había percatado de que Sarah no iba a ninguna parte sin él y siempre lo guardaba con el máximo cuidado, le resultaba raro que lo hubiera dejado con tanto descuido sobre la bandeja del correo. Lo abrió y al ver el contenido sus ojos se abrieron como platos y las cejas se elevaron en un arco casi imposible mientras pasaba hoja tras hoja, leyendo las pequeñas anotaciones en los márgenes y entre las palabras del difunto duque.

—¡James! —gritó sin salir de su asombro.

Allí había mucho más de lo que les había estado diciendo hasta ahora, describía todo tipo de lugares y personas a las que iba poniendo nombre con pequeñas flechitas indicadoras.

—Dios mío...

—¿Qué has encontrado? —preguntó James llegando hasta él con el corazón en la garganta y la boca seca.

—Mira esto. Hay... ¡al menos una treintena de nombres! Está todo detallado con milimétrica exactitud. No puedo creerlo, tu esposa ha hecho un trabajo magnífico —comentó sin ocultar la admiración en su voz.

—¿Hay alguna indicación sobre dónde han podido ir? —preguntó mirando el diario por encima del hombro de su amigo.

El tiempo apremiaba y no quería pensar en la posibilidad de que ya estuviera muerta.

Cromwell guardó silencio mientras examinaba las hojas escritas con pulcritud, hasta que un nombre le llamó la atención. Le dio golpecitos con la punta de la uña a la hoja, pensativo, hasta que finalmente se giró hacia el mayordomo.

—Percival, ¿has dicho que el hombre que se llevó a lady Sarah iba vestido de marinero?

—Sí, señor.

—Este hombre, Sheridan, lo conozco. Era armador pero ahora trabaja como capitán para la West India. Solo es una idea, pero tal vez...

—Me voy al puerto —le interrumpió James—. Percival, reúne a los muchachos, me encontraré con ellos allí. John...

—Averiguaré si Sheridan tiene previsto zarpar esta noche o mañana y prepararé una guarnición de soldados para ir a buscaros.

—De acuerdo, nos veremos allí —dijo James antes de salir como una exhalación, rezando para encontrarla a tiempo.

Cabalgó a toda velocidad hacia los Docklands, en la orilla este del río Támesis. Aunque se estaba construyendo una segunda dársena para dar cabida a mayor número de buques, la que ya existía era enorme, en ella podían amarrar más de un centenar de barcos, eso sin contar la multitud de almacenes y edificios de oficinas que confluían en la zona, pertenecientes a las compañías mercantiles. ¿Cómo demonios iba a encontrar a Sarah entre tanto galimatías? Caminó con rapidez entre la gente que se movía de un lado a otro acarreando mercancías y esquivando carromatos llenos de productos traídos de cualquier rincón del mundo.

Sarah tenía que estar allí, tenía que encontrarla.

El edificio de la West India ocupaba dos manzanas, junto a él había varios almacenes que a esa hora estaban extrañamente vacíos dada la actividad que había en el resto del puerto. Dobló una esquina entrando en un callejón desierto con varias puertas laterales. Sentía cómo la adrenalina le tensaba los músculos al agarrar su daga y su espada, hacía años que no se sentía tan vivo ante la posibilidad de luchar, con la certeza de que ganaría; salvaría a Sarah aunque fuese lo último que hiciera.

La segunda puerta estaba entreabierta y se dirigió hacia ella con el corazón palpitándole a toda velocidad; boquiabierto, abrió lentamente con la punta del zapato y entró en el recinto. Su adorable y pequeña esposa apuntaba al pecho de Warren con una pistola que sabía Dios dónde la habría conseguido. Wedgwood estaba medio caído sobre su costado, con el rostro ceniciento y una pátina de sudor cubriendo su frente; su camisa estaba empapada de sangre y un vendaje tosco cubría parte de su brazo.

No era esa la escena que había imaginado.

—Sarah —murmuró bajando los brazos que sostenían las armas.

Ella se giró y lo miró con sus grandes ojos de amatista dilatados de miedo sin dejar de apuntar a su hermano.

—Has venido —susurró.

—Te dije que siempre llegaría hasta ti —le recordó con suavidad acercándose con lentitud hacia ella.

Su mirada nerviosa le indicó que su estado no era tan relajado como aparentaba y James temió que se hiciera daño a sí misma. Miró a Warren, pero este solo tenía una expresión divertida mientras esperaba.

—Al fin nos conocemos, es un placer lord Rutherford. El marqués de Wedgwood a su servicio —dijo inclinando la cabeza en un gesto burlón.

—No puedo decir que el placer sea recíproco —gruñó James con rencor.

Warren se echó a reír con un débil espasmo y señaló a Sarah con la barbilla.

—Me temo que su esposa me ha ganado esta mano, si bien creo que no tenga el coraje suficiente para apretar el gatillo. Le rogaría que la despojase de semejante instrumento, no quisiera que se lastimara.

—Creía que ese era su objetivo —comentó, si bien no podía más que estar de acuerdo con él en ese punto y se acercó más a ella con la intención de que le entregara la pistola—. Sarah...

—No te acerques más, James. Tengo que matarlo, lo sabes, ¿verdad?

—No debes hacerlo, no puedes cargar con algo así, créeme, te perseguirá el resto de tu vida.

—Maté a Seindfield, puedo volver a hacerlo —le aseguró sin escucharle.

—¿Tú mataste a Seindfield? —exclamó Warren con fuertes carcajadas que le provocaron un agudo ataque de tos—. Así que tienes algo de valor después de todo. ¿Sabías que nunca se casó contigo? —le dijo mirándola fijamente a los ojos.

—¡Mientes! —gritó Sarah dando un paso amenazante hacia él—. Yo estaba allí, hubo una ceremonia.

—Querida, ¿estás segura de que la persona que os casó estaba autorizada para hacerlo?

La cabeza de Sarah daba vueltas, mareada, sin creer lo que su hermano estaba diciéndole. Era libre, lo había sido todo el tiempo, podría haber seguido intentando escapar porque él no tenía derecho a retenerla.

—¡Maldito! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas levantando la pistola hasta su cabeza.

—¡Sarah! Cariño, no le escuches. Mírame —le rogó James llegando a su lado y sujetándole la barbilla para girarle la cabeza—. Aquello fue diferente, fue para salvar tu propia vida. Matar a Warren de esta manera no cambiará nada, no te devolverá los años perdidos, solo conseguirá destrozarte, destrozarnos a ambos. ¿Acaso no te importa nada nuestro futuro? ¿Lo

echarías todo por la borda por una absurda venganza que ya no tiene sentido? Sarah, has ganado, la Hermandad ha sido desmantelada, Warren morirá en la horca de Newgate con el resto de traidores a Inglaterra y eres feliz, tú lo dijiste. Nadie puede arrebatarte eso, nadie puede quitarnos nuestro amor.

Sarah bajó la pistola con un sollozo apoyando la cabeza sobre el pecho de su marido, quien la abrazó con fuerza suspirando de alivio. Elevó los ojos por encima de su cabeza y miró a Warren a los ojos, que refulgían de odio mal contenido.

—Eres digno de lástima —le dijo James sin soltar a su esposa—. Todo esto ha sido por una especie de venganza infantil hacia el hombre que te dio la vida, que te crio como a su heredero y te dio su nombre. Tu padre...

—¡Cállate! ¡No sabes nada sobre mí! —exclamó Warren con rabia.

—Sé más que tú mismo —continuó James con tranquilidad notando la mirada de Sarah fija en él—. Encontré los verdaderos registros de tu nacimiento. Tú madre era una tabernera con la que tu padre, el marqués de Wedgwood, tuvo una noche de desahogo. Y ella quedó encinta. Al contrario de muchos nobles tuvo el valor de aceptar su responsabilidad y te llevó con él, a su legítimo heredero.

—Eso es mentira. Mi padre era un mozo de cuadras...

—Que se casó con tu madre después de darte a luz. Era el esposo de tu madre, no tu verdadero padre. Junto a los registros que encontré hallé dos testamentos: uno a tu favor, otro a favor de Sarah. Supongo que la precipitada muerte del marqués originó que la verdad quedara oculta y que nunca pudiera demostrarte que te amaba como hijo.

El rostro de Warren palideció al escuchar la verdad que tanto tiempo se había negado a aceptar. Había mancillado el nombre de su padre, había vendido a su hermana e intentado matarla, era un traidor a la corona. De repente, todo el peso de lo que había hecho le sacudió dejándolo sin respiración.

James cogió la pistola que aún sostenía la mano de Sarah con languidez y se acercó hasta Warren que lo miró atónito. Tiró el arma al suelo junto a él y lo miró con dureza.

—Solo hay una salida honorable —le dijo dándose media vuelta llevando a Sarah con él.

Warren alcanzó el arma y la sujetó con ambas manos sin notar las lágrimas deslizarse por sus mejillas. Fijó la vista en la espalda de su hermana pensando que de nada servía ya lamentarlo, era un monstruo y debía morir

como tal.

—Sarah...

Al menos ella tendría el futuro que siempre se había merecido. Bajó la mirada hacia la pistola que sostenía sobre su regazo y sollozó. Era un cobarde, pero aún podía evitar la vergüenza.

Miró hacia arriba y cerró los ojos mientras sujetaba el arma con ambas manos.

—Perdóname... —Colocó el cañón debajo de la barbilla y disparó.

Sarah cerró los ojos al oír el estruendo y quiso volverse por inercia, pero James se lo impidió con firmeza.

—Todo ha acabado —le aseguró saliendo al exterior, donde el anochecer estaba haciendo acto de presencia.

Cromwell los esperaba en la calle principal, dando instrucciones mientras una veintena de casacas rojas subían a los barcos amarrados en puerto en busca del oro de Napoleón.

Lo habían conseguido, Sarah había tenido que pasar por un infierno para lograrlo, pero lo habían hecho.

Era una mujer admirable, increíblemente valiente y decidida y era suya.

—Te quiero —le dijo antes de besarla con todo su corazón.

Bourgeois lo observaba todo a cierta distancia mientras terminaba de cargar los últimos fardos llenos de oro en el carromato. Los muy idiotas no habían considerado la posibilidad de que pudiera escapar por tierra.

Se subió al pescante y agarró las riendas antes de emprender la marcha. Se dirigiría al norte, hacia Escocia y desde allí embarcaría hacia su preciado hogar, a Francia. Ahogó una carcajada al pensar en esos malditos ingleses intentando encontrar o descubrir la identidad de la llamada cúpula. Jamás lo harían porque dicha cúpula no existía. Fouché era el único que había movido los hilos a la sombra de Napoleón, el que había ideado engañar a esos estúpidos para financiar las campañas en el continente. Wedgwood era el único que lo sabía a parte de él mismo y sus órdenes habían sido muy concretas, que Warren hubiera optado por quitarse la vida le había facilitado las cosas. En cuanto a esa dichosa mujer, ya no importaba, nunca conseguirían recuperar el oro.

Comenzó a silbar la Marsellesa mientras se alejaba con los ojos brillantes de satisfacción.



—Tengo una sorpresa para ti —le susurró James al oído desde atrás.

Sarah se relajó aún más contra su pecho con un suspiro. Llevaban casi una hora sumergidos en la bañera de hierro fundido y el agua hacía rato que se había enfriado pero no le importaba. Se sentía liberada, como si la parte de su alma que aún sufría se hubiera, por fin, marchado. No sentía nada respecto al trágico final de su hermano, había hecho cosas terribles pero esperaba que su último arrepentimiento fuera suficiente para ganarse la misericordia del supremo.

—¿Qué sorpresa? —ronroneó girando la cabeza para morderle con suavidad en el mentón.

—Tía Violet juega cada martes sin falta una partida al bridge con una de las anfitrionas de Almack's. Nos ha conseguido una invitación, si aún quieres ir. Era tu sueño de niña, ¿no?

Sarah se echó a reír dándose la vuelta para acomodarse sobre James, que ahogó un jadeo cuando ella le cubrió en su interior con un certero movimiento.

—Creía que odiabas esas fiestas de debutantes. Dijiste que eran aburridas y empalagosas, que un hombre podía perder la libido y su hombría para toda la eternidad con tan solo pasar una hora en ese antro de pureza y virginidad.

—¿Cuándo te he dicho todo eso? —le preguntó entre risas.

Sarah sonrió con picardía moviéndose con parsimonia haciendo que James entrecerrara los ojos y la sujetara de las caderas para que se estuviera quieta.

—Te lo agradezco pero, como has dicho, ese era mi sueño de niña. Ahora lo único que deseo es vivir el resto de mi vida feliz a tu lado, amándote —le aseguró antes de besarlo con todo el ardor de su pasión.

Capítulo 17



Arianna salió corriendo del invernadero sujetando en alto el borde de su falda para no tropezarse con sus propios pies. Empezaba a dolerle el costado y apenas podía respirar debido al esfuerzo, pero quería llegar hasta su hermano cuanto antes para darle la noticia.

Entró como una tromba en el despacho de James, sujetándose el estómago y la frente bañada en sudor. Él se levantó de su sillón sobresaltado al verla en tal estado y se acercó a ella rápidamente con la preocupación dibujada en su semblante.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió saber.

—Sarah... lo ha... ¡lo ha conseguido! —exclamó con la voz entrecortada y una enorme sonrisa de oreja a oreja—. ¡Ha cultivado la rosa de papá!

Agarró la mano de James y tiró de ella para que la acompañara de vuelta al invernadero. Él se dejó arrastrar, lleno de curiosidad por ver el resultado final. Sarah había estado trabajando en ese proyecto durante meses, superando un fracaso tras otro, pero al final sus esfuerzos se habían visto recompensados.

—¡Ya estamos aquí! —gritó Ari al entrar en el recinto lleno de calor y humedad.

Sarah los esperaba junto a la flor con una sonrisa satisfecha llena de orgullo bailando en sus labios. James llegó hasta ella y le dio un beso en la sien sin dejar de mirar el capullo recién abierto. Parecía una rosa y, aunque no olía como tal, su fragancia inundaba sus sentidos; también su color era sorprendente, de un tono malva, violáceo en las puntas de los pétalos.

Parecía tan delicada y etérea que temía respirar sobre ella por si se

volatilizaba.

—Es maravillosa —murmuró sintiendo como su pecho se henchía de orgullo. Se echó a reír antes de envolverla con sus brazos en un fuerte abrazo —. Mi padre estaría muy complacido. Felicidades.

—Gracias —contestó Sarah sonriente.

—¿Cómo vas a llamarla? —preguntó Arianna dando saltitos a su alrededor.

—Había pensado en *Rosa ariannensis*, ¿qué os parece?

—¿Vas a ponerle mi nombre? —exclamó la niña sin dejar de reír—. ¡Voy a decírselo a Holly!

Salió corriendo del laboratorio tirando un par de maceteros de barro por el camino sin detenerse, consumida por el entusiasmo.

Sarah se echó a reír, pero su sonrisa no llegó a sus ojos. James se percató de inmediato y comenzó a masajearle la base de la espalda con la palma de la mano.

—Hace días que te noto tensa, ¿no estás satisfecha con el resultado del experimento?

—Es la flor más bella que he visto nunca —respondió con un suspiro.

—¿Entonces? —insistió.

—Sé que debí decírtelo antes, pero no sabía cómo hacerlo, yo... estoy encinta —explicó de manera atropellada mientras se retorció las manos muerta de miedo.

James se paralizó en su sitio, embargado por una alegría tan intensa que creía que el pecho le estallaría de felicidad. Quiso gritar y tomar a Sarah en volandas para girar con ella, pero su expresión angustiada fue como un jarro de agua fría.

—No pareces muy contenta —comentó con sequedad.

—Te aseguro que nada podría hacerme más feliz —respondió parpadeando rápidamente para alejar las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—Dijiste que no podías tener hijos, ¿me mentiste? —le preguntó casi enfadado, sin entender lo que estaba pasando.

—¡Nunca pude retener ninguno! Cada vez que ocurría, Seinfeld no dejaba de repetir que no me había comprado para ser ama de cría y yo... ¡los perdí!

—Dios mío, Sarah —murmuró James apretándola contra él, queriendo alejarla del dolor y comprendiéndolo todo al fin.

—No puedo perder a este bebé, me moriría —le confesó con la cara pegada a su pecho, sujetándose a él con fuerza mientras las lágrimas empapaban su camisa.

—Cariño, no vas a perderlo. Este bebé es fruto del amor, colmará nuestra vida de ilusión y felicidad. Nadie podrá arrebatárnoslo, ¿me crees?

James la separó de su cuerpo unos centímetros para poder mirarla a los ojos y transmitirle toda su seguridad y confianza. Sarah levantó la mano para acariciarle la mejilla con ternura mientras exhalaba un profundo suspiro. Cuando la miraba de esa manera, se creía poderosa, capaz de mover montañas y lo único que podía hacer era confiar, confiar en que tendrían un futuro maravilloso lleno de amor y alegrías.



La ladera del río estaba desierta. El Sena discurría por París con quietud y la luz proveniente de las farolas se reflejaba en sus aguas iluminando la sombría y oscura noche. Bourgeois le dio una patada a un guijarro y esperó bajo el Pont des Arts con paciencia a que su cita acudiera. El primer puente metálico de la ciudad era una increíble obra de ingeniería, la primera de muchas que el emperador estaba promocionando para convertir París en la ciudad más bella del mundo, para que Francia volviera a ser la gloriosa patria que siempre había sido antes de la Revolución.

El caballo que tiraba del carruaje relinchó y el francés corrió a asegurarse de que ningún curioso merodeaba por la zona. Siempre habían tenido mucho cuidado de que sus reuniones secretas lo siguieran siendo y a él no le importaba, había hecho un juramento y lo cumpliría hasta sus últimas consecuencias, aunque tuviera que trabajar a la sombra, aunque tuviera que ocultarse para el resto de la eternidad. Echó un vistazo al carruaje y no pudo reprimir una sonrisa. Había cumplido su misión, había conseguido llevar el oro a Francia y una fría carcajada subió por su garganta mientras volvía a su refugio bajo el puente. Estaba convencido de que esos estúpidos ingleses todavía estarían preguntándose dónde estaba el oro de Napoleón.

—Pareces muy satisfecho de ti mismo.

Bourgeois se volvió con celeridad hacia la voz y sonrió con un cabeceo.

—¡Lo estoy! He hecho todo lo que me pidió, sin cabos sueltos.

Fouché salió de entre las sombras envuelto en una gruesa capa oscura golpeando la tierra con el extremo de su bastón con mango de marfil y miró hacia el río en silencio. Gracias al cargamento inglés se afianzaría de nuevo al lado de Napoleón, con quien había vuelto a entablar conversaciones tras dos años de ausencia, después de haber sido condenado al ostracismo detrás de un absurdo cargo de senador.

Ahora, tras su proclamación, el miedo de una conspiración en su contra volvía a recorrer las venas del futuro emperador y había acudido a él para que volviera a presidir el Ministerio de Policía. Todo volvería a su cauce y él volvería a manejar los hilos de Francia.

—Has hecho un buen trabajo. —Se volvió hacia Bourgeois con una sonrisa ofreciéndole la mano y su subordinado corrió sin demora a estrechársela.

Apenas pudo atisbar el brillo del estilete antes de que Fouché se lo clavara en el corazón sin vacilar. Abrió los ojos, sorprendido, mientras un hilillo de sangre le resbalaba por la comisura de la boca.

—¿Por qué... por...?

—La Hermandad desaparece aquí y ahora. Jamás existió.

El cuerpo del espía cayó al suelo con un golpe seco y Fouché lo empujó con los pies hacia el borde del río. La corriente comenzó a alejarlo de allí con lentitud mientras su asesino se giraba para subir la ladera hacia el carruaje que esperaba solitario. Se subió al pescante con un hábil movimiento y azuzó al caballo mientras una sonrisa diabólica desdibujaba su semblante.

Epílogo



Londres, 1810

Era el día más importante de su vida y estaba preparada, había estado esperando ese momento con una mezcla de felicidad y expectación que ahora la mantenían con los nervios a flor de piel. Cogió el extremo del guante de cabritilla y lo estiró por encima del codo para que quedara completamente terso sobre su brazo.

—Estás preciosa.

Arianna levantó la vista de su regazo y fijó sus vivaces ojos grises en su cuñada, que no podía ocultar la admiración ni el cariño que le profesaba. Le había dado tanto que las palabras se le atragantaron al intentar pronunciarlas, le había enseñado todo lo que sabía, la había preparado para ser una mujer independiente en el caso de que no encontrara el amor que tanto deseaba; gracias a su empeño sabía hablar inglés, francés e italiano, podía administrar una propiedad sin dificultad y había viajado a todos los rincones del planeta. Sarah siempre se había esforzado para que dispusiera de todas las armas para no depender de ningún hombre, para que pudiera escoger su futuro sin presiones; sin embargo, lo que Ari anhelaba más que cualquier otra cosa era tener lo que ella tenía. Quería un amor como el suyo, formar una familia como habían hecho ella y James.

Su hermano posó una mano sobre el voluminoso vientre de su mujer con una ceja arqueada de preocupación. Era su tercer embarazo, el tercer bebé que esperaban con la misma ilusión y esperanza que el primero; hasta ahora habían tenido dos varones, pero James tenía la ilusión de que esta vez fuera una niña. A pesar de que en ambos partos no habían surgido complicaciones,

no podía dejar de preocuparse por la salud de Sarah.

—¿Estás segura de querer hacer esto? —le preguntó.

—¿Tienes idea de la cantidad de meses que llevamos preparando este baile? —preguntó ella a su vez con cierta irritación.

Era la noche de Arianna, su debut en Almack's y nada ni nadie iba a impedirle estar presente.

—No te quedes a solas con nadie bajo ningún concepto, ¿de acuerdo? Si alguien intenta sobrepasarse contigo llámanos a Sarah o a mí. Y...

—Todo va a salir bien no cometeré ninguna imprudencia, os lo prometo, a no ser que esta noche conozca al amor de mi vida, con lo cual me escaparé a Gretna Green sin tardanza.

Los ojos de James se dilataron de espanto, provocando la risa de las mujeres. Él no encontraba nada divertido en que su pequeña hermana su hubiera convertido en aquella esplendorosa mujer. Era mucho más alta que las muchachas de su edad, tenía un cuerpo esbelto y bien definido, una mirada alegre y una sonrisa cautivadora de labios carnosos y rosados, eso sin contar que su conversación era inteligente y divertida. Los hombres no dejarían de hacer cola a partir de esa noche frente a su puerta.

James apretó los puños a ambos lados del cuerpo. No estaba preparado para aquello, aunque debía reconocer que quizá no lo estuviera nunca.

—Si alguien osa ponerte una mano encima, juro que...

—Relájate, Ari no es ninguna niña y sabe defenderse sola. Vamos a intentar pasar un rato divertido, ¿de acuerdo? —intervino Sarah colocando una mano tranquilizadora sobre su mejilla.

James cerró los ojos y Arianna reprimió una sonrisa al ver cómo su cuñada le guiñaba un ojo.

Los alrededores del edificio de la calle King estaban abarrotados de carruajes y Arianna y sus acompañantes se abrieron paso con decisión al interior del enorme salón, decorado con grandes columnas doradas, espejos majestuosos y maravillosas lámparas de cristal tallado.

Sarah cogió la mano de la joven y le dio un fuerte apretón sintiéndose sobrecogida por la magnitud y la opulencia de aquel lugar. Si algo fallaba esa noche Arianna quedaría relegada a la exclusión social, sin embargo, sus temores se evaporaron al ver acercarse a tía Violet acompañada de una de las patronas del club. Una enorme sonrisa complacida apareció en su cara al verla y ella pudo al fin, respirar tranquila.

—Arianna, querida, ¡estás maravillosa! —exclamó la anciana cogiendo

ambas manos para mirarla con atención mientras parpadeaba emocionada para evitar que los ojos se le empañasen.

Ella le devolvió la mirada sin ocultar la sorpresa que le producía ver a la anciana tan entusiasmada, pero consiguió esbozar una sonrisa dulce y delicada que no pasó desapercibida a la mujer que llegaba tras ella con expresión severa.

—Lord Rutherford, lady Rutherford, es un placer para nosotras que hayan venido esta noche —dijo la mujer sin dejar de observar a la debutante.

—El placer es nuestro, tanto Arianna como yo deseábamos fervientemente este momento —contestó Sarah sin dejar de sonreír mirando de reojo a su pupila.

Ari apenas les prestaba atención, estaba concentrada mirando a su alrededor como una niña con zapatos nuevos. La mayoría de los que estaban allí presentes los miraban con curiosidad y algunos caballeros la miraban a ella con verdadera apreciación. Sin quererlo, un intenso rubor le cubrió las mejillas sin entender qué le pasaba. Ella no era nada tímida, sin embargo, esa noche se sentía más cohibida que de costumbre.

—¿Te apetece una limonada? —gruñó James en su oído mientras su mujer seguía parlotando con aquel vejestorio.

—Por favor, no me espantes a los pretendientes. No te acerques a mí —susurró ella entre dientes mirándolo enfadada.

James enarcó las cejas, soltando un bufido que provocó otra mirada acusadora de su tía. Cruzó los brazos sobre el pecho con actitud desafiante mirando a todos los hombres que no podían apartar los ojos de su pequeña hermana. Iba a ser una noche infernal.

Un joven de pelo castaño oscuro y ojos azules se plantó frente a ellos haciendo una reverencia. Tenía el mentón cuadrado, la frente ancha y la nariz quizá un poco larga para el conjunto de su cara, pero aun así su atractivo era innegable, nada que ver con los muchachos con los que había tratado en Meadow Manor. Él la miraba con demasiada fijeza, pero ella no se amedrentó, le devolvió la mirada e incluso elevó una de sus cejas perfectamente arqueadas. Entonces él sonrió y el mundo dejó de girar.

—Señorita Sutton, sería un placer para mí poder ser el primero en su carnet de baile.

Ella parpadeó antes de reaccionar y cogió el diminuto cuaderno para escribir su nombre con su exquisita caligrafía.

—Benedict Cumberland, a su servicio. Y si no es una impertinencia,

sería un honor para mí acompañarla a tomar un refresco.

—Gracias, es usted muy amable.

Él volvió a sonreír y le ofreció su brazo para que ella se cogiera a él, cosa que hizo sin demora.

—¿Qué...?

James empezó a seguirlos furioso, pero Sarah se plantó frente a él con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados.

—Déjala, no hace nada malo.

—No es ella la que me preocupa, sino ese estirado de mente sucia — refunfuñó.

Sarah se echó a reír enlazando un brazo con el de él mientras se dirigían hacia la zona de asientos.

—Ni siquiera conoces a ese muchacho, ¿cómo sabes lo que piensa?

—¡Porque yo también soy un hombre! Y sé lo que pensaría si tú y yo hubiéramos vivido esta experiencia.

—¿Habrías venido a mi presentación en sociedad?

—Por supuesto. Me conozco lo suficiente para saber que no habría podido resistirme a ver con mis propios ojos a la mujer más bella de Inglaterra, y entonces no habría dejado que ningún otro se te acercara.

—Tal vez hubiera sido yo la que no hubiera dejado que te alejaras de mí —le dijo mirándolo con adoración.

—¡Eso jamás! Siempre estaré a tu lado, nada ni nadie podrá separarme de ti, nunca.

La besó sin que le importara que las patronas los miraran horrorizadas, solo sabía que el amor que sentían el uno por el otro viviría para siempre, en mil vidas, y que siempre se encontrarían aunque pasase una eternidad.

Nota de la autora

Todos los personajes que aparecen en la novela y sus circunstancias son de mi invención excepto uno de ellos.

Joseph Fouché fue una persona real que llegó a ser lo que hoy día sería el ministro del Interior. Todos los datos que aporto sobre él a lo largo de la novela son ciertos.

Fue un hombre a la sombra de grandes personalidades históricas como Robespierre o Napoleón, y su ambición nunca tuvo límites lo que le llevó a traicionar a quien fuera por seguir en el poder.

Terminó sus días desterrado de Francia y murió en Italia en 1820.

Agradecimientos

Escribir es un proceso solitario, eres tú y las palabras y, por regla general, nunca he necesitado que nadie me acompañe en el proceso. Sin embargo, con esta novela sufrí una de las peores crisis de inseguridad que he tenido como escritora y ha habido cuatro personas que me ayudaron a superarla, dándome su apoyo y la fuerza necesaria para creer en mí misma. Sin ellas, esta novela no habría visto nunca la luz. Eugenia Dorado, Marta Fernández, Alissa Brontë y Beatriz Cortijo, siempre os llevaré en mi corazón, chicas. ¡Gracias!

A mis tres ángeles, por su paciencia, comprensión y su amor. Sois mi vida entera, mi fuente de inspiración y mi razón para seguir.

Y por supuesto a ti, que estás al otro lado de estas páginas. Gracias por estar ahí.

Otros títulos



La vida de Claire se fundamenta en la rutina: su trabajo, sus alumnos y su almuerzo semanal con sus amigas. Vive en una burbuja de autoprotección que la aleja del dolor pero también de la felicidad. Cuando su mundo se tambalea, algo se rompe dentro de ella y comprende que dejar pasar los minutos no es vivir, así que dejándose llevar por un impulso decide cumplir el mayor de sus sueños: viajar a Escocia.

Volver a encontrarse a sí misma y abrir su corazón no será nada fácil, pero conocer a Gabe, un arquitecto que esconde mucho más de lo que aparenta, hará que su ordenada vida se desmorone y que sus sentimientos latentes se despierten con más fuerza que nunca.

Cuando al volver a casa descubre que todo lo que daba por hecho es mentira, solo persiguiendo a su corazón podrá encontrar todo aquello que siempre ha soñado.

[Consíguela en Amazon](#)



Una sola pincelada de esperanza puede desmontar toda una vida de oscuridad.

Han pasado diez años desde que Logan se marchó de San Francisco, pero ha llegado el momento de volver y cumplir una promesa que se hizo a sí mismo: destruir al hombre que le arrebató lo que más quería.

Su alma está hecha pedazos y lo único que puede recomponerla es llevar a cabo su venganza, una obsesión que le ha convertido en un hombre frío, oscuro y manipulador. Lo último que espera es que su camino se cruce con el de Allyson Brennan, una artista apasionada y vital que transforma su visión de la vida y que desmonta sus planes uno a uno.

Sin embargo, no todo en Allyson es luz y optimismo. Dentro de ella también hay sombras que se presentan en su vida de manera inesperada justo cuando creía que por fin estaba a salvo, arrastrándolos de nuevo a la más profunda y siniestra oscuridad.

[Consíguela en Amazon](#)



Perteneciente a una de las familias más influyentes de la costa este estadounidense, Kristen Adington ha estado rodeada de lujos toda su vida, sin embargo se siente prisionera de las expectativas de sus padres, de sus amigos y del ambiente elitista que le rodea.

Cuando se enamora del hombre más inconveniente, descubrirá que su familia es capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir que acate el destino que han elegido para ella. Por ello, Kristen emprenderá un viaje que la llevará a los suburbios de Seattle, donde por primera vez sentirá que puede ser ella misma sin la presión de su apellido y conocerá a Scott, quien le hará preguntarse si puede volver a amar.

[Consíguela en Amazon](#)